

JÓVENES PIQUETEROS Y ENCAPUCHADOS

ALGUNAS PREGUNTAS SOBRE LAS MARCAS DE LO PLEBEYO EN LAS FORMAS DE LA ACCIÓN COLECTIVA

Lucía Corsiglia Mura



JÓVENES PIQUETEROS Y ENCAPUCHADOS
ALGUNAS PREGUNTAS SOBRE LAS MARCAS
DE LO PLEBEYO EN LAS FORMAS
DE LA ACCIÓN COLECTIVA

FACULTAD DE PERIODISMO Y COMUNICACIÓN SOCIAL

OBSERVATORIO DE JÓVENES, COMUNICACIÓN Y MEDIOS

OBSERVATORIO DE JÓVENES, COMUNICACIÓN Y MEDIOS

Florencia Saintout

COLECCIÓN JUVENTUDES

Natalia Ferrante

Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

edulp
Editorial
de la Universidad
de La Plata

 **OBSERVATORIO
de Jóvenes**
Comunicación y Medios

Corsiglia, Lucía

Jóvenes piqueteros y encapuchados : algunas preguntas sobre las marcas de lo plebeyo en las formas de la acción colectiva . - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. , 2012.

162 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-950-34-0847-6

1. Movimientos Sociales. 2. Piqueteros . I. Título
CDD 303.484

Arte y diseño

Julietta Lloret

Revisión de textos

María Eugenia López



Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata

Jóvenes piqueteros y encapuchados

Algunas preguntas sobre las marcas de lo plebeyo
en las formas de la acción colectiva

Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (Edulp)
47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina
+54 221 427 3992 / 427 4898
editorial@editorial.unlp.edu.ar
www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Derechos Reservados
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata
Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios
Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización
de los autores o editores

La Plata, provincia de Buenos Aires, República Argentina.
Octubre 2013

I.S.B.N 978-950-34-0847-6

JÓVENES PIQUETEROS Y ENCAPUCHADOS
ALGUNAS PREGUNTAS SOBRE LAS MARCAS
DE LO PLEBEYO EN LAS FORMAS
DE LA ACCIÓN COLECTIVA

Lucía Corsiglia Mura

Ediciones EPC
de Periodismo y Comunicación

edulp
Editorial
de la Universidad
de La Plata

OBSERVATORIO
de Jóvenes
Comunicación y Medios

ÍNDICE

Prefacio	13
Introducción	15
Capítulo I: Introduciendo a nuestros jóvenes “Los nadies” encapuchados	19
Capítulo II: Las marcas de la pobreza, la juventud y la acción colectiva	39
Capítulo III: La CTD Aníbal Verón, la autodefensa, nuestros entrevistados	69
Capítulo IV: Intentando una descripción actual de la autodefensa	93
Capítulo V: Otras huellas en la construcción de subjetividades	109
Capítulo VI: El día que tocó Pibes Chorros	119
Conclusiones: Recapitulando. Acerca de cómo llegamos a nuestro objeto de investigación	133
Bibliografía	153

Quisiera agradecer sobre todo a los “compañeros” de la CTD Aníbal Verón que me soportaron con mis interminables preguntas. A Ángela, que me guió en la investigación. A Fernando, que hizo posible que este libro terminara existiendo. Al Observatorio de Jóvenes de la FPYCS y a Florencia, su decana. A Javier Auyero por su prólogo. Y a los muchos amigos y compañeros que leyeron, corrigieron y ayudaron a darle orden a un montón de ideas sueltas.

Para Cascote, Felipe y Manuela, a los que les robo tantas horas tras de la pasión de querer entender un poquito de lo que pasa en nuestro país. Y, sobre todo, para Esther, que seguro estaría muy feliz.

meses de “estar allí” entre ollas, palos y capuchas, en reuniones y marchas, meses de intenso trabajo de campo que incluyó entrevistas en profundidad y observación participante, Lucía ahora “está aquí” para contarnos lo que vio y lo que sintió. Este no es ni un texto celebratorio ni uno condenatorio de las autodefensas, sino un prudente y mesurado ejercicio en etnografía política (tarea arriesgada porque, para llevarla a cabo, efectivamente uno tiene que involucrarse con los actores políticos, como bien lo hizo Lucía, y, por lo tanto, correr el riesgo de transformarse en su vocero, su representante o su cómplice). Lucía no cae en esta tentación, sino que, en cada página de este texto, vemos cómo nuestra autora procura entender las voces y acciones de los protagonistas en relación con ciertas perspectivas teóricas y analíticas. Las historias, circunstancias y acciones locales y particulares que nuestra autora encuentra en el campo son aquí “traducidas” a términos más generales para que el lector las pueda comprender y así ver que lo que desde fuera parece “sólo” un grupo de desafiantes encapuchados “desde dentro” es otro “hecho social” (un hecho en el que juegan un papel crucial la búsqueda de respeto, el desafío al estigma que los marca, el “rescate” que muchos de ellos experimentan al participar en una acción colectiva, el sentido de pertenencia a algo que los trasciende).

Estos jóvenes encapuchados, jóvenes que “meten miedo” en otros y que inspiran llamados al orden son, uno aprende con Lucía, personas que quizás sin saberlo estén descubriendo una poderosa verdad sociológica: las satisfacciones más importantes se nos dan cuando nos sumamos a comunidades y propósitos que nos trascienden. En un contexto de alta exclusión social y de violencia cotidiana, estos jóvenes han encontrado un lugar al que pertenecer, un lugar desde el cual construir una identidad. Cómo y por qué lo están haciendo son las preguntas que Lucía procura contestar en este extraordinario texto.

Javier Auyero

INTRODUCCIÓN

Este libro va a estudiar a un grupo de jóvenes que participan de una organización piquetera y que forman parte de los dispositivos de seguridad o autodefensa que esta tiene. Vamos a tratar de entrar al universo de los jóvenes encapuchados, esos que tan celosamente custodian las columnas en las actividades callejeras, amenazantes con sus palos en mano y que llenan fotos de diarios y noticias televisivas por demás.

Recorriendo algunas de sus experiencias, nos preguntaremos sobre sus procesos de subjetivación, sobre los modos de atribución de sentidos que transitan en una práctica de matriz política, pero también cargada de un sinfín de códigos de sociabilidad populares.

Pero, antes de adentrarnos de lleno en ellos, parece necesario que aclaremos por qué nos resulta necesario y actual hablar de estos jóvenes piqueteros.

En el marco de la profunda crisis sociopolítica de fines del siglo xx, las ciencias sociales locales se vieron sacudidas por la emergencia de una renovada conflictividad y capacidad de praxis de actores subalternos que desbordaron los marcos interpretativos que hasta ese entonces habían dado cuenta de la acción política contemporánea. En esta conmoción, las teorías de los movimientos sociales y de la acción colectiva, entre otras, sobresalieron en la búsqueda de nuevas categorías que contemplaran un proceso político que excedía por demás

a las instituciones tradicionales de participación. Lo político se desinstitucionalizaba. Los actores colectivos se constituían por fuera de los espacios formales y la crisis de representación ponía en jaque las formas acotadas de una democracia que desde la denominada transición se venía achicando cada vez más en su calidad participativa.

Ese terreno hizo que prosperara una vasta bibliografía avocada a estudiar estas novedosas formas de organización y praxis que recorrían el campo popular. En particular, resaltó en este tratamiento académico el abordaje sobre las diversas dimensiones del piqueterismo, actor sobresaliente de los ciclos contenciosos pero también comunitarios de aquel período que se expandió entre mediados de la década del noventa y los primeros años de la siguiente.

Sin embargo, paulatinamente la coyuntura política fue superando su situación más crítica, y poco a poco las formas de acción colectiva también volvieron en cierta medida y lentamente a sus cauces más institucionales. A medida que se reordenaba la gobernabilidad, estos actores que se habían presentado como novedosos y que habían canalizado a través de circuitos alternativos la capacidad organizativa y expresiva de vastos sectores subalternos fueron perdiendo peso en la escena pública. En un contexto de recomposición económica y social, el heterogéneo movimiento piquetero perdía parte de su poder disruptivo. Muchas de sus organizaciones se incorporaron a las filas del nuevo gobierno kirchnerista. Algunas quedaron absorbidas por una dinámica más autonomista que les restó dimensión pública. Finalmente, otras, desde la confrontación frontal con el gobierno, fueron quedando relativamente marginadas ante el retorno de lo político a un campo más formalizado. Como sea, en cualquiera de los casos, las organizaciones piqueteras perdieron visibilidad y complementariamente fueron dejando de ser ese hijo mimado de la producción académica de los primeros años del siglo XXI.

Sin embargo, no por ello dejaron de existir. Casi nos animaríamos a sugerir, parafraseando a Alberto Melucci, que más bien quedaron en un estado de latencia, insertas en infinidad de barrios de las grandes ciudades e implicando a un número incierto de militantes y seguidores que, con mayor o menor grado de compromiso, sostienen comedores comunitarios, escuelas populares, cooperativas de trabajo y otra serie de variopintas formas de inserción colectiva.

Este libro da cuenta, entre otras cosas, de la relevancia que estas organizaciones siguen teniendo en ciertos sectores de pobreza estructural, pobreza que no se revierte en sus dimensiones profundas pese a la mejora macroeconómica vigente desde hace ya cerca de diez años.

Los distintos formatos organizativos que implican estas experiencias, su perdurabilidad, sus capacidades para seguir gestionando demandas reivindicativas, sus planteamientos políticos, sus connotaciones en la construcción de redes de sociabilidad, son algunos de los elementos que tienen vigencia para pensar por qué sigue siendo necesario observar estas expresiones subalternas.

Máxime, pensando a nuestros jóvenes encapuchados. Porque, pese a que corren tiempos en los que las categorías de política, militancia y compromiso son observadas con sorpresa por la fuerte presencia juvenil que connotan, estos jóvenes excluidos siguen cobrando mucha más visibilidad desde el estigma de su pobreza que desde las dimensiones en juego en su participación colectiva.

CAPÍTULO I

INTRODUCIENDO A NUESTROS JÓVENES “LOS NADIES” ENCAPUCHADOS

Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada./ Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos./ Que no son, aunque sean./ Que no hablan idiomas, sino dialectos./ Que no profesan religiones, sino supersticiones./ Que no hacen arte, sino artesanía./ Que no practican cultura, sino folklore./ Que no son seres humanos, sino recursos humanos./ Que no tienen cara, sino brazos./ Que no tienen nombre, sino número./ Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local./ Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata.

Eduardo Galeano, “Los nadies”. Tomado de una cartilla de la Autodefensa de la CTD A. Verón. Agosto de 2010.

El problema de investigación

Muchas cosas se han escrito acerca de las demoledoras consecuencias sociales legadas por las políticas neoliberales que se aplicaron en los años noventa en nuestro país. Las reflexiones que surgieron de la investigación que da vida a este trabajo también podrían situarse en gran medida en el campo de análisis de alguna de estas herencias.

Las preguntas que nos guiaron se centraron en algunas de las transformaciones en los modos de interrelación social en

sectores populares heredadas a partir de los cambios estructurales producto de más de una década de neoliberalismo. Especialmente, focalizamos en estas transformaciones ocurridas en los jóvenes, grupo etario que investigación tras investigación fue mostrado dentro de los damnificados sobresalientes de los procesos de exclusión social que generaron dichas políticas y que vienen siendo observados de manera problemática desde las ciencias sociales, pero también desde las agendas públicas. Jóvenes en condiciones de exclusión. Jóvenes de barrios periféricos. Jóvenes marginales o marginalizados. Jóvenes pobres. Los jóvenes “nadies” de los que habla Eduardo Galeano.

Y de estos jóvenes en condiciones de exclusión, iremos deteniéndonos a lo largo de las páginas que siguen en aquellos que participan de experiencias políticas colectivas, como son las organizaciones piqueteras, y poniendo nuestra mirada en una práctica muy particular y llamativa que parece congregarse especialmente a esta franja de edad. Vamos a centrarnos en los cordones de autodefensa o seguridad piqueteros, esos chicos y chicas de rostro tapado y palo en mano que custodian celosamente las actividades callejeras de algunas de estas organizaciones.

Sobre ellos, vamos a preguntarnos por las formas de construcción de sociabilidad que transitan, los espacios de interrelación social de los que se sienten parte y el universo de sentidos que activan en sus prácticas. En particular, trataremos de encontrar los puntos de superposición, tensión y diálogo entre las formas de construcción intersubjetiva que indican transformaciones en el ámbito de la domesticidad, que fueron de la mano de las transformaciones estructurales acaecidas en nuestro país, con aquellas formas de politicidad novedosas que, en el marco del agitado fin del siglo xx argentino, rompieron los moldes de lo instituido como campo dominante de la participación, conformando diversos espacios no formales y alternativos de acción política en los sectores subalternos.

¿Cuáles son, entonces, los procesos de subjetivación que asoman por detrás de las capuchas que ocultan los rostros de estos jóvenes?, ¿cuáles los imaginarios que emergen en la adhesión a esta práctica política, que presenta signos de irritar tanto a los aparatos de construcción de opinión pública como a los sistemas de control social?

Algunos ejes sobre los que nos recostaremos para buscar indicadores de estas preguntas girarán en torno a las formas de vivenciar su juventud, su condición de pobreza y su participación colectiva buscando la existencia de puentes o quiebres entre unas formas de sociabilidad cotidiana que aparecen transformadas a partir de las modificaciones estructurales de las condiciones de vida y un proceso de politización del que su adhesión y participación colectiva parecería dar cuenta.

Contexto indispensable y algunas definiciones

Resulta imposible no partir, como sustrato necesario de nuestras reflexiones, del conocido deterioro generalizado de las condiciones de vida de los sectores populares. Esta debacle tiene como punto de inicio sostenido mediados de los años setenta, pero se ve profundizada a partir de la última década del siglo xx. Estas condiciones de desmejoramiento excederán el plano económico, implicando también impactos simbólicos y de participación política en los que se inscribirán las intensas transformaciones en los modos de sociabilidad que nos interesa observar. Baste con mencionar un mercado de trabajo devastado, polarización social extrema, pauperización y estructuralización de la pobreza para contextualizar los profundos cambios en las matrices identitarias y de inserción social que implicaron a los sectores populares.

Ahora bien, si estas transformaciones estructurales trajeron consigo una serie de cambios en la cotidianeidad de los sujetos,

es necesario dejar asentado que los cambios no operaron de forma lineal ni necesaria. Haciendo pie en una concepción de individuo que se aleja de verlo como un epifenómeno de lo social, entendemos que los sujetos, lejos de “reflejar” lo estructural, se lo apropian, lo mediatizan, lo retraducen. Entonces, vamos a valernos a lo largo de toda esta obra de la noción de subjetividad para pensar estas intermediaciones entre sujeto y estructura. Y desde esa idea, nos preguntaremos acerca de las dinámicas populares de aquel período y sus herencias hasta el presente.

Y hacemos un paréntesis para dejar planteado que, en el marco de la reconfiguración de lo político como espacio de disputa, del florecimiento de múltiples formas de prácticas colectivas subalternas e incluso algunas veces de pretensión contrahegemónica, fue paulatinamente perdiendo centralidad la concepción institucionalizada y acotada de los canales de participación que acompañaron especialmente las lecturas de la ciencia política y las ciencias sociales en general a lo largo del período de la transición posdictatorial en nuestro país.¹ La acción política, emergente con formatos multivariados de acción colectiva, sería revisitada por actores que encontraban nuevos tipos de práctica y desdeñaban en los hechos la idea de que la política fuera sólo tarea de los políticos. Este mismo proceso encontraría a las ciencias sociales rompiendo algunos de sus moldes y modos de categorizar y tratando de explicar la conformación de actores colectivos no convencionales, formas de prácticas distintas y novedosas, escenarios de disputa plasmados por fuera del campo de lo institucional. En este contexto, las dimensiones de lo subjetivo cobran centralidad, dando cuenta del lugar del sujeto y su capacidad de acción en su plena dimensión histórica.

Entonces, antes de avanzar, nos detendremos un instante para explicitar el enfoque utilizado en esta conceptualización de

¹ Puede verse en este sentido y para una mayor profundidad del tema, Rinesi, Nardacchione y Vommaro (2007).

subjetividad que nos acompañará de aquí en más. En particular, queremos aclarar que no pretendemos confundir subjetividad con lo individual o con una visión psicologista, ni tampoco reducir nuestra visión a un conjunto de opiniones personales de los actores. Más bien, situamos la subjetividad y al sujeto como el espacio donde se anuda el sentido de la acción. Acción que, por otro lado, transcurre dentro de los ámbitos delimitantes a la vez que posibilitadores de lo estructural, retomando entonces todas las implicancias sociales. Debemos aclarar que somos tributarios en este planteo sobre subjetividad del trabajo de Martín Retamozo (2006) y de los lineamientos que este a su vez retoma de Enrique de la Garza (1992). Así, la subjetividad será concebida como un proceso móvil que articula códigos cognitivos, emotivos, éticos, estéticos, etcétera, contenidos en la cultura, que son heterogéneos y están en permanente tensión, y que son puestos en juego para revestir de significado las situaciones concretas.

Por su parte, cuando postulamos la presencia de cambios operados en las últimas décadas en las formas de sociabilidad popular, nos referimos fundamentalmente a transformaciones en las maneras y los contextos en que los sujetos establecen relaciones sociales en los diferentes ámbitos de la vida. Estas transformaciones suponen una alteración de los espacios en que se generan lazos sociales, implicando modificaciones en la experiencia particular de aspectos esenciales para la construcción de un proyecto biográfico, tales como el trabajo (incluida la falta de este), el territorio, el tiempo libre, la afectividad, las formas de participación colectiva, las representaciones sociales, etcétera.

Así, la profundidad de las transformaciones neoliberales trajo consigo alteraciones sustanciales en torno a los espacios típicos de integración social. El trabajo, considerado tradicionalmente como primordial en la consolidación de sentidos y proyectos de vida, pasó a perder centralidad a la par que la desocupación

se entronizaba en el escenario macro social. Junto con eso, los elementos más disímiles de organización de los sentidos de lo cotidiano fueron modificándose. La bibliografía consultada da cuenta de ejemplos de una larga lista de novedades en las formas de construcción de las relaciones intersubjetivas, entre ellos aparecen las transformaciones en torno a la forma de concebir la organización familiar, de reasignar jerarquías y reconocimientos sociales, de revalorizar lo local y barrial como ámbito de inserción y construcción de relaciones y estrategias de supervivencia, etcétera. En síntesis, retomaremos aquí como contexto de nuestro problema de investigación las múltiples y variadas alternativas plebeyas de integración y sociabilidad que fueron emergiendo ante la descentralización de los espacios de integración social fundamentales. En estas formas aparecerán signos de resistencia, pero también signos adaptativos, donde los sujetos buscarán afrontar un escenario marcado por la incertidumbre ante la descentralización de instituciones tradicionales y la urgencia que demanda la necesidad de sobrevivir.

Algunas de estas respuestas que surgieron frente a las transformaciones estructurales tuvieron un indiscutible impacto colectivo y político y han sido, como empezamos a adelantar párrafos arriba, analizadas especialmente desde la sociología, en particular desde la sociología política. Desde las teorías de los movimientos sociales, ya sea en clave de estrategia o en clave identitaria, se han buscado respuestas a la emergencia de novedosas expresiones colectivas de conflictividad y resistencia. Los primeros abordajes teóricos que pretendieron dar cuenta de las consecuencias del neoliberalismo en el plano de la organización social y colectiva se planteaban que este arsenal de políticas implementadas generaría fundamentalmente fraccionamiento, dispersión social y retroceso de los actores colectivos en sus disputas, en una suerte de proceso de descolectivización (Castel, 2004) y de incremento de interrelaciones de competencia en el marco de una configuración

social pensada en clave individualista y en manos del mercado como regulador social por excelencia (Minujin y Kessler, 1995; Beccaria y otros, 2002). Sin embargo, finalizando los años noventa, otros estudios (Giarraca, 2001; Delamata, 2002; Schuster, Naishtat, Nardacchione y Pereyra, 2005) comienzan a situar a partir de mediados de esa década la emergencia de un ciclo de protestas donde diferentes expresiones de los sectores más agraviados por las políticas aplicadas confluirán en un proceso de beligerancia que irá en ascenso hasta la crisis de diciembre de 2001. Coincidiremos con las referencias bibliográficas (Svampa y Pereyra, 2003; Retamozo, 2006) que indican que este nodo de organización colectiva a partir de la acción contenciosa y comunitaria aporta renovadas claves de interrelación social subalterna. Al interior de estas construcciones colectivas, beligerantes pero también solidarias, locales y participativas, infinidad de sujetos experimentaron nuevos marcos de acción y, por tanto, también de subjetivación.

Por su parte, otras alteraciones de las formas de sociabilidad popular que siguieron a las reformas estructurales neoliberales vienen siendo observadas desde el cruce teórico de la sociología cultural y la antropología. En estos estudios, se viene pensando en este contexto de condiciones de expansión y profundización de la pobreza otra serie de novedades dentro de las culturas populares (Auyero, 1992; Kessler, 2002; Míguez y Semán, 2006; Alabarces y Rodríguez, 2008). También aparece con fuerza en estos abordajes la pregunta sobre formas de integración alternativa ante la desestructuración de las instituciones típicas, especialmente el trabajo y los distintos ámbitos integradores del Estado (la educación fundamentalmente, pero también la salud y diversas áreas de la seguridad social que otorgaban previsibilidad a las condiciones de vida cotidianas). Sin embargo, aquí los interrogantes principales, situados más en el ámbito de la domesticidad, no se centrarán en una mirada de lo colectivo. Corriendo el eje de lo político,

sus problemas de investigación estarán más orientados hacia las formas que adquiere la reproducción material, pero también las rutinas temporales y espaciales, las creencias o religiosidad, la construcción de roles y jerarquías, entre otros aspectos fundamentales para la constitución de los proyectos biográficos de los sujetos.

Estos dos tipos de abordajes teóricos se paran frente a procesos que bien podrían ser complementarios, desde enfoques que terminan resultando más bien alternativos. Incluso cuando analizan objetos similares de estudio, en especial a las clases populares, alumbrarán aspectos disímiles, llegando generalmente a conclusiones que difícilmente se muestren como integradoras. Los estudios de movimientos sociales focalizarán especialmente en el carácter identitario y político colectivo de estas formas de sociabilidad nacidas al calor beligerante y según nuestro criterio, en no pocas oportunidades relegarán la importancia de las especificidades de los distintos tipos de inserción al interior de estas experiencias colectivas. Mientras que las lecturas más culturalistas harán tanto énfasis por correr la tendencia politicocéntrica de la construcción de sociabilidad que no priorizarán el estudio de estos movimientos sociales o, en todo caso, puntualizarán en las matrices de reciprocidad² que operan en estas construcciones colectivas, proponiendo una mirada centrada en una lógica instrumental estratégica que muestra más los límites que las novedades de las formas de organización popular reciente y ponen en cuestión la pertinencia de los postulados de una identidad colectiva. Estos abordajes de cuño culturalista aportarán elementos muy interesantes sobre las nuevas configuraciones de los entramados de sociabilidad,

² Las relaciones de reciprocidad pensadas en este ámbito dan cuenta fundamentalmente de una relación asimétrica distinta a la articulación a partir de conceptos ciudadanos de derechos. La reciprocidad es un concepto de alcance más amplio que las relaciones políticas, aunque en ese campo suelen utilizarse especialmente para describir situaciones de clientelismo, término que lleva implícita una fuerte carga normativa.

pero tendrán una tendencia a obturar la visibilidad de procesos de politización.

Nosotros creemos que no es necesaria esta alternativización, y proponemos detenernos justamente en la intersección de esos dos legados de los años noventa, comprensibles en el marco de las transformaciones estructurales mencionadas y abordables desde la teoría de los movimientos sociales, pero también desde las nuevas matrices no políticas de sociabilidad popular. Es decir, pensamos que es posible ver estos cambios de raigambre cultural en las formas de construcción biográfica de las clases populares sin perder por ello su dimensión de politicidad.

Sobre los antecedentes, el tema y la difícil tarea de construir las referencias bibliográficas

La verdad es que buscar las referencias o antecedentes del tema que nos proponíamos investigar fue una tarea bastante ardua. De hecho, no encontramos a lo largo de una inspección bastante minuciosa ninguna referencia bibliográfica que se abocara a nuestros jóvenes tal y como queríamos observarlos. Poco, o más bien nada, había escrito en el mundo académico acerca de estos chicos y chicas de las autodefensas piqueteras, ni de las autodefensas o cordones de seguridad en sí. En el tratamiento específico y del campo investigativo, estos tópicos aparecen mencionados muy marginalmente, cosa que contrasta notablemente con la prolífera producción que sobre ellos suele haber en medios de comunicación y otros órganos de construcción de opinión pública.³ Así que aquí, y tal como ya adelan-

³ Cabe destacar que, en este tipo de tratamiento, nuestros investigados cobran notoriedad sobre todo como construcción mediática del prototipo del joven, pobre, piquetero y violento que condensa un fuerte proceso estigmatizante que los construye cotidianamente como parte de las otrora concebidas "clases peligrosas". Pensamos en la idea de "clases peligro-

táramos, vamos a nutrirnos especialmente de dos corrientes académicas que, aunque no se refieren especialmente a ellos, y que además dialogan poco entre sí, nos parece que condensan enfoques que, vistos de modo complementario, alumbran las zonas de implicancia de nuestro objeto de estudio.

Por un lado, entonces, haremos pie en la analítica que observa esa respuesta contingente a la proliferación masiva del desempleo que fue el movimiento piquetero. Hijo dilecto de los procesos de acción colectiva contenciosa, su fuerte peso político como expresión pública de los sectores más humildes y las improntas subjetivas que estas experiencias han plasmado en los sujetos participantes nos sugieren que es un actor ineludible para pensar la praxis contemporánea, política y comunitaria, de sectores de pobreza urbana. Esto, incluso a pesar de la merma que este actor colectivo tuviera en la incidencia política una vez iniciado el ciclo de recomposición institucional y social verificable desde el año 2003.

Por otro lado, cruzaremos estas preguntas con aquellas que indagan sobre las formas de sociabilidad popular no exclusivamente en clave política, y que traen a colación una serie de transformaciones del ámbito de la cotidianeidad y de los lugares de inscripción social popular ante el retroceso de lo que Castel (1999) llamará la sociedad salarial. Nos referimos a las preguntas que alumbran la expansión de una serie de *locus* identitarios recurrentes en sectores populares y particularmente en jóvenes

sas”, nacida en el siglo XIX para aplicarla a los sectores populares, y hoy utilizada como cristalización de grupos sociales ubicados en los márgenes, sociales y espaciales, que fija la inseguridad a los enclaves pobres urbanos y genera *habitus* de aplicación de los dispositivos de control de las fuerzas de seguridad. Véase al respecto Castel (2004). En esa sintonía, el hecho de su participación piquetera aparece, en todo caso, como un aditamento de esta construcción del imaginario de “clases peligrosas”, que ya de por sí transitan usualmente estos sujetos por el mero hecho de ser jóvenes y pobres. Para más detalle acerca de la estigmatización y construcción de sentidos de peligrosidad sobre jóvenes marginales puede verse Rodríguez, 2009.

pobres, relacionados en gran medida a la trasgresión, la “lógica del aguante” (Urresti, 2006; Garriga Zucal, 2006), la violencia,⁴ el conflicto con la ley, los consumos culturales, religiosos, una cierta valoración de la estética corporal, entre otros.

Buscaremos los nexos entre estas dos formas de expresividad popular observando a los jóvenes de la autodefensa. Y la propuesta de detenernos en esta tarea tan particular de la autodefensa o cordones de seguridad piqueteros y los jóvenes que los integran radica justamente en tomarla como caso testigo de la superposición de estos patrones de sociabilidad que vemos transformados tanto en los ámbitos de lo político como de lo cotidiano. En estos jóvenes, que a simple vista se puede observar en las actividades callejeras, portadores de una estética notablemente popular, parados en clara actitud desafiante y parte de un dispositivo organizativo de fuerte contenido simbólico trasgresor y, por qué no decirlo, también violento, creemos que se yuxtaponen claves de politicidad que se potencian con manifestaciones de las nuevas formas de construcción intersubjetiva plebeya.

En principio, la tarea de la autodefensa piquetera pareciera dar cuenta de procesos de politización colectiva propios de la misma inscripción dentro de una organización de desocupados, así como en la legitimación de “defenderse” construida a partir de la identificación conjunta de un “otro” con el que se presupone entrar en conflicto. Pero, además, esta forma de aparición pública, la forma en la que estos jóvenes se muestran, la actitud desafiante y el anuncio detrás de sus capuchas

⁴ Con “violencia” nos referimos, fundamentalmente, a la utilización de la fuerza física como medio válido de regulación de las relaciones sociales. Destacamos particularmente que la violencia es considerada por diversos autores (Castel, 1999; Míguez, 2008; Reguillo, 2008; Gentile, 2008; Urresti, 2006, entre otros) un recurso de construcción de respetabilidad y reconocimiento ante la falta de otros soportes tradicionales. Aclaramos que de aquí en más, salvo que especifiquemos lo contrario, será desde esta acepción que se utilice el término.

de que no pondrán ninguna de sus mejillas ante una sociedad que acostumbra mirarlos con hostilidad, sugeriría que en esta tarea en sí misma prevalecen maneras trasgresoras de aparición pública en sintonía con algunos de los rasgos de las nuevas formas sociabilizantes asociadas a sectores populares.

Subyaciendo a estas preguntas, aparece el interrogante más profundo sobre formas de irrupción popular, donde se inscriben de manera superpuesta estas particularidades de sociabilización política y cotidiana trasgresora como elementos que irritan el sentido más hegemónico del orden. Hemos intentado alguna aproximación a ello (Corsiglia Mura, 2009), pensando el carácter disruptivo en términos políticos que implica la existencia de una formación de autodefensa, integrada por sectores altamente subalternizados y organizados colectivamente. El tratamiento usual y casi exclusivo en los órganos de producción mediática que refiere de modo estigmatizante y despectivo a estos dispositivos colectivos de seguridad es la manera más frecuente de invisibilizar este lugar político de la existencia de los cordones de autodefensa piquetera, así como de restarle capacidad de autonomía a los sujetos que los componen. Al designar a estas formaciones como “banda de bárbaros”, “salvajes” o “inadaptados”, como muchas veces aparecen nombrados en los medios de comunicación, se los ubica en el rango de la irracionalidad,⁵ quitándole a la autodefensa el carácter de estructura política autónomamente definida dentro de la programática de una organización y restándole a los sujetos

⁵ Son frecuentes, especialmente en los medios de comunicación, los calificativos agraviantes para describir las acciones piqueteras, y muy especialmente las que tienen que ver con sus formatos contenciosos. No podemos dejar de recordar en este sentido, y por la afinidad de las calificaciones mencionadas, el desarrollo que hace Laclau (2009) respecto a la tradición de “la denigración de las masas” (nombre que identifica al capítulo II) arraigada en las ciencias sociales en el siglo XIX, que relacionaba los conceptos de acción de masas (en nuestro caso, acción colectiva subalterna) a ideas de multitud y contagio, condenándolas al juicio de lo irracional o patológico.

que la integran la capacidad de invertir juicios racionales y no heterónomos en sus acciones. Por su parte, el trato delictual que reciben desde los órganos de control termina de restarles valoración como actores políticos.⁶

Sin dudas, el alcance de la investigación que da vida a este libro no permite cerrar estas preguntas ni mucho menos. Aunque sí puede facilitar abrir interrogantes sobre los imaginarios que hacen que esta tarea, de alta visibilidad y polémica pública, genere respuestas represivas, estigmatizantes y excluyentes por parte de órganos públicos y dispositivos de construcción de consensos, sea poco tenida en cuenta en ámbitos académicos y sea adherida y naturalizada en ciertos actores de sectores populares.

¿Quiénes son los jóvenes que aquí se abordan?

Focalizamos esta investigación en los jóvenes de las auto-defensas piqueteras o cordones de seguridad –varía el nombre según la organización que se tome de referencia–, pensando estas formaciones como un dispositivo de relevancia, cuya simbología está presente en gran medida en la narrativa piquetera y es complementaria a la radicalidad disruptiva que acompañó al proceso de emergencia pública del movimiento de desocupados. Baste recordar las caras tapadas, gomeras y

⁶ Puede traerse a colación como referencia actual las nada lejanas iniciativas del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires para que la Policía Metropolitana dedicara como una de sus funciones particulares la represión de acciones piqueteras, o la iniciativa del Código Contravencional de la provincia de Buenos Aires discutido a fines de 2010 en el que una de las propuestas más publicitadas redundaba en evitar la presencia de rostros cubiertos en las manifestaciones. Por otro lado, vale como ejemplo del tratamiento mediático la noticia con que el diario *La Nación* del 4 de abril de 2010 abordaba las acciones principales que se supondría tendría la Policía Metropolitana, titulándola “Tres plagas porteñas” para referirse al campo primordial de aplicación del proyecto punitivo metropolitano, los llamados “trapitos”, los jóvenes que limpian vidrios en los semáforos y los piqueteros encapuchados.

palos del primer Cutral Co,⁷ allá por 1996, para pensar de qué trayectoria se nutre la reactualización permanente del discurso legitimante de estas estructuras.

Estos cordones de seguridad nacieron en el interior de diversos movimientos piqueteros a partir de la argumentación del derecho de “defenderse” de unas fuerzas de seguridad socialmente cuestionadas como represivas, experiencia asentada en el piqueterismo a través de una prolífera enumeración de militantes muertos en represiones⁸ o detenidos y judicializados. Así, estas formaciones defensivas son estructuras que mantienen presencia pública hasta el presente en diversos movimientos, aunque con fuertes diferencias entre las organizaciones que las sostienen respecto de su formato de escenificación. Desde la utilización de gorras, brazaletes y pecheras como elementos distintivos de esta tarea, hasta los ejemplos que aquí nos interesan, de cordones de jóvenes encapuchados, las estructuras de autodefensa parecen entonces un dispositivo a tener en cuenta para pensar la dimensión operativa de las actividades de protesta, pero también para reflexionar sobre el valor que aportan a su dimensión simbólica comunicativa, siendo en algunos casos una de sus facetas más visibles de manera pública. En este sentido, ya hemos sugerido que no puede es-

⁷ El primero y segundo corte de ruta de la localidad de Cutral Co en Neuquén, entre los años 1996 y 1997, sería una suerte de mojón en el relato mítico fundacional piquetero. Estos acontecimientos impusieron de algún modo el nombre “piqueteros” y establecieron un punto de inicio a la supremacía de un repertorio de acción asentado fundamentalmente en el corte de ruta que posteriormente se esparciría por todo el territorio nacional. En estas jornadas, que incluyeron el intento de desalojo por fuerzas de seguridad e implicaron episodios represivos, entre ellos el asesinato de Teresa Rodríguez por manos de la policía neuquina, resaltaron visualmente los jóvenes que oficiaban de cordones de seguridad y que eran las primeras líneas de enfrentamiento, gomera y piedras en mano, contra las fuerzas de seguridad.

⁸ Teresa Rodríguez, Aníbal Verón, Darío Santillán y Maximiliano Kostekí son algunos de los nombres que nos interpelan para pensar la huella que la violencia represiva ha dejado en estos agrupamientos.

capar a nuestra reflexión el hecho de que estas construcciones parecen ser un elemento sobreexplotado mediáticamente por medios de comunicación que utilizan la imagen del “piquetero violento” como prototipo estigmatizante hacia la construcción de la opinión pública que, después de los acalorados ritmos de la crisis de fin de siglo, rápidamente entró en tensión con el movimiento de desocupados, especialmente con su fracción más radicalizada.

Entonces, estos dispositivos de autodefensa parecerían mantener, después de largos años de existencia y pese a las modificaciones transcurridas del movimiento piquetero y su fuerte heterogeneidad interna, una suerte de función práctica respecto a la posibilidad efectiva de montar y sostener una acción de protesta de envergadura; así como una función simbólica que otorga cierta continuidad con la radicalidad de origen del movimiento de desocupados, aportando a sostener su apariencia resistente y confrontativa.

En este marco, vamos a abordar nuestras preguntas de investigación sobre la experiencia particular de jóvenes de la autodefensa en una organización piquetera en especial, la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTD A. Verón de aquí en más). Esta es una organización de desocupados de anclaje en sectores de pobreza estructural y de desarrollo temprano, sobre todo en el área metropolitana. Podríamos ubicarla en la cartografía piquetera dentro de las organizaciones más radicales,⁹ sobre todo pensándola en relación con su formato contencioso de irrupción pública. Esta organización aparece justamente como una de las que más recurre a la práctica de hacer visible los cordones de seguridad como forma distintiva, amén de que la viabilidad de estas

⁹ No podemos detenernos aquí a hacer un detallado mapa de las organizaciones piqueteras vigentes ni reconstruir el proceso histórico de conformación del campo piquetero. Para más información, puede consultarse, entre otros, Svampa y Pereyra (2003).

líneas de autodefensa como recurso simbólico se asienta en una trayectoria que da cuenta de su capacidad real confrontativa, reiteradamente probada en choques con la policía ó en conflictos con automovilistas.

Por otro lado, a simple vista puede notarse cómo esta autodefensa está compuesta mayoritariamente por jóvenes (aunque no solamente), rostro cubierto y palo en mano, con una fuerte estética popular y en una clara actitud trasgresora. Este componente casi prototípico del joven pobre marginal que la integra aporta un elemento esencial para terminar de pensar por qué detenernos en este caso de estudio.

Por su estética, su apariencia, su corta edad, parecieran encarnar la aparición pública de una parte de lo más plebeyo de los sectores subalternos, representantes de la estigmatizada juventud de los sectores populares, temida y asimilada en más de una oportunidad a las viejas concepciones de clases peligrosas.

Según ellos mismos enuncian, están ahí para proteger a sus compañeros, para garantizar la seguridad de las actividades de la organización. Para “cuidar a su gente”. Sin embargo, más allá de esta tarea, en sus relatos a veces pareciera subyacer, en esa manera tan desafiante de mostrarse públicamente, además de la dimensión política de la participación colectiva, una suerte de hostilidad por sentirse esos “nadies” de Eduardo Galeano, esos “parias urbanos” de los que habla Wacquant (2001), que, cortando el tránsito o marchando por una calle, disponen a su antojo de espacios que frecuentemente les son negados. Los cordones de autodefensa desafían la represión, desafían a los automovilistas que pretenden pasar el piquete a toda costa, pero también desafían el sentido hegemónico del orden, que acostumbra tener a estos jóvenes, y al conjunto de la movilización que ellos custodian, más alejados de la vista y del escenario político.

Así, nos preguntamos cómo se piensan a ellos mismos y cómo caracterizan la tarea que realizan estos jóvenes que

proviene de sectores de pobreza estructural urbana y que nacieron en gran medida a la vida política popular después de las transformaciones de los formatos de acción colectiva subalterna paridos al calor de la resistencia a las políticas neoliberales. Estos jóvenes que, además, se inscriben en pautas de sociabilidad alternativas que naturalizan la trasgresión, la violencia y una cierta estética que los distingue a la vez que los estigmatiza.

Nuestra unidad de análisis serán estos jóvenes que se saben la primera y última línea ante la represión y de los cuales depende en gran medida la seguridad del resto del grupo. Nos interrogamos sobre las subjetividades a partir de las cuales interpretan su tarea de autodefensa, estigmatizada desde la opinión pública y en tensión permanente con la violencia y la penalización. ¿Desde qué imaginario decodifican estos jóvenes el palo y la capucha?

En épocas donde parece un lugar común hablar de pobreza, jóvenes y violencia como una suerte de trinomio indisoluble, proponemos una mirada distinta para pensar la emergencia de estos sujetos.

Aspectos metodológicos

Dado que el presente abordaje es de tipo exploratorio, incluirá importantes componentes descriptivos. Especialmente, por la ausencia de bibliografía que aborde el tema.

Por su parte, el diseño metodológico aplicado a esta investigación es fundamentalmente de tipo cualitativo, tomando como herramienta principal la entrevista en profundidad a partir de la cual acceder a indicadores de las representaciones sociales de nuestros sujetos estudiados en torno a los ejes articuladores de juventud, pobreza y acción colectiva. También se desarrollaron entrevistas grupales así como se recurrió a material interno de

la organización referente a doctrina, noticias y propaganda de la tarea en cuestión.

Hay que destacar que debimos adecuar nuestras herramientas de investigación a las condiciones que nos imponían los hallazgos de campo. Nuestros investigados cubrían una franja etaria de entre 15 y 35 años, encontrándonos con diferencias importantes respecto de la disponibilidad para acceder a la situación de entrevista en profundidad con el marco de intimidad que esta requiere. Así, resultó más útil la entrevista grupal para las franjas etarias más jóvenes, pues en esta situación nuestros entrevistados se sentían más cómodos para hablar con soltura. En total, se llevaron a cabo entrevistas a informantes clave, entrevistas en profundidad a cinco miembros de la autodefensa y dos entrevistas grupales de seis y tres miembros más cada una.

Asimismo, se desarrollaron observaciones, tanto en el plano de la acción colectiva (especialmente el piquete, la concentración o la marcha, donde aparece en primer plano el cordón de autodefensa), como en ámbitos específicos de funcionamiento de esta (reuniones, plenarios, campamento de formación) o en el plano más cotidiano del barrio.

Por su parte, el criterio de la selección de la muestra fue por saturación de información, llegando a nuestros casos a través de informantes clave y recurriendo, además, al procedimiento de bola de nieve.

Es necesario mencionar que contábamos, previamente a esta investigación, con cierta familiaridad con la organización de referencia. Esto nos permitió un acercamiento sencillo a nuestros informantes clave, quienes nos abrieron las puertas al resto de los contactos con total confianza. Fuimos dándonos cuenta en el transcurso del trabajo de campo que esto se tornó en un factor fundamental, máxime pensando en que la temática específica objeto de estudio linda con tópicos de permanente utilización estigmatizante. Esta familiaridad previa, si bien puso

a prueba nuestra capacidad de tomar distancia para poder desarrollar un juicio crítico, también nos aportó claves para buscar en temáticas muy específicas que a veces no afloran a investigaciones menos pormenorizadas. Asimismo, destacamos que, respecto de nuestros entrevistados en particular, en general no teníamos conocimiento personal previo.

La investigación queda circunscripta a lo que dentro de la organización llaman zonales metropolitanos, y el trabajo de campo se desarrolló entre los meses de octubre de 2009 y junio de 2010, en actividades y barrios de diversas localidades del Gran Buenos Aires y Gran La Plata y en Capital Federal. La definición nativa de zonales metropolitanos hace referencia a las áreas de inserción territorial del Gran Buenos Aires, Luján y Gran La Plata. Respecto de la justificación de la delimitación espacial asumida, diremos que, pese a que esta organización tiene despliegue nacional con inserción en trece provincias, será la inserción en las grandes zonas urbanas de pobreza estructural, tal como las localidades que tomamos de referencia, las que parecen imprimir con mayor fuerza el estilo público de la organización, en el que destaca la aparición pública de las formaciones de autodefensa que aquí nos interesan. Por otro lado, es justamente en estas inserciones de pobreza estructural donde aparecerán recurrentemente reseñadas las alteraciones de formatos cotidianos de sociabilidad popular.

Finalmente, aclaramos que evitaremos los nombres en las citas textuales de entrevistas que aparezcan a lo largo de este trabajo, a fin de preservar la identidad de los investigados. Sólo destacaremos el género y la edad de los informantes referidos, ya que estos dos elementos resultan importantes para darnos una idea de cierto anclaje de sus representaciones y subjetividades.

CAPÍTULO II

LAS MARCAS DE LA POBREZA, LA JUVENTUD Y LA ACCIÓN COLECTIVA

En este capítulo desarrollaremos las categorías centrales desde las cuales nos vamos a acercar a algunos elementos fundamentales para entender el proceso de subjetivación de nuestros investigados. Como adelantáramos, los ejes serán los de pobreza, juventud y acción colectiva, sosteniendo que estas dimensiones (seguramente entre otras que aquí no destacaremos) imprimen huellas, puntos de anclaje, que podemos rastrear a partir de las diversas representaciones que nuestros sujetos refieren sobre lo social, sobre su lugar particular ocupado en la sociedad y sobre las posibilidades transformadoras de las que pueden sentirse parte. Creemos que estos elementos se articulan en la particular manera de vivir su participación en una estructura política tan peculiar como lo es la autodefensa piquetera.

Cuando la pobreza es el horizonte eterno

Abordaremos la pobreza no tanto desde la lógica aritmética de cuántos y a partir de qué línea, sino más bien como condicionante en la conformación de las representaciones sociales.

La pobreza es un dato que aflora de las entrevistas y del trabajo de campo. En los relatos recabados asoman mayormente vestigios de una pobreza estructural, de larga data, arrastrada por más de una generación. De todas maneras,

entre nuestros jóvenes aparecerán dos entrevistas que dan cuenta del empobrecimiento de sectores medios típico de los años noventa, iniciado en aquel momento y sin reversión hasta el presente, lo que empieza a constituirlo a sus ojos como un fenómeno intergeneracional. En todos los casos, resaltaré la percepción en carne propia de la segregación, espacial, ocupacional, cultural y simbólica, como una consecuencia de esta pobreza omnipresente.

Siguiendo la bibliografía sobre pobreza en nuestro país, sin dudas puede situarse un punto de arranque de este contexto, en el cual atraviesan la cotidianeidad nuestros sujetos investigados, en el proceso de empobrecimiento generalizado sufrido por los sectores populares a partir de fines de la década del setenta en general, y profundizado desde los años noventa con la batería de políticas neoliberales.

Por su parte, la misma bibliografía indica que a partir de los años ochenta comienza a darse un cambio en las características del empobrecimiento. De aquí en más, la pobreza no sólo se expande, sino que además cambia su tipología, dejando de ser vivida como una instancia transicional, y se prolonga intergeneracionalmente. Pierden fuerza así las expectativas de movilidad social y esto genera fuertes efectos en los sistemas de representación y aspiraciones de los sectores populares. En los años noventa, este empeoramiento de los sectores sociales más bajos se potencia, extendiéndose la pobreza a otros estratos sociales y consolidando la estructuralización y pauperización en aquellos que ya estaban inmersos en ella.

Para pensar la real dimensión de estas condiciones de pobreza es necesario considerar el entrecruzamiento de las dimensiones económicas, sociales y simbólicas que se le asocian, dando por resultado aspectos como la acumulación de desventajas, el endurecimiento de la estructura social, la segregación espacial urbana, la erosión del espacio público y la fragmentación de espacios de sociabilidad. En fin, como dirá Saraví (2006),

una suerte de consolidación de ciudadanía de segunda clase, con una creciente inestabilidad de las trayectorias laborales, con fuerte erosión del capital social comunitario y una gran desconfianza de los canales tradicionales de movilidad social. Todos estos factores de conjunto indican un aumento de la vulnerabilidad (Castel, 2004) de las experiencias biográficas de los sujetos. Vulnerabilidad, inestabilidad, incertidumbre, precariedad, serán imágenes que aparecerán recurrentemente describiendo este contexto y las sensaciones al vivenciarlo.

El universo eternizado de pobreza es el escenario en el que gira en gran medida la vida de nuestros investigados. En ese marco, el concepto de exclusión¹⁰ comienza a utilizarse mayoritariamente a partir de los años noventa como idea articuladora para describir estas nuevas condiciones de empobrecimiento. Siguiendo a Saraví (2006), podría decirse que los estudios sobre exclusión revitalizan en cierta medida las preocupaciones fundantes de la sociología, al asociar la emergencia de espacios de (no) inclusión con situaciones de debilitamiento y fracturas

¹⁰ No es menor el debate sobre la conceptualización de la exclusión y tiene que ver fundamentalmente con la identificación de la dimensión que se piensa como prioritaria para la integración social. Fundamentalmente implica tres posturas, la pobreza y la desigualdad, desde las corrientes anglosajonas; el desempleo y la precarización laboral, desde la escuela francesa; y las limitaciones o no cumplimientos de los derechos de ciudadanía, desde los estudios de la comunidad europea. Entre estas perspectivas, uno de los autores que más ha sido utilizado en nuestro país para pensar el proceso de desocupación masiva y sus consecuencias en relación con la sociabilidad ha sido Castel y su consabida noción de desafiliación (Castel, 1999). Sin embargo, la preeminencia que sus trabajos marcan respecto de la relación salarial deja muchos grises para pensar sociedades como la nuestra, donde grandes contingentes sociales mantuvieron históricamente relaciones más lábiles con el mundo del trabajo formal. Coincidiremos nosotros con Saraví (2006), para quien la integración social en países latinoamericanos podría describirse como un proceso multifilariorio, caracterizado muchas veces por integraciones parciales. De todas maneras, en el grueso de la bibliografía consultada sobre jóvenes y exclusión (Salvia, 2008; Zubizarreta, 2007; Robin y Duran, 2005, etcétera), el proceso de operativización de la exclusión se mide fundamentalmente a partir de las dimensiones laboral y educativa.

de lazos sociales, motivo por el cual este término se hace aún más relevante para nuestras preguntas de investigación.

Una aclaración pertinente al uso que aquí daremos a esta idea de exclusión requiere de explicitar que se la piensa como un concepto relacional. “Excluido” no significa “como si vivieran en un espacio fuera-de-lo-social [...] nadie, y ni siquiera ‘el excluido’, existe en el fuera-de-lo-social” (Castel, 2004: 63). Hecha esta salvedad, la multidimensionalidad de la exclusión nos permite pensar a nuestros sujetos, marginados del mundo del trabajo, mayormente desintegrados de los sistemas educativos e insertos en procesos de segregación simbólica y cultural cotidianos. Y sugerimos que la percepción de esta situación de inclusión/exclusión en cada sujeto configura una cierta matriz de representaciones acerca de la sociedad y su lugar en ella, poniendo en crisis los mecanismos de reconocimiento social fundamentales para los procesos de construcción social de la identidad.

Es vasto y conocido el material bibliográfico respecto de las condiciones de empobrecimiento producto de las políticas neoliberales de los años noventa. Nuestros jóvenes estudiados son en gran medida hijos de estas desmejoradas condiciones sociales y podríamos decir que estas constituyen de alguna manera el contexto principal de su historia de vida. De hecho, literalmente, algunos de nuestros entrevistados nacieron, mientras que otros eran apenas muy niños, cuando empezaba a asomar ese período.

Ahora bien, nuestra investigación está anclada temporalmente en épocas posteriores a la década del noventa. El trabajo de campo fue realizado entre los años 2009 y 2010, cuando los datos generales macroeconómicos indicaron pautas claras de recuperación productiva del país, con impacto directo sobre el mercado de trabajo y una mejora indiscutible de la demanda de empleo.¹¹ Esto debería sugerir mejoras respecto de aque-

¹¹ Los datos estadísticos indican un acentuado proceso de crecimiento económico que comienza en 2003, registrándose una notable recomposi-

llas apremiantes condiciones socioeconómicas. Sin embargo, nuestros resultados de campo señalan que para los sujetos investigados no se verifica una transformación sustancial en sus condiciones de pobreza, que siguen apareciendo estructuralizadas. Esto nos sugiere, tal como se desprende de Salvia (2008), que, en determinados estratos socioeconómicos (los más bajos especialmente), y en particular para la población joven, la reproducción de situaciones de exclusión resulta independiente del ciclo económico. Persiste, en estas franjas poblacionales, y pese a las mejoras socioeconómicas posteriores a 2003, un escenario social caracterizado por formas de pobreza consolidadas, que nos interrogan por sus dimensiones cualitativas. Fundamentalmente, por la profundidad de esta pobreza y por los efectos en la subjetividad de quienes la padecen.

En su mayoría, nuestros entrevistados son miembros de familias estructuralmente pobres, y, recordando que la variable educativa es fundamental para pensar la inclusión social juvenil, destacamos que la totalidad de los jóvenes investigados mantienen relaciones inconclusas o intermitentes con el sistema educativo. En el caso de los más jóvenes, aparecen casos de deserciones recientes, de repitencia o de no finalización ni siquiera del ciclo de educación primaria. Mientras que en los sujetos de más edad encontramos lo que verifican usualmente los estudios sobre inserción educativa en sectores populares (Tuñón, 2008), que dan cuenta de la propensión al abandono escolar por la necesidad de concretar una temprana incorporación al trabajo

no era que no me daba la cabeza. Me hubiera encantado seguir estudiando, pero no... en lo económico, no podía. Mi vieja no podía pagarme los estudios. (Entrevistada N° 1, 32 años)¹²

ción del salario real promedio y de la ocupación de mano de obra. Puede verse al respecto Basualdo, (2008).

¹² Este relato corresponde a una mujer de 32 años que tiene hasta séptimo grado hecho y dejó la escuela para empezar a trabajar. Al contarnos eso

Ni aún los dos casos entrevistados provenientes de procesos de empobrecimiento de sectores medios tienen los estudios secundarios completos.

Por su parte, la mayoría de nuestros sujetos habita en los ámbitos urbanos del Gran Buenos Aires y Gran La Plata, en espacios segregados, barrios periféricos y, en la mayoría de los casos, villas, asentamientos o tomas. Los “barrios del exilio” de los que habla Wacquant (2007) para pensar la marginación. En esa sintonía, en algunos de nuestros entrevistados aparece la autopercepción como “pobre desde siempre”, lo mismo que la relación entre esta pobreza y la dificultad de insertarse en ámbitos laborales dependientes del mercado.

Estoy buscando laburo. Y yo voy a buscar laburo a cualquier lado y no me dan. Te ven la carita, estás todo escrachado. Yo tengo una banda de tatuajes acá en el brazo. Y te dicen “no, volvé después” o “después te llamo”. Tenés que, no sé, laburar en lo peor que hay. No sé, que te basuree un gil, que te pague una miseria y el loco tiene un auto último modelo. Y es así. Te pagan miserias porque saben que vos no podés decir nada, porque es el único laburo que podés tener. Y al chabón, encima, le tenés que ser agradecido, porque te da un trabajo. (Entrevistado N° 2, 21 años)

La relación con el empleo, en este universo de análisis, aparece conjugando ciclos de desempleo, subempleo, rotación laboral, informalidad y desaliento, acoplándose hasta formar lo que Kessler (2004) llama “trayectorias inestables”, las cuales se han convertido en un rasgo estructural del mercado de trabajo argentino. Una suerte de “estabilidad de la inestabilidad” (Kessler, 2004). Y, en este marco, destaca de los relatos respecto de la valoración del trabajo un cambio a partir de la inserción piquetera, donde el trabajo, producto de la lucha, pasa a ser visto en sintonía con esta pertenencia.

agrega el esfuerzo que hace para que sus hijos terminen el colegio, dando cuenta de la importancia que sigue otorgándole al valor de la educación.

Pero el laburo también se gana. Yo estoy luchando hasta ganar un laburo, que cuando esté laburando voy a decir: uh, que bueno, estoy laburando, mirá ahí estuve parado 33 horas, 40 horas allá y acá estoy laburando por 1200 pesos por mes, que es una cifra importante. (Entrevistado N° 2, 21 años)¹³

Pobreza, bajos niveles educativos, desempleo y precariedad laboral extendida emergen como las características básicas de estos enclaves territoriales que habitan nuestros jóvenes. Así, el espacio es una emergente más de reproducción de desventajas, poniendo en riesgo el lazo social de una sociedad que aparece fragmentada y extremadamente desigual. Vuelve una vez más sobre nosotros la idea de exclusión para sintetizar este proceso.

Esta idea de exclusión condensa una suerte de eternización de condiciones de precariedad, riesgo e incertidumbre. Y si bien no existen situaciones “puras” o absolutas de exclusión, las espirales prolongadas de procesos más o menos intensos de acumulación de desventajas hacen que a veces esta condición aparezca vivida por los sujetos como algo irreversible.

La experiencia biográfica constituye el cuerpo donde cristalizan estas desventajas en las que transcurre la vida de los individuos. En estos contextos de pobreza persistente es que se han empezado a identificar formas alternativas de sociabilidad, y en especial en los jóvenes se han aventurado formas de constitución de lazos sociales y de búsqueda de reconocimiento social desde patrones no tradicionales ante el retroceso de las instituciones fundamentales como la escuela y el trabajo. La exclusión, pensada como acumulación de desventajas, emerge en estas biografías que reproducen círculos de vulnerabilidad

¹³ El entrevistado hace referencia a los planes de lucha por los puestos de Cooperativa del Plan Argentina Trabaja que implicaron una serie de cortes prolongados que coincidieron en el período de nuestro trabajo de campo. Al momento de la entrevista, el entrevistado trabaja en una cooperativa municipal en la ciudad de La Plata, en un puesto ganado por la organización, cobrando \$600 por mes.

que aparecen presentes en nuestros jóvenes investigados y a partir de los cuales se consolidan las subjetividades que buscaremos reconstruir. Como sugiere Scribano (2002: 104), la pobreza y los procesos de exclusión que la acompañan no son omniexplicativos, pero no pueden dejar de ser relacionados con la construcción de subjetividades, donde “[la pobreza] condiciona una especial ontología de lo social que modifica la constitución identitaria de los sujetos que la soportan”.

Jóvenes a pesar de todo

El concepto de juventud obliga a intentar alguna definición que lo demarque, dada la importante vaguedad que arrastra. Tal como dicen Margulis y Urresti:

esa palabra cargada de evocaciones y significados, que parece autoevidente, puede conducir a laberintos de sentido si no se tiene en cuenta la heterogeneidad social y las diversas modalidades como se presenta la condición de joven. (2000: 11)

En términos estadísticos, la juventud es aglomerada en una categoría que se define por su rango etario. Así, puede ser que sean todos aquellos que se encuentran entre los 15 y 24 años, o entre los 15 y 29, según las propuestas más actuales.¹⁴ Sin embargo, esta forma de categorizar no da cuenta de

¹⁴ Esta extensión de la juventud se separaría a su vez en subgrupos, siendo entre los 15 y los 19 años adolescentes, entre los 19 y los 24, jóvenes plenos, y entre los 25 y los 29, jóvenes adultos. En algunos tratamientos empieza a incorporarse la categoría de adultos jóvenes entre los rangos de 30-35. En particular, esta tendencia a prolongar el límite superior de la categoría joven tiene que ver fundamentalmente con ciertas concepciones que hablan de un estiramiento de la juventud. Estas tendencias se encuentran sobre todo en estudios europeos, pero también en algunos tratamientos latinoamericanos y locales. Puede verse al respecto CEPAL/CELADE (2000) o CEPAL (2008). En particular, mencionamos que el INDEC utiliza en nuestro país un rango etario de 18 a 29 para la población joven.

las múltiples diferencias al interior de esas cohortes de edad, existiendo toda otra serie de enfoques que proponen hablar de juventudes más que de juventud y no quedar anclado en su definición por edad.

Genéricamente, podría decirse que la juventud es la etapa de la vida que se piensa como transición entre la niñez y la adultez (asociada en nuestra sociedad moderna con dejar la escuela, comenzar a trabajar, abandonar el hogar de la familia de origen, formar una familia propia, etcétera). El tiempo que se extiende esta etapa caracterizada por una suerte de “moratoria”¹⁵, así como los ritos de este pasaje a la vida adulta autónoma, varían histórica y culturalmente y fundamentalmente se diferencian según el género y el lugar socioestructural ocupado. Ahora bien, en cualquier caso, la juventud tiene que ver con un momento particular de la vida, en el que el proceso de socialización adquiere una destacada centralidad en la definición de un proyecto biográfico y de una identidad como sujeto social.

Nosotros, particularmente, nos concentraremos en las especificidades de un grupo de sujetos que cubren el rango etario de entre los 15 y los 35 años (como no será lo etario pensado rígidamente lo que defina nuestra selección de la muestra, nos permitimos ser relativamente flexibles con estos márgenes), pero que además son miembros de hogares pobres y participan de espacios colectivos de militancia piquetera, situación que agrega especiales aditamentos a su forma de vivenciar esta etapa de la vida.

¹⁵ Para explicar la idea de moratoria nos parece adecuada la propuesta de Margulis y Urresti (2000), quienes establecen una diferenciación entre la moratoria vital, relacionada a ciertos componentes propios del ciclo etario de la juventud vinculados a condiciones biológicas, como la fuerza, la jovialidad, etcétera, ubicables en una definición general de joven, y una moratoria social, pensada como una especie de tiempo plus, que permite un período de ensayo y error. Una suerte de “suspensión de obligaciones” que se supone debe invertirse en la incorporación de conocimientos y destrezas para el desempeño de roles adultos. En esta moratoria social entran fundamentalmente en juego las diferenciaciones de clase, siendo una característica propia de las juventudes de clases medias y altas y mucho menos verificable en los sectores populares.

En torno a esta última acepción de lo juvenil, la de resaltar la etapa como momento central para la definición de proyectos biográficos, sugerimos la pertinencia de la categoría joven respecto de nuestros investigados, más allá de cómo se perciben ellos mismos. El rango etario que abarcan nos permitió hallar diferencias respecto de esta autopercepción. Así, nos encontramos con que sólo aquellos que rondan la adolescencia se ven sí mismos como jóvenes, mientras que pasados los 20 años cada vez es menos frecuente este tipo de nominación. Podríamos decir que encontramos una cierta tendencia a que las mujeres con hijos (dos de nuestras entrevistadas, de 32 años y ahora madre de siete hijos y de 35 años y madre de cuatro) encuentren en su temprana maternidad adolescente una distancia precoz respecto de la juventud, aunque esto fue un elemento que se repitió también en los varones con y sin hijos a partir de edades menores.

Ahora bien, pese a la dificultad para categorizar sin titubeos a estos investigados en la franja juvenil, aun así la tomaremos para pensar nuestras preguntas de investigación. Y esto, por varios motivos. Uno de ellos, porque las formaciones de auto-defensa de las que son parte estos sujetos tienen, como ya se dijera, un fuerte componente visual juvenil que las caracteriza. Del mismo modo, si bien nuestros entrevistados no se veían a sí mismos como jóvenes, sí identificaban como jóvenes a los potenciales nuevos integrantes, reproduciendo permanentemente esta apariencia juvenil a la formación bajo estudio.

el prototipo de pibes que se arriman a la autodefensa son más que nada pibes más chicos, viste. Son pibes que están en la peor etapa pero que no... Muchos pibes son menores de veinte años [...] yo te diría que el ochenta por ciento son pibes de menos de veinte años. O el setenta, no sé bien, viste. Pero muchos. (Entrevistado N° 3, 28 años)

Finalmente, destaca de los entrevistados de mayor edad el hecho de su pertenencia a esta formación por varios años,

dejando en evidencia la característica que tiene la juventud como categoría en transición. Estos sujetos de más edad demostraron tener en muchos casos relaciones más intensas y comprometidas con la organización y con la tarea particular de la autodefensa que los entrevistados más jóvenes. Pero, de todas maneras, incluso ellos refieren haberse incorporado “de pibes”, permitiéndonos suponer que, en cierta medida, su crecimiento generacional debió transcurrir al interior de este dispositivo militante retroalimentándose, en sus características, estilos, apariencias, etcétera, sujeto y espacio colectivo.

Existe cierto consenso en establecer que los jóvenes han sido uno de los sectores más castigados por las reformas estructurales que desembocaron en procesos de profundización de la pobreza y la desigualdad en nuestro país (Salvia, 2008; Minujin y Kessler, 1995; Robin y Duran, 2005; Zubizarreta, 2007; Longo, 2004). Como ya dijimos, las últimas tres décadas, cuando menos, aportan un panorama de consolidación de un nuevo tipo de pobreza estructural, aquella que deja de ser transitoria para eternizarse en un horizonte intergeneracional. Este panorama se mantiene aún en el marco de la recomposición económica posterior a 2002 o 2003. En este contexto y tal como ya hemos mencionado, las anteriores expectativas de movilidad social, que sobre todo relacionaban a los jóvenes de sectores populares con sus estrategias de inserción laboral y sus esfuerzos educativos, parecen quedar fuera de las expectativas y, por ende, de los imaginarios de gran parte de los actuales jóvenes pobres. Para fines de siglo xx y principios del xxi, muchos jóvenes irán quedando al margen de la educación y el trabajo.

Ante el ocio forzoso¹⁶ que viven, espacios como el barrio, la calle, la esquina, empiezan a constituirse lugares fundamentales

¹⁶ Hacemos hincapié en la diferencia entre ocio forzoso y tiempo libre. Este último aparece en la bibliografía sobre juventud, relacionado con la idea de moratoria social y como característico de esta etapa vital. Distinto es respecto del ocio producto de la no inserción en los circuitos fundamentales de integración de los jóvenes. En este caso, el tiempo

de socialización, que a su vez reproducen esos círculos de potencialidad excluyente de la que hablábamos en páginas anteriores.

Desde los tempranos años noventa, empiezan a surgir trabajos de investigación respecto de las juventudes de los sectores populares. Influenciados por la tradición de la Escuela de Chicago, se dan una serie de aproximaciones desde la sociología, pero también, y especialmente, desde la antropología, que se centran en gran medida en lecturas culturales, postulando la idea de subculturas juveniles y consolidando un campo investigativo que llega a nuestros días. Por su parte, en este mismo período nos encontramos con trabajos como el de Auyero (1992), donde se sostiene el surgimiento de una suerte de "clima" respecto de la forma en que estos jóvenes comienzan a vivir y sentir su pobreza a partir de las transformaciones socioeconómicas estructurales. Esta nueva subjetivación encontrada en torno a su reconocimiento como pobres conjugaría en este texto pionero, así como en otros que mantienen una similar línea de abordaje (Kuasñosky y Szulik, 2000), con el hallazgo de ciertos rasgos de escepticismo respecto de la posibilidad de transformación de su situación socioeconómica. Esta suerte de naturalización de las desigualdades que afectaban especialmente a estos jóvenes iba de la mano del surgimiento de nuevos valores propios del retroceso del trabajo y la educación como refugios de inserción certera. La descripción de estos jóvenes pobres aunaría entonces una suerte de clima de desencanto generalizado y resignación, donde la visualización de lo social como estático y naturalizado y la rutinización de la exclusión, además de la creencia en la inmediatez del presente por la poca expectativa en el futuro, darían paso a procesos de recluimiento

libre no es un tiempo dedicado a adquirir capacidades, a la recreación o al esparcimiento, sino que es un tiempo libre signado por el "no tener nada para hacer". Tal como afirma Rodríguez (2009: 28) de Tonkonoff (2001 y 2007), pensamos en este tiempo libre como "el ocio forzado, es decir la inactividad obligatoria, el tiempo desierto, el substrato persistente que define a la cultura juvenil urbana y marginal".

defensivo y atomización, favoreciendo escenarios de deterioro de los lazos de sociabilidad tradicionales.

Más recientemente, otros abordajes (Míguez, 2002, entre otros) han persistido en buscar los rasgos subculturales de estos nuevos universos juveniles en sectores populares urbanos. Reorientados sobre los ejes de lectura del desorden y la desorganización social, pensado como el deterioro de consensos comunitarios o la desnormativización de la vida social, focalizan en las trasgresiones y las relaciones con el mundo delictivo. Islas (2008), por su parte, también desde una óptica emparentada, sostiene la existencia de un debilitamiento normativo, donde la fragmentación socava los consensos sociales que hacen a la socialización y subjetividad de los sujetos. De esta manera se sostendrá (Míguez e Islas, 2002) una relación entre jóvenes y trasgresión, violencia y delito, donde la pobreza y el desempleo operan como los mediadores del “desorden”, al generar un efecto negativo en los niveles de integración comunitaria, impactando en los mecanismos tradicionales de sociabilización.¹⁷ En otros casos (Kessler, 2002, por ejemplo), aunque se desalienta la idea de subculturas juveniles, también se resalta el lugar que la inestabilidad (producida especialmente por el tipo de relación que pueden establecer con el mercado de trabajo) tiene en la conformación subjetiva de los jóvenes pobres, encontrando la consolidación de lógicas meramente instrumentales respecto del trabajo y una suerte de naturalización de modos trasgresores de subsistencia (lógica de provisión). También en Bonaldi y del Cueto (2009) aparecerá esta concepción de formas de interrelación social popular descentradas de los soportes tradicionales y la proliferación de

¹⁷ Sostenemos la necesidad de ser al extremo cuidadosos con estas lecturas que pueden favorecer una mirada casi estigmatizante, donde queda lugar a una suerte de linealidad entre juventud, pobreza y diversas formas de transgresión, pudiendo ayudar a la emergencia de sentidos comunes que, como ya desarrollamos, en muchas oportunidades se emparentan con las concepciones más conservadoras de “clases peligrosas”.

distintas formas de violencia horizontal como expresión de una manera de reafirmación identitaria y de construcción de lazos de pertenencia, operando en última instancia como sustento de un tipo de sociabilidad transformada.

En síntesis, ciertas aproximaciones recientes sobre los sectores juveniles y pobres han resaltado las transformaciones en su universo de sociabilidad ante la emergencia de contextos marcados por la incertidumbre y la inestabilidad, debido fundamentalmente a la retracción de las instituciones básicas del trabajo y la educación, concluyendo en miradas que destacan nodos alternativos de constitución de subjetividades.

En cierto punto, algunos de los elementos de este panorama coinciden con lo que encontramos en nuestro trabajo de campo. La relación de nuestros entrevistados con el trabajo recorre esa situación de “estabilidad de la inestabilidad” que relata Kessler (2004), así como las diversas estrategias de subsistencia articulan en sus relatos desde changas hasta la participación en la organización piquetera, y a veces surgirá tímidamente en las entrevistas la incursión esporádica en actividades delictivas menores. El paso por los sistemas educativos es intermitente y mayormente, como ya dijimos, inconcluso. Alternan reflexiones en torno al valor de la educación y el arrepentimiento por haber abandonado la escuela, con otras de descreimiento del valor de las credenciales educativas para conseguir mejoras concretas a la hora de buscar trabajo. Por otro lado, elementos como la violencia urbana, destacados en diversos estudios (Gentile, 2008; Reguillo, 2008; Wacquant, 2007; Urresti, 2006) como insumo de construcción de jerarquía social ante la retirada de la educación y el trabajo, también asoman. Ya sea en calidad de víctimas o victimarios, los jóvenes aparecen como protagonistas de innumerables situaciones de violencia. Así, la naturalización de los conflictos con la policía (razias, detenciones, enfrentamientos, etcétera), por motivos variados pero todos asociados en sus relatos a su “esencia” de jóvenes

y pobres primero (criminalización de la pobreza)¹⁸, y en relación con su participación militante después (criminalización de la protesta), se reiteran en casi todas las entrevistas. También se mencionan con total cotidianeidad peleas o el uso de la fuerza física en general como modo válido de mediación interpersonal. Esto, es frecuente, sobre todo, aunque no exclusivamente, en los casos de jóvenes varones. Finalmente, la esquina, el grupo de pares con quien se pasa el tiempo y se constituye soporte de sociabilidad también está presente.

¿y cómo es ser joven en un barrio como este?

Y... es... cómo te puedo decir... es una situación... o sea, estás a la deriva, viste. Sos vos y no tenés mucho pa' elegir, viste. Tratás... los pibes por ahí tratan de juntarse para pasar el tiempo, pero también, a su vez, es un modo de sobrevivir, viste. Es como que en el medio de toda esta selva, si no te hacés de una banda, te comen, viste. Te tenés que hacer medio de una bandita, de un grupo, de algo que te contenga. (Entrevistado N° 3, 28 años)

a medida que vas creciendo y todo esto, es como que te obliga a hacerte de esto. A agruparte en las bandas de la esquina y a tratar de hacerte un lugar en la vida que sea desde ahí, viste. El poco trabajo que hay no trae dignidad para nada. (Entrevistado N° 3, 28 años)

Podemos decir que nuestros jóvenes investigados penden de un hilo con respecto a sus posibilidades de integración social plena y tienen relativamente asimilados circuitos de redes sociales alternativas donde la construcción de identidad social queda sumamente relacionada a lo territorial y al núcleo primario de inserción. En este contexto, nos parece que cobra

¹⁸ Los términos "criminalización de la pobreza"/"de la protesta" han sido desarrollados a partir de un proceso de masificación de intervenciones judicializantes sobre los supuestos subyacentes de identificar a los sectores populares en clave de "clases peligrosas" y de consolidar un tratamiento delictual de las acciones de protesta. Puede verse al respecto Cels (2003), Rodríguez (2003).

especial dimensión su inserción dentro de experiencias colectivas militantes.

Nosotros sugerimos que esta inserción colectiva es relevante para pensar, sobre todo, el contraste que presenta respecto del “clima” de apatía y desaliento reseñado por los estudios culturales. Más aún, la participación juvenil en estos sectores de pobreza profunda genera la posibilidad de análisis más interesantes que la mera lectura compartimentada de, por un lado, la militancia y su instancia generadora de subjetividades y, por el otro, las nuevas formas de sociabilidad popular que constan de elementos alternativos por el retroceso de aquellos que tradicionalmente integraban socialmente a los jóvenes. En nuestro trabajo de campo, creemos habernos topado con una especie de zona gris, conformada por la intersección de lógicas sociales transformadas a partir de la consolidación de escenarios de pobreza y exclusión que afectan especialmente a los jóvenes, y matrices de práctica política que no sólo se corren de los parámetros de la política entendida formal e institucionalmente, sino que, además, asumen en su simbología y materialización elementos propios de estas nuevas formas culturales trasgresoras.

Lo colectivo en lo subjetivo y viceversa

En los últimos quince años ha habido en nuestro país un verdadero despliegue de discusiones teóricas y de trabajos investigativos respecto a procesos de acción colectiva en sectores populares. En particular, detendremos nuestra atención en los abordajes sobre las organizaciones piqueteras, y puntualmente en las que surgieron dentro de las experiencias de empobrecimiento estructural urbano.¹⁹ Estas fueron paridas

¹⁹ Diversos estudios, y entre ellos uno que puede ser pensado como pionero en el abordaje del movimiento piquetero –nos referimos a *Entre*

al calor de las resistencias populares a las políticas neoliberales implementadas a partir de los años noventa y trascendieron a la inmediatez de los años más álgidos, persistiendo hasta la fecha como un actor que continúa gravitando en el campo de la acción y participación de los sectores urbanos subalternos. Las organizaciones piqueteras han recreado la imagen del desocupado, pero más genéricamente creemos que del pobre, del excluido,²⁰ organizado y movilizado, a contramano de los procesos desmovilizadores, recluyentes y desafiliadores (en el sentido más amplio de debilitamiento del lazo social) que generaban las consecuencias neoliberales.

Dado que nos es imposible abordar en este espacio un recorrido minucioso de la bibliografía específica del campo piquetero, diremos que, grosso modo, coincidimos con Pinedo (2009) en ubicar dos tipos principales de abordaje de la temática. Por un lado, los que privilegian el análisis de las organizaciones como actor colectivo, donde la característica principal será la irrupción en el escenario público a partir de la demanda. Estos estudios han redundado en preguntas fundamentales sobre el lugar político de este actor, así como en interrogantes acerca de los procesos de constitución identitaria de este sujeto colectivo.²¹ Por el otro, están las investigaciones que desplazan su mirada desde la unidad del actor colectivo a la particularidad de los sujetos involucrados en estas organizaciones. Estos abordajes se centran fundamentalmente en la visualización de

la ruta y el barrio de Svampa y Pereyra, 2003-, han sugerido la diversidad existente entre las organizaciones piqueteras nacidas producto de las crisis de las economías de enclave del interior del país y aquellas que retoman las experiencias socioterritoriales de las grandes ciudades urbanas, en especial el Gran Buenos Aires. A este último núcleo será al que nos referiremos de ahora en adelante.

²⁰ Coincidimos con Muñoz (2004) acerca de la condensación de las representaciones piqueteras en torno a la pobreza como elemento aún más englobador que la desocupación.

²¹ Excelentes ejemplos de este tipo de investigaciones son Svampa y Pereyra (2003), Svampa (2005), Retamozzo (2006), entre otros.

la trama de relaciones que constituyen estas organizaciones, focalizando en procesos de tipo microsociales y cuestionando la pertinencia de los supuestos sobre identidad colectiva. La mayoría de estos abordajes estacan las relaciones sociales tejidas a partir de lógicas de reciprocidad y manejan una lente de lectura más bien utilitaria. Muchos de estos trabajos, de cuño etnográfico, han resaltado la persistencia de matrices clientelares y la inconsistencia de transformaciones profundas en los marcos de subjetividades populares. Hacen una especie de separación de las dimensiones de domesticidad y las de politicidad, sugiriendo que la participación en el seno de las organizaciones piqueteras tiene fundamentalmente que ver con resolver materialmente la supervivencia.²²

Como fuere, y volviendo a Pinedo (2009), a ambas perspectivas las atraviesa un interrogante común acerca de la relación entre el momento de la protesta y la movilización colectiva y las formas de participación cotidiana en el modo de vida local de los sectores populares.

Aquí centraremos también nuestras interrogantes para pensar las subjetividades de los sujetos que estudiamos, cuyos entramados de representaciones sociales están condicionados por su lugar en la estructura socioeconómica y por diversas características, entre ellas, su juventud. Pero que, además, son parte de una organización piquetera y desarrollan en su interior una tarea especialmente vinculada con sus formatos disruptivos de aparición pública. La pregunta irá permanentemente desde lo colectivo a lo subjetivo y viceversa, pensando en los procesos de imbricación mutua que tiene este circuito.

Por su parte, el hecho de destacar la característica juvenil como un rasgo distintivo de nuestros investigados nos obliga a detenernos en las particularidades que esto implica respecto de las consideraciones de la acción colectiva. En ese sentido,

²² Como ejemplo de este tipo de trabajos, podemos mencionar a Ferraudi Curto (2006), Quirós (2006), Puex (2006) y Noel (2006).

nos hemos encontrado con que, en medio del auge de acción colectiva de años anteriores, la bibliografía específica ha reparado en la cuantiosa presencia de jóvenes dentro de los ámbitos colectivos subalternos. En especial, en estos estudios lo juvenil se presentará como característica subsidiaria a un cierto ideario en torno al que giraría una identidad presentada como novedosa. Así, un “nuevo ethos militante” (Svampa y Pereyra, 2004: 33) se expresaría paradigmáticamente en los jóvenes y los mostraría, en sintonía con lo planteado por Zibechi (2003), como protagonistas de una suerte de recambio generacional y aportando novedades acerca de la práctica política y social. Los modos de esta nueva militancia devuelven, según estas investigaciones, capacidad y voluntad de agencia a los jóvenes, que ya no aparecerán como apáticos y escépticos, sino como hacedores de nuevas formas de praxis social y política. Estas novedades radicarían en los ejes de la defensa de la autonomía, el talante anticapitalista y antirrepresivo, así como en una especial aspiración a la democratización de las relaciones sociales complementaria al descreimiento de las instituciones tradicionales de inserción política (Svampa y Pereyra, 2004: 33).

En una postura similar acerca de la práctica colectiva juvenil, Vázquez y Vommaro (2009) aportan además, como uno de los soportes de la militancia popular de los jóvenes, “la figura del militante ‘desclasado’ en la política territorial” (Vázquez y Vommaro, 2009: 63), haciendo alusión a la presencia de jóvenes de sectores medios en las experiencias organizativas territoriales de sectores pobres. También en ese sentido, Pinedo (2009) destaca la presencia e importancia de militantes universitarios en algunas organizaciones piqueteras.

Sin desmerecer esta perspectiva, sugeriremos aquí que ese tratamiento lleva de la mano un opacamiento de otras distintas dimensiones identitarias y subjetivantes propias de la participación colectiva de jóvenes excluidos. En una suerte

de operación metonímica, que generaliza lo juvenil con una perspectiva mediatizada por universos simbólicos con fuertes bagajes de sectores medios, se invisibilizan otras prácticas e imaginarios que aquí aparecen como fundamentales para poder dar inteligibilidad a la persistencia de procesos de inserción e identificación de los jóvenes marginales dentro de estas experiencias colectivas.

Entonces, sugerimos que, en los estudios en los que se tiene en cuenta la participación juvenil territorial y comunitaria, se lo hace a la luz de sobredimensionar elementos organizacionales y capitales sociales y culturales propios de sectores no totalmente excluidos (ya sean nuevos pobres o directamente militantes provenientes de otros ámbitos de sociabilidad). Cobran fuerza en estos análisis mencionados, así como en Otero (2006), la importancia de ciertas modificaciones en las representaciones acerca del trabajo y la producción (sobre todo a partir de emprendimientos autónomos), las experiencias educativas y culturales comunitarias, lo cooperativo, el valor por lo asambleario, la construcción de espacios de sociabilidad más ampliados que el propio barrio.

Algunos de estos valores no los registraremos en nuestro trabajo de campo. Otros aparecen descentrados de esta visión que aportan los trabajos académicos que los enuncian. Lo productivo, lo cooperativo, incluso lo educativo, no aparecen reformulados en términos comunitarios por nuestros jóvenes. El trabajo sigue destacándose por sus condiciones de mala calidad y ausencia y sólo es reconsiderado en otros términos cuando se lo toma como objeto de demanda, convirtiéndose a ojos de ellos en un móvil para la acción colectiva. Por su parte, la mención en nuestros entrevistados de procesos democratizantes tiene más que ver con la incorporación a la organización colectiva y la percepción de ser tenido en cuenta en espacios de discusión y decisión, que como referencia a formatos organizativos específicos. Nuestras observaciones no registran un

peso esencial de lo asambleario como un valor en sí mismo. Máxime pensando en la tarea en la que se inscriben estos jóvenes, que implica la participación en ámbitos con distintas jerarquías. Sí hemos encontrado relevante, en sintonía con el tratamiento académico, el hecho de que la participación dentro de la organización propicia universos ampliados de sociabilidad. De todas maneras, esta sociabilidad no pierde las marcas de sus formas cotidianas y subalternas de interrelación, como iremos describiendo minuciosamente más adelante.

Así, nuestros jóvenes excluidos, con sus códigos culturales trasgresores y sus formatos de interrelación social novedosos, no son totalmente reflejados en las dimensiones propuestas para pensar la acción colectiva juvenil. Aunque sí reaparecen en otras dimensiones que los trabajos sobre acción colectiva han destacado de modo más general. Por ejemplo, el peso de lo barrial. Retomamos aquí la fuerte confluencia teórica que señala el proceso de territorialización de la vida social de los sectores populares (Svampa y Pereyra, 2003; Merklen, 2005; Vázquez y Vommaro, 2009). El barrio, aparece como el escenario privilegiado de inscripción de prácticas, redes de sociabilidad, lugar de construcción identitaria, ante el cierre de los otros circuitos de integración. Resaltan, en el caso de los jóvenes, las redes de vecindad, de parentesco, de preferencias musicales o futbolísticas, de práctica religiosa (Vázquez y Vommaro, 2009), y no podemos dejar de citar nuevamente los estudios de Auyero (1992) y la referencia a la importancia de “la esquina”.

Así, aparecen nuestros entrevistados nuevamente en escena. Algunos de ellos relatan cómo su vida, previamente a la incorporación más o menos estable en la organización piquetera, circulaba a partir del paso del tiempo en *la esquina*, el tránsito esporádico por la escuela y, eventualmente, alguna actividad laboral intermitente. En el caso de las mujeres entrevistadas que fueron madres en edades tempranas, destaca, junto con la

referencia a la necesidad de salir a trabajar de lo que fuere, la mención a *estar en la casa* y mucho menos cotidianeidad con el uso frecuente del espacio público como lugar en el que “se está”. El caso específico de uno de los entrevistados acerca de la permanencia habitando en la calle y posteriormente el paso por un Hogar²³ da cuenta de un circuito de socialización primaria aún más marginalizado, aunque la vuelta al barrio en diferentes oportunidades identifica el territorio como escenario jerarquizado en su percepción de pertenencia.

La llegada de cada uno de nuestros sujetos a la organización piquetera da cuenta de diversos procesos y motivos, aunque mayormente es a partir de conocidos, muchas veces familiares, vecinos o amigos, que ya estaban insertos. Este dato no hace más que reafirmar los abordajes teóricos que indican cómo este fenómeno de territorialización va gestando un proceso de construcción de politicidad que en cierta medida no es sino la politización de redes de sociabilidad primaria (Vázquez y Vommaro, 2009). Esto implica a todas luces un modelo de práctica política y social distinto del modelo liberal de ciudadanía (Merklen, 2005).

¿Cómo te sumaste a la CTD?

Y... por medio de mi suegro. Él conocía a otra señora. Ella vino a plantearle si queríamos un plan, para estar mejor. Y bueno, ahí. Primero entró mi suegro, después mi marido, mi cuñada y a lo último, yo. Ahora está mi hijo también. (Entrevistada N° 4, 35 años)

Como ya dijimos, algunos autores (Ferraudi Curto, 2006; Quirós, 2006; Puex, 2006; Noel, 2006) ponen en cuestión la capacidad de estas experiencias de politización respecto de la transformación en las subjetividades populares justamente por

²³ Nuestro entrevistado N° 2 vivió durante un tiempo en el Hogar Chispita de la ciudad de La Plata, referenciado con el Padre Cajade y el trabajo para niños y adolescentes en situación de calle.

los rasgos de reciprocidad implicados. Nosotros, a diferencia de esos supuestos, sostendremos que en esta pertenencia piquetera que transitan nuestros jóvenes se superponen a la vez aspectos subjetivos, sociales, familiares, afectivos, culturales, materiales e ideológicos, creando escenarios de inserción que no sólo no inhiben, sino que posibilitan nuevas tramas de sociabilidad y constitución de subjetividades.

En nuestro recorrido de campo encontramos que los jóvenes entrevistados, si bien comparten múltiples características asimilables a los estudios referidos sobre juventudes populares, no son partícipes de una lectura naturalizada y escéptica de su situación socioestructural.

hubo una época que ni siquiera estaba en la organización, tenía un buen laburo, entonces no entendía por qué tenían que salir a reclamar algo y decía “¡por qué no vas a buscar tu laburo!”. Hoy por hoy, te das cuenta que no todos tienen trabajo, entonces tenés que salir a reclamar. Porque no tener trabajo, o ser pobres desde siempre, por ejemplo, yo siempre viví en villas, no es algo que sea culpa tuya. Es culpa de toda la política esta de tantos años que sólo sirve para seguir generando pobreza. Yo antes tenía trabajo, pero también era pobre... (Entrevistada N° 1, 32 años)

Esta desnaturalización de la desigualdad particularmente favorece la posibilidad de estructurar proyectos biográficos expectantes. No ya basados en viejos anhelos de movilidad social a través de la educación y el trabajo como estrategias individuales, sino a partir de proyectos colectivamente estructurados, donde, entre otras cosas, reaparece como positiva también la reinserción dentro de redes educativas y laborales.

Aparte de militar en la CTD, ¿estás estudiando, trabajando?
Estoy terminando el secundario y estoy laburando en una casa de limpieza. Tanto me dijeron que, al final, empecé de nuevo con el estudio. A la noche, ¿viste?

¿Quién te dijo?

Un compañero. (Entrevistada N° 5, 21 años)²⁴

Nuestros jóvenes no conciben su lugar desventajoso en la estructura socioeconómica como un dato naturalizado e inamovible, sino que lo manifiestan como producto de desigualdades construidas socialmente que dicen pretender alterar a partir de su práctica colectiva. Asimismo, todos dan cuenta de concebir la pertenencia a la organización como un dato significativo. Muchos de ellos refieren relaciones familiares o afectivas importantes construidas a partir de su incorporación, además de identificar cambios en sus propias trayectorias.

No, yo no entendía nada. Estaba en otro mundo. Estaba tratando de sobrevivir yo. (Entrevistado N° 2, 21 años)

Hoy por hoy, la CTD en realidad es todo. Es mi vida... no sé, es algo más que está formando dentro de mi familia, porque empecé con la CTD hace muchos años, y la empecé a introducir como algo más en lo cotidiano mío. Entonces, hoy por hoy, formé mi familia con la CTD. (Entrevistada N° 1, 32 años. Su pareja también es militante de la organización y ambos se conocieron en el marco de las actividades de esa fuerza)

Ahora bien, estos sujetos no sólo son parte de una organización piquetera, sino que, además, realizan una tarea específica en su interior. Esta, la tarea de autodefensa, resalta también como elemento diferenciador de aquellos jóvenes señalados por procesos de desafiliación. Las caras tapadas y la actitud desafiante invitan a pensar las continuidades inscriptas en las prácticas de trasgresión y violencia urbana naturalizada. Tal vez podríamos aventurar su tarea como una especie de recreación de esta violencia capilarizada, de la despacificación de la vida cotidiana (Wacquant, 2001). Y algo de eso hay en algunos

²⁴ La joven de este relato nos menciona que, previamente a incorporarse a la organización hace poco más de un año, su vida estaba signada por lo que ella misma llama "una carrera de descontrol".

motivos de acercamiento y adhesión a la organización o a la propia autodefensa.

yo lo que quería era encapucharme y agarrar un palo y salir a la calle. Era lo que... me gustó ver eso. Y al primer piquete fui y dije "yo me voy a encapuchar". (Entrevistado N° 2, 21 años)

¿Y qué se siente estar encapuchado?

Se siente re piola. Porque ahí mandamos nosotros. Además, así estás cuidando a la gente. (Entrevista grupal. Varón, 15 años)

También la mala relación con la policía preexiste a su participación política.

¿qué te pensás?, ¿que nunca me agarró la policía y me cagó a palos? Yo estoy re resentido con la policía. A mí me hicieron pelota. Me hice el muerto para que me dejen de pegar. Porque si no, no te dejan de pegar. (Entrevistado N° 2, 21 años)²⁵

Sin embargo, contrastan estas investigaciones que dan cuenta de sociabilidad alternativa en jóvenes en una lógica disgregadora y de transgresión, con los hallazgos de campo que informan de una participación colectiva con fuertes elementos disciplinarios o normativos. La autodefensa es un espacio de pertenencia que implica en algunos de ellos la decisión de cambios profundos de actitudes de vida. D'amico y Pinedo (2008) desarrollan esta idea de "rescate" como "narrativa maestra" en los sectores populares para explicar la participación colectiva y comunitaria. Lo mismo emerge de nuestras entrevistas.

Yo, en alguna medida, me meto a la autodefensa como una forma de rescatarme.

¿Y tus amigos? ¿Ellos también se sumaron en la organización?

Mis amigos no. Ellos siguieron pasándose la vida en la esquina, tomando birra y dándose con todo lo que encuentran. A mí no me cabe más esa. (Entrevista colectiva, varón, 21 años)

²⁵ En este relato está contándonos una detención policial por ocasión de robo.

somos de los que siempre nos gustó el bondi, el quilombo, ¿viste? [...]

¿Y hay reglas adentro de la autodefensa? Digo, ¿están explícitas? ¿Se plantea “esto se puede y esto no se puede”?

Sí, sí. Hay varias.

¿Cuáles?

Y... por ejemplo, el tema de no drogarse en las marchas, no escaviar en las marchas. El tema de no provocar, ya sea al automovilista o a cualquiera, de no romperle la cabeza a nadie porque sí. (Entrevistado N° 3, 28 años)

De este modo, lejos de corroborar una mera participación utilitaria en estas construcciones políticas colectivas subalternas, podemos aventurar a partir de los relatos recavados un fuerte efecto producto de la incorporación en estas estructuras militantes en la constitución de redes de sociabilidad y en los formatos que estas interrelaciones adquieren. Especialmente, aventuramos que estas inscripciones colectivas, en etapas en las que la construcción de horizontes futuros son determinantes como lo es el momento de la juventud, toman aún más trascendencia, favoreciendo procesos de reversión del aislamiento social y la rigidez del entramado de relaciones señalado por la bibliografía sobre pobreza, exclusión y juventud. Si bien hay reiteradas menciones a lo largo de todo el trabajo de campo sobre las cuestiones materiales provistas por la organización (comida, subsidios sociales o “planes”, trabajo, etcétera), así como de las redes familiares y afectivas involucradas, todos elementos que permitirían una lectura en clave de reciprocidad, estas reflexiones vienen mayormente acompañadas del valor de la lucha como insumo necesario para conquistar las demandas.

Porque, viste, hay algunos compañeros capaz que van porque le pagan un plan o andá a saber o porque les gusta el quilombo, como a todos. **A mí, aparte de eso, me gustó la lucha.** Lo que hacemos. Porque siempre estuve al lado de militantes, diríamos. Tuve psicólogos [se refiere a su transcurso por el Hogar

Chispitas, que da alojamiento a niños y jóvenes en situación de calle], todo, que me hablaban de esto y de lo otro, pero después mirás la tele y pasaba que mataban gente, mataron a Darío y Maxi ahí me agarró una bronca bárbara. No sé por qué. Porque vos ves tanta gente movilizada, organizada. **Y esto no es un gremio que a vos te pagan para ir a una marcha para pedir un aumento de salario que te llevan en micros**, que te hacen subir a un micro y te vas. Acá, vamos, juntás tu monedita, tomás el micro, vamos a la estación, nos juntamos y al piquete. Y vamos como estamos. Si no podemos ir en micro, vos agarrás y salís más temprano y te vas caminando. (Entrevistado N° 2, 21 años)²⁶

Resaltamos, entonces, que fundamentalmente la identificación de causas que expliquen la propia condición socioestructural de modo no naturalizado y la asunción (de manera no individual) de posibles caminos transformadores de esta condición desventajosa parecen ser parte del proceso de modificación de enmarcados de los que da cuenta la teoría de la acción colectiva (Tarrow, 1997). Así, coincidimos con Vázquez (2007) en cuanto a que las relaciones sociales fruto de estas producciones compartidas de marcos, o lectura e interpretación compartida de situaciones, generan lazos que reposan en convicciones similares sobre un universo de creencias compartido.

Como ya señalamos, existe toda una corriente dentro del campo de los estudios de movimientos sociales que fundamentalmente observará al movimiento social como actor colectivo. Estos pueden centrarse en una lectura sociopolítica respecto fundamentalmente de la dinámica de irrupción pública, o en una más asentada en la preocupación por su constitución como sujeto colectivo, fundamentalmente en el proceso de construcción de una identidad que lo implica.²⁷ Sin suponer que este proceso

²⁶ Hay en esta cita varios elementos llamativos. Pero esencialmente aparece el concepto de decisión autónoma para la participación, contrastado con lo que el entrevistado evalúa como una actitud interesada, utilitaria o heterónoma reflejada por él en las movilizaciones sindicales.

²⁷ El concepto de identidad es clave en la teoría de los movimientos so-

identitario homogenice a los individuos que lo atraviesan, sí sostendremos la relevancia que adquiere esta conformación de un “nosotros” del cual forman parte. Este “nosotros” implicará la recreación de espacios de atribución compartida de sentidos a partir de experiencias atravesadas colectivamente y será decisivo en la constitución de subjetividades.

La participación colectiva y comunitaria, en el contexto de privación y debilitamiento de lazos de sociabilidad reseñados, otorga nuevos escenarios posibles donde la imbricación entre lo subjetivo y lo colectivo se materializa. Ese creemos que es el caso concreto de nuestros sujetos investigados. Sus relatos permanentemente van y vienen de las vivencias personales a explicaciones mediatizadas por un discurso militante. En esta simbiosis, conjugan elementos de necesidad de reproducción material, instancias de construcción de prestigio, reconocimiento de los otros como iguales, procesos de subjetivación y entramados políticos, entre otros tópicos variados.

Por eso, resaltamos que su participación en la autodefensa parece conjugar en esa zona de influencia mutua entre prácticas asimiladas por las transformaciones de los modos de interrelación social en sectores de pobreza estructuralizada y formatos de práctica política y beligerante. Esa zona gris donde se da el recorrido de ida y vuelta entre lo colectivo (la referencia de pertenencia a la fuerza piquetera o a la tarea muy particular que desarrollan, la discursividad militante y la definición compartida de un universo de sentidos) y lo subjetivo (las valoraciones ideológicas, pero también afectivas, culturales, generacionales, simbólicas, etcétera).

ciales, relacionado a una visión no esencializada de los sujetos colectivos. Fundamentalmente traeremos a colación las reflexiones de Melucci (1999) respecto a que la acción es el punto de encuentro de diversas variables que generan la negociación y definición conjunta de sujetos que hacen, en el marco de la propia praxis, una inversión organizativa y emocional y que, mancomunadamente y en un proceso de permanente tensión y redefinición, constituyen un “nosotros”, es decir, una identidad colectiva desde la cual pueden valorar las posibilidades, límites y ambiente de su accionar.

En esa zona de influencia mutua es donde se hace relevante nuestra pregunta de investigación acerca de cómo decodifican nuestros jóvenes su lugar de miembros de la autodefensa piquetera. Lo específico de esta tarea, ciertos indicadores estigmatizantes que implica, las definiciones políticas expresadas desde los relatos más militantemente estructurados y las naturalizaciones de sentidos comunes en los que lo legal y lo legítimo se desencuentran. La recreación de narrativas que recuperan la búsqueda de un sentido trascendente, como parte de la construcción del proyecto biográfico; los criterios de heroicidad a partir de una práctica siempre en riesgo. Serán estas algunas de las dimensiones que irán apareciendo en las páginas que siguen, tratando de animarnos a pensar respuestas acerca de los sentidos puestos en juego por nuestros jóvenes y su particular modo de mirar la vida por detrás de la capucha que oculta sus rostros.

CAPÍTULO III

LA CTD ANÍBAL VERÓN, LA AUTODEFENSA, NUESTROS ENTREVISTADOS

Ya establecimos la importancia que atribuimos a ciertos factores estructurales, fundamentalmente las condiciones de exclusión que particularmente afectan a los jóvenes y que generan modificaciones en sus tramas de sociabilidad. Por este motivo nos resultó necesario detenernos en ellas para pensar los procesos de construcción de sus subjetividades y las claves desde las que ellos se ven a sí mismos.

Estas conclusiones podrían ser extendidas al grueso de los jóvenes pobres, marginales o excluidos, todas denominaciones que, aunque varían en su significación teórica precisa, funcionan como sinónimos posibles para describir a la población de la que provienen nuestros investigados.

Sin embargo, nuestros jóvenes tienen algunas otras características que los distinguen. En particular, su inscripción en una pertenencia colectiva piquetera, donde la práctica conjunta, el hecho de sentirse parte de un “nosotros”, junto a una serie de definiciones politizantes, aporta nuevos horizontes biográficos diferentes a los que registraban otros estudios sobre jóvenes excluidos.

Pero, más aun, no es en cualquier organización o tipo de práctica que encontramos insertos a estos jóvenes excluidos. Indagaremos específicamente sobre la pertenencia a la autodefensa piquetera, que, a su vez, observaremos en una organización en particular, la CTD Aníbal Verón.

Así, será necesario antes de continuar detenernos en ciertas características propias de esta fuerza y de su dispositivo de autodefensa del que son parte nuestros entrevistados. Creemos que, sin avizorar algunas definiciones políticas que subyacen en la historicidad de esta organización y su autodefensa, se nos haría difícil comprender parte de la carga que las narrativas recabadas en el trabajo de campo dejan asomar.

Reconstruyendo el lugar de la CTD Aníbal Verón en la cartografía piquetera

No podremos hacer aquí un desarrollo exhaustivo de las diferentes vertientes y discusiones que dieron vida en las grandes ciudades al movimiento de desocupados a fines de los años noventa. Por lo tanto, nos limitaremos solamente a rastrear algunas de las raíces de la organización de referencia a este estudio, buscando los elementos que tienen continuidad y se hacen relevantes a nuestras actuales preguntas de investigación. Eventualmente, iremos observando algunas de las transformaciones o continuidades de esta fuerza a lo largo de los casi diez años de vida que tiene.

Dado que esta organización ha sido muy poco referida en la prolífera producción teórica sobre el movimiento piquetero, la información que aquí desplegaremos será producto de entrevistas a informantes clave, a nuestros propios entrevistados en esta y otras investigaciones situadas en la CTD Aníbal Verón (Corsiglia Mura, 2009a; Corsiglia Mura, 2009b), así como también a la lectura minuciosa de la obra de Torres (2006) dedicada a esta fuerza.

La CTD Aníbal Verón es una organización de desocupados que nace de tempranas inserciones barriales, que datan de 1993, 1994, 1995, aún sin llevar el nombre que después las identificará, y que se asentaban fundamentalmente en gran-

des centros urbanos en condiciones de pobreza estructural. La mayor parte de estos núcleos primigenios corresponden a militancia barrial definida dentro de la orgánica política de la organización Quebracho,²⁸ organización con la que mantienen una fuerte relación de influencia recíproca hasta el momento. La CTD (Coordinadora de Trabajadores Desocupados) se constituye con ese nombre en el año 2000, y para 2001 se reconfigura como CTD Aníbal Verón, tomando el nombre de un trabajador desocupado asesinado en un piquete en Salta a fines de 2000. La CTD Aníbal Verón será producto de la articulación de este núcleo de experiencias territoriales mencionado, con los MTD (Movimiento de Trabajadores Desocupados) y MTD TR (Movimiento de Trabajadores Desocupados Teresa Rodríguez), que eran en aquella época la otra referencia fuerte en el universo piquetero de “zona sur” del Gran Buenos Aires. Subyacen a este nacimiento las discusiones de raíz política acerca de la valoración de estos agrupamientos respecto al universo piquetero de aquel momento. El mismo origen de la CTD Aníbal Verón implica un posicionamiento contra las modalidades más dialoguistas y conciliadoras que en ese momento se podían identificar fundamentalmente con el “eje matancero”²⁹.

²⁸ La organización MPR Quebracho es una estructura política que mantiene inserción militante en distintos frentes. Con fuerte impronta estudiantil en sus orígenes, paulatinamente fue variando hacia un componente de mayor presencia barrial. Especialmente, esta inscripción territorial es vehiculizada a través de la CTD Anibal Verón, donde participan algunos de sus militantes. Esto no implica una correspondencia absoluta entre ambas fuerzas, siendo que la mayoría de los miembros de la organización piquetera no pertenecen a Quebracho.

²⁹ Esa denominación corresponde a Svampa y Pereyra (2003) y designa a la llamada “Mesa de la Matanza”, espacio de articulación de desocupados conformado en 2001. Referenciado a la FTV (Federación de Tierra y Vivienda, que en ese momento era parte de la CTA, Central de Trabajadores Argentinos, cuyo máximo referente era Luis D’Elía) y la CCC (Corriente Clasista y Combativa, expresión de trabajadores ocupados y desocupados referenciada con el PCR, Partido Comunista Revolucionario).

Para pensar el contexto en el que nuestra organización de referencia aparece en escena, baste con mencionar que su primera participación de envergadura se da ni bien nacida, a mediados de 2001, en una serie de cortes de accesos a Capital Federal. Se consagra allí como un espacio de relevancia en los acalorados días previos a la explosión popular de diciembre de ese año. Desde su mismo origen, la CTD Aníbal Verón reivindicará su fuerte anclaje territorial y el piquete como método principal de acción, criticando a otras fuerzas que postulaban medidas menos radicales, como los cortes con pasos alternativos. El movimiento piquetero se encaminaba hacia su pico más alto de consolidación como actor relevante para hablar de la pobreza urbana, y, en su interior, la CTD Aníbal Verón se fortalecía como una organización de las llamadas “duras”³⁰.

Para 2002, la disputa con el nuevo gobierno de Eduardo Duhalde, posterior a la salida abrupta de Fernando de la Rúa, subía de tono. La implementación de políticas de corte represivo y el fuerte hostigamiento verbal respecto de los sectores piqueteros radicalizados se conjugaba con un recrudecimiento de la situación social producto de la devaluación monetaria y la brusca contracción de ingresos en los sectores más desprotegidos. En ese caldo de cultivo, el 26 de junio de 2002, en un imponente corte del Puente Pueyrredón donde se congregaban las fuerzas piqueteras más intransigentes, y entre ellas y destacada la CTD Aníbal Verón, la represión desatada terminó con dos piqueteros muertos³¹ a manos de la policía y una prolífera

³⁰ La denominación de “duros” correspondía fundamentalmente al modo en que desde la prensa se clasificaba las diferentes posturas de las organizaciones piqueteras, agrupándolas según la radicalidad de su formato de aparición pública. Fundamentalmente, la discusión se centraba en torno a los cortes sin pasos alternativos o bloqueos de los accesos a Capital Federal, o los cortes más moderados.

³¹ Por supuesto, acá nos estamos refiriendo a Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, este último, miembro del MTD de Lanús y, como tal, integrante de la CTD Aníbal Verón.

lista de manifestantes heridos y detenidos. Aquí empezaban nuevos cambios para el movimiento piquetero en general y para nuestra organización de referencia en particular.

En ese 2002 culminaría lo que Svampa y Pereyra (2003) denominaron “el año extraordinario”, generándose paulatinamente un cierre de las oportunidades políticas³² que se abrieron a fines de los años noventa. Desde entonces, el peso específico del movimiento piquetero en la calle iría cobrando otro tenor y, a partir de 2003, con la llegada de un nuevo proceso electoral y la asunción del gobierno de Néstor Kirchner, se produciría una polarización partiendo aguas a favor o en contra del gobierno.

Pero, volviendo un paso atrás, nos encontramos con fuertes huellas que “la masacre del Puente Pueyrredón”³³ impregnó en la CTD Aníbal Verón. Después de aquella jornada, se fractura el proceso de coordinación que aunaba a las principales expresiones piqueteras de “zona sur” del Gran Buenos Aires. Los MTD abandonan la CTD, pasando a llamarse MTD Aníbal Verón, y la CTD Aníbal Verón vuelve a quedar conformada por el núcleo más primigenio de las CTD. Por su parte, en ese mismo contexto, comienzan a gravitar públicamente otras organizaciones de desocupados, sobre todo las de origen trotskista, que hasta el momento no habían tenido demasiada relevancia. Paralelamente, el proceso de fraccionamiento y dispersión organizativa del campo piquetero se masifica.

³² Intentamos hacer un uso no ingenuo de la expresión “oportunidad política”, concepto de relevancia en el marco de la teoría de acción colectiva, como elemento que explica en cierta medida los flujos y reflujos de los ciclos de acción contenciosa. En el caso que nos ocupa, de todas formas, la obturación de las oportunidades políticas podría explicar una merma en el desarrollo piquetero, aunque no genera una disolución del actor colectivo. Aparece necesaria la complementación con otros elementos provenientes de la tradición identitaria dentro del abordaje de los movimientos sociales para poder llegar a explicaciones más integrales.

³³ Así es denominada por todo el espectro piquetero y podríamos decir que popular la represión y asesinato de los manifestantes el 26 de junio de 2002 en el marco del corte de dicho puente de acceso a Capital Federal.

Posteriormente a la ruptura señalada, y pese al proceso de reversión de capacidad cuantitativa de movilización que sufren todos los movimientos piqueteros, la CTD Aníbal Verón experimenta un ciclo de expansión a diversas localidades del Gran Buenos Aires, y, fundamentalmente, tiene un importante crecimiento en el interior del país, consolidando de a poco la conformación que presenta hoy en día. En la actualidad registra núcleos de desarrollo territorial en las provincias de Chubut, Río Negro, Misiones, Corrientes, Chaco, Santiago del Estero, Córdoba, Santa Fe, San Juan, La Rioja, Catamarca, Tucumán y Salta. Asimismo, en la provincia de Buenos Aires tiene inserción en alrededor de veinte localidades (Pilar, Tigre, Malvinas, José C. Paz, San Martín, Tres de Febrero, Merlo, Moreno, Luján, Lanús, Lomas de Zamora, Esteban Echeverría, Ezeiza, Almirante Brown, Florencio Varela, Alejandro Korn, Quilmes, La Plata), y también en Capital Federal.

La unidad de organización básica de la CTD Aníbal Verón es el Centro Popular, donde suelen coincidir comedor o copa de leche con otras actividades comunitarias diversas. De nuestro acercamiento, podemos sugerir que allí el núcleo férreo de compromiso está en el coordinador del centro y en un círculo cercano que se inscriben como militantes, mientras que el resto de las relaciones con los habitantes del barrio tienen una mayor labilidad. Entre nuestros entrevistados encontraremos algunos que, aparte de ser miembros o responsables de autodefensa, tienen comedores o zonales a su cargo, mientras que otros sólo tienen participación en el dispositivo de seguridad. Lo que sí destacamos es que, en la mayoría de los casos, nos hallamos frente a militantes activos con una estrecha relación de compromiso respecto de la organización y la tarea específica desarrollada. Sólo se diferenciaron un grupo de jóvenes de menor edad que especialmente provenían de un barrio en particular, El Jagüel (partido de Ezeiza), y que tenían una actitud menos comprometida, con una presencia más intermitente en la orga-

nización y menor participación en los procesos de discusión, toma de decisión y acuerdo que implicaban las actividades.

Notamos asimismo desde nuestro trabajo de campo que, fundamentalmente a partir de la propia enunciación de la organización que se identifica a sí misma en el lugar de radicalidad (especialmente metodológica) dentro del espectro piquetero, emergen huellas en los integrantes de esta fuerza que dan cuenta de una especial manera de vivenciar su participación. Defender el piquete, el corte, la cara tapada y el palo como insumos propios de una identidad piquetera que no debe ser abandonada, y esto pese a la persistente trayectoria represiva de la que da cuenta la CTD Aníbal Verón, ayuda a consolidar esta propia percepción de "dureza". Sugieren los relatos que ser parte de este "nosotros" implica la asunción de una serie de riesgos que hacen reactualizar el compromiso permanentemente. Y este compromiso, a su vez, hace pie en una larga lista de militantes muertos, heridos, detenidos o perseguidos que se evocan con tono épico.

Algunos de los sujetos interpelados en este trabajo –la mayoría, en realidad– no fueron parte de estas primeras "hazañas piqueteras" que emergen en los relatos. Sin embargo, la reactualización a partir de la propia narrativa da pistas acerca de cómo estas historias, transmitidas de compañero en compañero, afianzan nexos de continuidad con el relato mítico piquetero a la vez que recrean ese lugar disruptivo que esta emergencia significó y que persistiría en la performance reactualizada de la CTD Aníbal Verón. En esta sintonía, emergen hasta hoy los recuerdos del Puente Pueyrredón

Por ejemplo, yo te puedo decir, después del Puente Pueyrredón que matan Darío y Maxi, se desarticuló prácticamente todo lo que fue a Puente Pueyrredón, se desarticuló. No solamente que se fraccionó, que eso antes estaba todo junto, sino también que todos los movimientos se redujeron en cantidad de compañeros. Acá en La Plata, de tener mil, mil doscientos compañeros al toque, en cuestión de meses pasamos a tener la mitad. Y con

la línea de nuestra organización de, coso, de siempre tratar de ir al frente y de confrontar, viste, y de no encuadrarnos dentro de los límites que nos pone el sistema y de no reinventar un piquetódromo, como le querían decir antes, un lugar donde vayamos y no jodamos a nadie, sino de seguir trasgrediendo, nos pasan esas cosas. Ahora, nos pasa que a veces se va gente, pero lo bueno es que los que se suman después se suman a algo que ya conocen. Se suman a algo donde ya saben que van a pelear. Porque antes, mucha gente, la que se sumó en su principio, estaba porque estaba, pero no tenía muchas ganas de... había mucha gente que no, que cuando se da el desafío ese que nos volvimos del Puente Pueyrredón con dos muertos, con diez heridos de bala, dos heridos de bala de la CTD Aníbal Verón de acá de La Plata... este, después de eso, hay mucha gente que dice "mirá, loco, yo todo bien, pero bueno, tengo familia", yo qué sé. Hay mucha gente que se va. Y después hay mucha gente que se suma y que se suma a eso, a pelear. (Entrevistado N° 3, 28 años)

A partir de 2003, la CTD Aníbal Verón se mantuvo en oposición al gobierno, definiendo asimismo la necesidad política de sostener los niveles de confrontación y señalamiento de las contradicciones que, a su criterio, la nueva gestión de Estado no resolvía. Este enfrentamiento al kirchnerismo redundó en sostener niveles de exposición pública confrontativa y, por lo tanto, trajo aparejada una continuidad de embestidas contra esta organización, donde confluyeron, según los informantes nos hacen saber, maniobras de estigmatización desplegadas por el gobierno así como por diversos sectores de la política institucional y los medios de comunicación, golpes represivos, donde en repetidas oportunidades hubo militantes detenidos por hechos de protesta, así como recortes de recursos otorgados por el Estado, fundamentalmente planes asistenciales, alimentos, etcétera. Todo esto, por supuesto, aceleró un proceso de decrecimiento de esta fuerza.

Este panorama de retracción del movimiento piquetero de la escena pública a partir de 2003 y en aumento hasta el presente es en gran medida extensible al grueso de las organizaciones

de desocupados opositoras al gobierno. Coincide con la recomposición de ciertas franjas del mercado de trabajo y con un proceso de fragmentación al infinito de las organizaciones de desocupados que persisten. Y ambos factores, junto a la paulatina reinstitucionalización de la política a sus canales más formales, fueron cimentando la pérdida de consenso y la lejanía o aislamiento de otros sectores sociales que anteriormente habían mirado con simpatía al movimiento piquetero naciente.

Sin embargo, el piqueterismo sigue siendo hoy, y a pesar del retroceso reseñado, un actor relevante para pensar la pobreza urbana organizada. Como ya dijéramos en el segundo capítulo, esta pobreza es persistente pese a las mejoras socioeconómicas posteriores a los años 2002 y 2003, siendo la desocupación en los sectores de empobrecimiento estructuralizado un problema de total actualidad. Por eso, la inserción de estas organizaciones de desocupados mantiene vigencia, aun en el marco de la pérdida de cierta centralidad en la agenda política que otrora conquistarán.

Y en el interior de este campo piquetero que perdura, la CTD Aníbal Verón sigue dando muestras de radicalidad. Especialmente, sosteniendo formatos de irrupción pública que mantienen al corte y ciertos insumos considerados como fundamentales por ellos, en particular las cubiertas prendidas fuego, los rostros tapados y los palos, como elementos que reactualizan permanentemente parte de su mito fundacional.

Entre aquel 2002, pico máximo del desarrollo cuantitativo y político piquetero, y el momento en que se escriben estas reflexiones (2010), nuestros entrevistados relatan periódicas apariciones públicas por demandas reivindicativas o de corte más político, muchas de ellas realizadas en el marco de la coordinación con otras fuerzas de desocupados menores, con las que la CTD Aníbal Verón constituye un frente. Esta dinámica los distingue, según criterio de ellos, del resto del campo piquetero que quedó más inerte. Desde escraches, cortes de calle, hasta

piquetes por 24 horas, todos siguen siendo formatos modulares de acción que no sólo retrotraen a la historia piquetera, sino que mantienen plena actualidad. En el marco de nuestro trabajo de campo, sin ir más lejos, y sólo acotado al Gran Buenos Aires y alrededores y mencionando las actividades más salientes, podemos enumerar unas cuantas medidas que observamos a lo largo de los casi diez meses que pasamos con ellos. Para cuando arrancamos con esta investigación, se gestaban las primeras jornadas de cortes por tiempo indeterminado en Capital Federal por reclamo de puestos de cooperativas en el Plan Argentina Trabaja, donde la CTD Aníbal Verón coincidiría con otras fuerzas piqueteras. En medio, se sucedía una brutal represión en el Municipio de Esteban Echeverría por una demanda similar. Posteriormente hubo una seguidilla de movilizaciones y actividades en el marco de un juicio que se llevaba adelante contra integrantes de la CTD Aníbal Verón y de otras fuerzas, entre ellas, Quebracho. Y, ya finalizando el trabajo de campo, comenzaba a discutirse una jornada de corte por 24 horas en provincia de Buenos Aires en demanda de aumento de subsidios y otras varias reivindicaciones. Esto, mediado por numerosas actividades locales que no eran centralizadas por la organización entera, sino que tenían despliegue zonal.

Esta dinámica sostenida de “permanencia en la calle” marca un cierto estigma del que nuestros entrevistados se nutren, del mismo modo que se nutren sus relatos de este sentimiento de acecho que dicen vivir permanentemente. Autoidentificarse como los que “siguen luchando”, pese a que ello les genere permanentes situaciones de hostigamiento, se constituye como una suerte de mojón identitario que los distingue y jerarquiza según su propia mirada.

Por eso, dada la importancia otorgada a su propia percepción del enfrentamiento a situaciones adversas, a todos se les preguntó si habían vivenciado represiones, encontrando una respuesta afirmativa en la mayoría de los casos. Incluso, algu-

nos contaron haber quedado detenidos en episodios represivos, y todos dieron relevancia a la participación de las múltiples campañas por la libertad de los presos que reiteradamente tiene la organización.

Esto permite introducirnos sin más en la tarea particular que desarrollan, la autodefensa, que empieza a evidenciarse como un dispositivo que se explica a sí mismo en el contexto reseñado en el que nuestros sujetos desarrollan su práctica piquetera. La autodefensa aparece como un elemento de centralidad para la lógica de acción desplegada por la CTD Aníbal Verón.

vos me preguntás qué es la CTD. Yo te digo, la CTD es olla y autodefensa. Olla y palo y capucha. Eso es la CTD. Son compañeras en las marchas que vienen y son las que organizan los comedores, las que tienen la referencia en el barrio, y después la autodefensa, los pibes. (Entrevistado N° 3, 28 años)

Podemos decir que esta última cita conjuga en cierta medida la visión externa, obtenida por nosotros después del acercamiento y observación de la CTD Aníbal Verón, con la autopercepción de quienes participan en ella. “La CTD es olla y palo y capucha”, como nos dijo este entrevistado, dando idea de los nichos de los cuales parece nutrirse la organización.

A diferencia de la relevancia que en ciertas investigaciones (Pinedo, 2009; Vázquez y Vommaro, 2009) se le ha dado a la presencia de sectores de clase media, sobre todo estudiantes universitarios, en interrelación con los desocupados, en la CTD Aníbal Verón es difícil percibir la presencia de sectores medios. En todo caso, algunos sujetos parecen venir de procesos de empobrecimiento arrastrando viejas trayectorias de clase media, aunque con escasa vinculación a la militancia previa y menos aún universitaria. No es ese el caso de Quebracho, organización con la que la CTD Aníbal Verón mantiene lazos de influencia mutua y que fue determinante para el surgimiento de la organización piquetera. Sin embargo, la incorporación de diversos

integrantes de la CTD a la organización política Quebracho, y de hecho muchos de nuestros entrevistados manifiestan tener doble pertenencia en este sentido, parece haber influido en la composición sociodemográfica de este último más que imprimir cambios a la actual CTD Aníbal Verón.

La CTD Aníbal Verón aparenta ser efectivamente, en los barrios en que está inserta, en sus actividades, en sus referentes, en sus materiales escritos y a través de nuestros entrevistados, "olla y palo y capucha". Esto puede, tal vez, ser una explicación viable de por qué la narrativa y reivindicación trasgresora, disruptiva, "con la línea de nuestra organización de, coso, de siempre tratar de ir al frente y de confrontar...", se presenta con cierta eficacia como nodo identitario en estos sectores de pobreza profunda donde "la olla" sigue siendo una demanda vigente y en sectores de jóvenes excluidos donde el "palo y capucha" parece una herramienta asimilable con total naturalidad.

Haciendo historia. De la seguridad a la autodefensa de la CTD Aníbal Verón

La pequeña reconstrucción histórica de la CTD Aníbal Verón hasta aquí hecha nos permite en cierta medida hacer inteligibles las permanentes afirmaciones acerca de la bravía que, según nuestros entrevistados, identifica a la organización.

Y lo fuimos a repudiar, lo que ningún movimiento social o otro, no es por sacar el cuero, no hizo o no se atreve a hacer o... hicimos lo que nadie se atrevió a hacer. (Entrevistado N° 2, 21 años)³⁴

³⁴ Este relato hace referencia a una movilización y escrache a la Embajada de Inglaterra en conmemoración del 2 de abril y en repudio a la instalación de plataformas petroleras en Islas Malvinas. Según nos cuenta el entrevistado, en esa ocasión no sólo participó la CTD Aníbal Verón, sino

La CTD Aníbal Verón nace con la intención de ocupar un espacio de referencia piquetera no conciliador, tanto en el campo de las demandas reivindicativas como en el de los planteamientos políticos. Encontramos, según los relatos, ciertas observaciones y los materiales recorridos, que este es un objetivo que se mantiene vigente y se hace especialmente manifiesto en los formatos de aparición pública que utilizan.

En este sentido, la construcción de un mecanismo como el de autodefensa se hace, a nuestro criterio, funcional con dicho objetivo en al menos dos dimensiones. Por un lado, porque es parte de un aprendizaje precoz respecto de la necesidad de resguardarse de repetidas experiencias represivas o conflictivas. Por el otro, sugeriremos que tendrá una función simbólica y política en sí misma, operando como un dispositivo identitario y de definición política.

En nuestro objetivo de reconstruir la conformación histórica de la autodefensa dentro de esta organización fue necesario recurrir a referentes e informantes clave más específicos. Según nos cuentan:

El concepto de seguridad, de una formación, todo eso, se empieza a desarrollar en Lanús y se pone en práctica por primera vez en la marcha... en el corte que se hace en la Rotonda de Gutiérrez, para apoyar la lucha y repudiar la represión en Moscóni y Tartagal.

Eso fue en el...

2000 [...] Y el concepto nuestro de que todos los que se incorporaban a lo que primero era seguridad y ahora es autodefensa era que la labor de ellos era defender a nuestros compañeros. Nuestros compañeros, nuestros comedores, nuestros centros populares, nuestros eh..., hacer... ¿por qué?, defender nuestras asambleas. Ese era el concepto que teníamos al principio. Porque nos robaban. Porque nos mandaban borrachos y drogados a las asambleas para... de los punteros, ¿no? Y donde empieza realmente el concepto de seguridad es en Lanús. (Entrevista

que además la autodefensa hizo un especial despliegue tirando botellitas con pintura hacia la fachada de la embajada.

con Informante Clave 1 que actualmente no es más parte de la autodefensa)

En el origen de la autodefensa de la CTD Aníbal Verón destacan diversos elementos. Por un lado, que esta organización no es pionera en este ejercicio, sino que acompaña la trayectoria que ya venían realizando otras fuerzas. En especial, y en varios momentos del relato recabado, se hará mención al imponente desarrollo de seguridad que tenía la CCC (Corriente Clasista y Combativa), o al impulso que militantes del MTD de Solano (que fueron parte de la CTD Aníbal Verón, retirándose después de la ruptura de esta en 2002) daban al uso de “las capuchas” (en alusión a las caras tapadas), o bien aparecerá la evocación de los episodios represivos y disruptivos que, apenas unos años antes y en el interior del país, habían dado vida a la narrativa piquetera.

También resalta de la cita el hecho de que uno de los motivos que dan origen a las discusiones acerca de la necesidad de dispositivos de seguridad haya sido la disputa territorial enmarcada en la hostilidad que las estructuras más tradicionales de inserción territorial –fundamentalmente se menciona a los punteros históricamente asociados al Partido Justicialista– tuvieron hacia las organizaciones piqueteras.

Aunque, por otro lado, destaca que las primeras discusiones acerca de formar estas estructuras de seguridad no surgen espontáneamente en el interior de la organización territorial, sino que son impulsadas, fundamentalmente, por el grupo militante de las primeras CTD, y en especial por aquellos que tenían filiación en la organización Quebracho. Sin embargo, estas iniciativas no sólo no encontraron resistencia dentro de la organización de desocupados, sino que, además, suscitaron más predisposición que la propuesta. Comienza así tempranamente la construcción de la seguridad como un dispositivo normado, donde la disciplina impuesta por la organización supone la necesidad de moderar las conductas individuales.

Digamos, a partir de ahí nosotros empezamos a ser consecuentes con... a organizar. Digamos, así como existía una comisión de alimentos, una comisión de administración, estaba la comisión de seguridad. Y empezamos a hacer reuniones en todos lados. Empezamos a hacer reuniones tratando de meter a los compañeros en que ellos no estaban por arriba de ningún compañero de..., sino que ellos tenían una tarea específica que era lo que te dije antes, la de cuidar los locales, este, bueno, en las marchas, prepararnos para las marchas... Y empezamos todo un concepto de cómo teníamos que defendernos, qué elementos usar. O sea, nosotros prohibimos expresamente llevar armas de fuego, por ejemplo. Porque era una cosa que te planteaban en los barrios. Todo el mundo andaba armado, viste. Incluso había compañeros que estaban en el delito común. Todo eso, nosotros empezamos a hacer las charlas de la droga, del alcohol, todas esas cosas. Que fueron como... o sea, no tuvimos ningún tipo de rechazo hacia eso. O sea, como planteábamos el tema, bueno, que en las reuniones, en las asambleas, no tenía que haber ni alcohol ni drogas y en las marchas lo mismo. Después, lo que hacía cada compañero en su vida privada y, coso, bueno, era una cuestión del compañero. Nosotros no nos metíamos ahí. Lo que sí decíamos es que ser alcohólicos, drogarse, les jodía la salud, digamos. Que era una cagada, pero bueno, son las cosas en las que no nos podíamos meter. Pero por lo menos eso se empezó a respetar ahí. Que es una cosa novedosa, porque las primeras marchas, me acuerdo, venían los tipos y chupaban, viste. (Informante Clave 1)

Destacamos del relato de estos primeros momentos, además de la búsqueda de condiciones mínimas de disciplina, como la prohibición del uso de alcohol o drogas y especialmente la restricción a las armas de fuego, la necesidad de remarcar que el rol de la seguridad no otorgaba privilegios de ningún tipo, elemento que reaparecerá reiteradamente en los relatos y en las cartillas de seguridad y autodefensa (materiales escritos de difusión y formación internos) que nos han facilitado. La mención de que la tarea de autodefensa no otorga prebendas, sino que tiene que ver con la división de tareas en el interior de la CTD Aníbal Verón, recorrerá toda la reconstrucción histórica que hemos podido realizar, redirigiendo nuestra atención

a lo que ya hemos mencionado respecto del lugar que ciertas actividades relacionadas con el uso de la fuerza física tienen en la construcción de jerarquías sociales.

Así, vemos que la formación de estructuras de seguridad es un elemento presente tempranamente en esta organización de desocupados, incluso preexistente a que asumiera el nombre de CTD Aníbal Verón. Por su parte, con el paso del tiempo y la profundización de definiciones políticas, la conformación de un área específica de autodefensa pasó a cobrar cada vez más relevancia, consolidándose una estructura más estable y extendida a todas las inserciones territoriales de la CTD Aníbal Verón, al menos en lo referente a las localidades del Gran Buenos Aires y Gran La Plata. También pasó a ser un elemento distintivo respecto de otras fuerzas, muchas de las cuales, en el retroceso de las diversas expresiones piqueteras de la escena pública después de 2002 y 2003, fueron moderando sus formatos disruptivos de aparición pública y, por tanto, minimizando sus expresiones visibles de seguridad.

Por el contrario, la CTD Aníbal Verón, según ya hemos mencionado, adopta como definición política la continuidad de los métodos que ellos mismos definen como los legítimamente piqueteros, entre ellos y especialmente, los cordones de caras tapadas, los palos, las gomas humeando. Así, las filas de autodefensa pasarán a ser una suerte de referencia ineludible para identificar a esta fuerza en la calle.

En el transcurso de los años 2003 o 2004, sin que pudiéramos precisar exactamente la fecha, se da por su parte, impulsado por las estructuras de referentes y otra vez con una cierta impronta de los militantes de Quebracho, un reajuste de la definición política de los cordones de seguridad en el interior de la CTD Aníbal Verón. Allí, se deja la anterior denominación de seguridad para comenzar a imponerse la actual denominación de autodefensa, nombre que en sí mismo, y según nos señalan algunos materiales escritos e informantes clave, indica

un posicionamiento político respecto de la legitimidad de estas formaciones. El concepto de defenderse sugeriría la concepción de una agresión previa, que no sólo hará referencia a las fuerzas de seguridad con las que prioritariamente estos cordones entran en conflicto, sino que además indicaría la lectura de una condición estructural de desventaja social que no se acepta como válida. En última instancia, como desarrollamos en un primer abordaje de la cuestión en Corsiglia Mura (2009b), empieza a postularse más claramente la definición en términos políticos de disputa del orden hegemónico, explicitando la concepción de legitimidad de la defensa respecto de un orden considerado injusto, y, en el mismo acto práctico, cuestionando el monopolio de la fuerza en manos del Estado.

Y... autodefensa tiene que ver también con el sentido de que estamos también a la defensiva. De que estamos en una etapa donde nosotros lo único que podemos hacer es tener algunos reflejos para que no nos... para que el sistema no nos golpee tanto. Para que la yuta no nos golpee tanto, ¿viste? Pero no sólo por la yuta. Sino porque tenemos derecho a defendernos [...] Entonces, nosotros nos organizamos para defendernos [...] además, seguridad es una palabra... viste, medio ahí, por la gente joven y eso, [es] una palabra medio vigilante. Seguridad, ¿viste? Parece que sos patovica. No es la idea ser patovica. La idea es mostrar un camino de organización. (Entrevistado N° 3, 28 años)

El pasaje de la denominación de seguridad a autodefensa se da en el contexto de una serie de episodios represivos de trascendencia para la organización, de modo que, según los informantes consultados, viene también acompañado de una serie de acomodamientos que hacían a la búsqueda de mayor eficacia del dispositivo. De todas maneras, de nuestro abordaje de campo no podemos inferir que los integrantes de esta formación tengan expresamente presentes las diferencias entre seguridad y autodefensa. A la hora de ser preguntados, mientras algunos ponían énfasis en el concepto de “defenderse

de”, otros entendían que sólo era una cuestión de palabras para lo que en última instancia era una misma tarea: “cuidar a nuestra gente”.

Lo que sí encontramos del análisis de los relatos y los materiales abordados es que este pasaje de seguridad a autodefensa, esta suerte de ajuste de tipo doctrinario impulsado por los líderes de la organización, coincide con una valorización cada vez más marcada de estas formaciones como elemento de presentación pública. Como la cara más visible (y valga el juego de palabras, sobre todo pensando en las caras tapadas) de la CTD Aníbal Verón en la calle. Esto tiene que ver, a criterio nuestro, con la efectividad simbólica y política que este recurso tiene, utilizado en gran medida para diferenciarse de otras fuerzas que paulatinamente abandonaban el escenario público disruptivo. Pero, fundamentalmente, como recurso eficiente en la conquista de adhesión en los nichos de inserción de esta fuerza, a través de la construcción de códigos compartidos de respetabilidad. Valga como explicación la siguiente cita:

Autodefensa. Defendernos de... una especie de... no de ejército, pero sí algo un poco más uniformado. Ese es el concepto de autodefensa. Y dándole más disciplina, una premilicia más o menos. Y el concepto era reafirmar todo lo que veníamos haciendo en seguridad, que era **presentarnos hacia fuera, no para dar temor, pero sí dar una imagen de fortaleza, de fuerza, de que vamos a bancar cualquier cosa, etcétera, etcétera, ante toda la gente. Ante todos, el pueblo, los milicos, los dirigente, políticos, etcétera, etcétera, y ese era el concepto. Porque, decíamos, de esa fortaleza es que nos respetan. De otra manera, y... pasamos como unos cachivaches, unos qué se yo, como que estamos jodiendo.** (Informante Clave 1)

“Dar una imagen de fortaleza, de fuerza, de que vamos a bancar cualquier cosa [...] De esa fortaleza es que nos respetan. De otra manera, y... pasamos como unos cachivaches”. Esta frase de un informante clave, encargado de los primeros desarrollos de la autodefensa, nos devuelve a las tempranas

formulaciones planteadas al comienzo de este libro acerca de la superposición de pautas de sociabilidad que, provenientes de matrices distintas, confluirían en la posible conformación de subjetividades populares trasgresoras y también políticamente disruptivas.

Pararse hacia fuera con una imagen de fortaleza aparece entonces, además de como una cuestión práctica que hace a la concreción operativa de una actividad determinada (garantizar un corte de calle o evitar una agresión, etcétera), como un posicionamiento que anuncia quiénes son estos sujetos piqueteros de la CTD Aníbal Verón (no son unos “cachivaches”) y cómo van a actuar (“banca cualquier cosa”).

Nos animamos a decir, entonces, que la autodefensa aparece como la cara visible de esta organización, *parándose* con sus cordones de jóvenes de rostros cubiertos “ante todos, el pueblo, los milicos, los dirigentes, los políticos” sobre unos códigos subyacentes de respetabilidad que tienen mucho de las lógicas de sociabilidad referenciadas en el valor del *aguante* y referidas dentro de las formas de sociabilidad alternativa y novedosas que se postulan en los sectores populares.

Diremos una vez más que nos parece que esta discursividad, entablada a partir del palo y la capucha como elementos reivindicados a ultranza por la CTD Aníbal Verón y símbolos de la factibilidad del enfrentamiento, indica en sí misma un eje particular desde el que aparece la construcción identitaria de esta fuerza. Proceso que hace tanto a la referencia para “el afuera”, el heterorreconocimiento, como para “el adentro”, los nodos a partir de los cuales sus integrantes se sienten parte de ese “nosotros” que implica lo colectivo. Intuimos que, en esa lógica, la autodefensa sugiere un proceso de identificación en el que el lugar de la victimización (por sufrir el estigma de la pobreza, de la carencia, del desempleo) se desplaza hacia otro donde la fortaleza, la trasgresión, el *aguantar* aparecen como nudos que entablan la continuidad con sentidos comu-

nes preexistentes y que marcan pautas acerca de lo que es considerado respetable y dignificador.

Así, pasamos de la cita de nuestro informante clave a una de uno de nuestros jóvenes entrevistados, que apenas era un niño cuando estas discusiones despuntaban en la CTD Aníbal Verón. Este joven, recientemente incorporado a la autodefensa, nos cuenta por qué se sumó a la organización y a la tarea en especial y en ese relato hace aparecer, reformateados, algunos de estos mismos criterios de respetabilidad que serán motivo de su adhesión.

y el primer piquete al que fui, y ahí no hice autodefensa por respeto a los compañeros que ya estaban, no hice. No puedo mandarme a un lado que yo ni sé lo que van a hacer. Entonces miré lo que hacían, miré la disciplina, todos los compañeros, bien atentos, todo, y me pareció muy bueno. Y porque cuando vos estás en la columna te sentís protegido. Te sentís seguro, que hay una autodefensa que está formada allá y vos estás comiendo acá o boludeando y ellos están parados ahí aguantando el piquete digamos. En la rotonda de Alpargatas fue ese día que era un piquete bastante grande. Tenés que cortar todos los accesos, todo eso. Un montón de gente necesitás para aguantar ese piquete. Es muy grande. Y entonces me gustó. Me gustó sobre todo porque no vamos de giles. Nosotros decimos que cortamos y cortamos. Y si viene la yuta, no corremos. Nos quedamos y bancamos hasta que salga la gente. Y capaz que nos cagan a tiros, pero ellos también cobran a veces. Porque para eso vamos preparados. (Entrevistado N° 2, 21 años)³⁵

El respeto, la disciplina, el “no ir de giles”, el “bancar”. Más adelante nos detendremos especialmente en ciertas representaciones que nuestros jóvenes dejan entrever acerca de sus percepciones sobre los condicionantes que socioestructuralmente

³⁵ Cuando el entrevistado hace este relato no le doy mayor trascendencia, hasta que en otro relato me explican la dimensión que tiene cortar la rotonda de Alpargatas, entendiendo que, cuando me decía que lo había impresionado bien ir a ese primer corte, me estaba hablando de una actividad que se presenta como imponente tanto por el despliegue de la organización como por los dispositivos represivos que suelen acompañarla.

sufren, las posibilidades de transformarlos y el lugar que en eso ocupa su participación colectiva. Baste ahora con quedarnos con estas ideas sueltas para pensar la autodefensa como un punto que reviste efectividad para la confluencia de matrices diferentes y a veces tomadas como dicotómicas, donde se mezclan las diversas lógicas de sociabilidad popular asentadas en décadas de transformaciones estructurales, con discursividades y construcciones colectivas políticas beligerantes.

Acerca de nuestros entrevistados y sus relaciones con la CTD Aníbal Verón

Al inicio de esta investigación, uno de los supuestos que nos guiaban era el de suponer que la participación de la autodefensa imprimía cierta autonomía en cuanto atractivo en sí mismo a muchos de los jóvenes que se acercaban fundamentalmente por “el palo y la capucha”. En una sociedad que aparecía, especialmente a los sectores socioeconómicos más castigados, atravesada ubicuamente por la violencia horizontal, donde la trasgresión y el uso de la fuerza eran códigos naturalizados, parecía una consecuencia lógica que ciertos formatos de aparición pública cargados de una simbología violenta consiguieran adhesión sin mayor cuestionamiento. De hecho, un primer eje analítico que postulamos en el proceso del proyecto de investigación del que resultaran estas reflexiones fue justamente el de violencia, la percepción que nuestros sujetos tenían de esta en tanto posible elemento articulador de interrelaciones sociales y las diferentes formas de manifestación que identificaban desde su cotidianidad. Suponiendo encontrar allí una clave para pensar estos sentidos comunes sedimentados que harían de nexo entre nuestros investigados y su forma de acción colectiva, en algún momento corrimos el riesgo de autonomizar analíticamente la tarea de la autodefensa de su componente orgánico y político.

Con el transcurso de nuestro trabajo de campo, nos dimos cuenta de que, si bien en términos del análisis efectivamente podemos ubicar esta presencia de códigos preexistentes donde la violencia –pero más especialmente las lógicas de trasgresión y *aguante*– cobra un sentido específico que hace a la particularidad de nuestro objeto de estudio, la participación de estos jóvenes en la autodefensa siempre estaba mediada por su inserción en la instancia más amplia de la organización piquetera. Es decir que la pertenencia a la autodefensa implica una adhesión a veces previa, y en todos los casos principal, a la CTD Aníbal Verón. Aunque más no sea porque esto se torna en un requisito demandado por la misma organización para conseguir una integración plena a dicha tarea.

Sí, yo creo que a los chicos a veces lo que más les atrae es la chalina, el palo, y después entonces discutimos con ellos hacia quién hay que usar esa fuerza y por qué hay que usarla. Porque no es agarrar el palo y la capucha y tirar una piedra nomás; sino que todo lo que se hace se hace con una convicción política, sabiendo qué se hace y por qué. Y ahí se habla con los chicos de por qué hay que usar esa fuerza, contra quién, ¿no? Y eso es lo que cambia, porque si es por saber pelear, estos pibes ya saben. Siempre decimos acá que muchos pibes prefieren estar acá, defendiendo lo que les corresponde, que estar tirados en los barrios, consumiéndose un paco, matándose por dos pesos y arruinándose su vida y la de su familia, ¿no? (Informante clave 2, varón)³⁶

Todos nuestros entrevistados, salvo el caso del grupito de chicos de corta edad ya mencionado y proveniente de un barrio específico, son militantes, con el acervo de compromiso que esa definición acarrea. Algunos casos indican una larga trayectoria de pertenencia y otros un acercamiento más reciente,

³⁶ Destacamos de este informante que participa en la autodefensa desde su inicio. Lo descartamos en un principio como caso de entrevistas porque no se autoidentificaba como joven. Posteriormente nos enteramos de que tenía treinta años y que tranquilamente hubiera quedado dentro de los límites de nuestra definición poblacional.

aunque todos se sienten activamente parte de la CTD Aníbal Verón. De este modo, pareciera darse un circuito a partir de la incorporación de nuestros sujetos investigados a la organización piquetera que daría cuenta de un proceso de retroalimentación donde los sentidos preexistentes no son dejados de lado, sino que se reconfiguran en una codificación ahora politizada y que empieza a tornarse prioritaria a medida que crece el compromiso participativo en el interior de la organización.

Por su parte, el modo de la llegada a la CTD Aníbal Verón, y particularmente a la tarea de la autodefensa, grafica diversos recorridos posibles. Así, algunos casos de militancia de larga data informan de la participación primigenia en la CTD Aníbal Verón a partir de las actividades locales de Comedor o por la participación de otros integrantes familiares, a veces con un primer acercamiento en búsqueda de resolver materialmente la subsistencia a partir “del plan” y una posterior inscripción en la autodefensa por el desarrollo lógico dentro de la dinámica organizativa. Destacan en este sentido dos mujeres entrevistadas, las dos, militantes desde hace entre seis y ocho años en la CTD Aníbal Verón, las dos, responsables de zonales de la organización y las dos, responsables de la autodefensa de dichos zonales. En estos casos, ambas relatan que fueron incorporándose a la tarea de hacer autodefensa a partir de la vacancia de esos lugares que no eran tomados por otros integrantes locales. Otros casos, por su parte, confirmando nuestros supuestos, relatan el acercamiento a “la lucha” por la simpatía con los formatos de aparición pública de la CTD, especialmente con sus primeras líneas de encapuchados.

Y a mí me re cabía cuando veía por la tele. Las marchas, bah, los cortes y los locos encapuchados ahí adelante que se la iban a re bancar con la yuta. Y cuando me enteré que esos eran los del Comedor ahí es que fui para meterme yo también.

Y cuando te incorporaste, ¿te encontraste que hacer autodefensa era lo que te esperabas?

Nooo [risas]. Yo creía que agarraba el palo y listo. Pero no, tenés

que discutir y todo eso, porque así te nutris de la formación política. Ahí me dijo una compañera que acá les cabía el Che Guevara y yo siempre reivindicé mucho al Che Guevara... Entonces, ahí vos también aprendés. Aparte, no vas y hacés lo que se te pinta. Para eso están los responsables, ¿viste? (Testimonio recogido en entrevista grupal. Varón, 20 años)

CAPÍTULO IV

INTENTANDO UNA DESCRIPCIÓN ACTUAL DE LA AUTODEFENSA

En este capítulo trataremos de describir, a través de las experiencias particulares que reconstruyen nuestros investigados en sus relatos, así como de nuestras propias observaciones, diversas impresiones básicas sobre la autodefensa de la CTD Aníbal Verón. Entre ellas, asomarán las formas de funcionamiento, integración de sus miembros, selección de responsabilidades, representaciones diversas que tienen que ver con su tarea política, etcétera. Esta información responde especialmente a nuestros hallazgos de campo, motivo por lo cual es aplicable sólo al caso puntual de estudio y no permite más generalizaciones que las preguntas que nos han ido despertando acerca de formas poco convencionales de inserción en experiencias colectivas y politizantes.

Aspectos generales de la autodefensa

Del trabajo de campo realizado se desprende que la autodefensa de la CTD Aníbal Verón es una formación de relativa estabilidad y que, como ya hemos visto, es un área de larga trayectoria dentro de las tareas dispuestas por la organización. Consiste en un cuerpo de entre cincuenta y setenta integrantes regulares que, además del rol que tienen como miembros de esta tarea en particular, muchas veces también son parte

de otros ámbitos que la organización piquetera contempla. Por su parte, la participación en la autodefensa no implica sólo la presencia en las actividades concretas de aparición pública en los cordones de seguridad en el marco de actividades callejeras, sino que también incluye la presencia activa en distintos ámbitos estables de funcionamiento. Entre estos, nos hemos encontrado con espacios locales de reunión, discusión y formación, reuniones y plenarios centralizados, áreas de formación específicas, campamentos, etcétera. El compromiso constante manifestado en el cumplimiento de estas rutinas se torna un elemento fundamental a la hora de evaluar la membresía al área.

No en todas las localidades donde la organización se encuentra hay grupos de autodefensa conformados, aunque dentro de los objetivos declarados por los informantes figura extender este dispositivo a todos los lugares donde haya inscripción territorial. Las localidades metropolitanas en las que hay grupos estables son La Plata, Quilmes, Alejandro Korn, Pilar, Lanús y Malvinas Argentinas, constando de espacios de entre cuatro y diez miembros con un responsable en cada caso y, en general, un funcionamiento local semanal. A su vez, con menor regularidad, también hay grupos conformados en Ezeiza, Esteban Echeverría, Florencio Varela, Merlo, Tigre, Almitante Brown, Moreno y Luján.

Como dijimos, la autodefensa es un espacio de práctica no excluyente dentro de otros posibles que tiene la organización de desocupados (tareas de tipo operativas de funcionamiento de comedores, proyectos productivos, cooperativas, tareas administrativas, de relacionamiento con otras fuerzas, de negociación con aparatos burocráticos del Estado, etcétera), siendo que la adhesión es a la organización y no a la función cumplida en el interior de esta. De hecho, de las entrevistas surge que los integrantes de la autodefensa también participan de otras actividades orgánicas cotidianas. Sin embargo, el tipo especial de tarea que desarrolla la autodefensa, así como su

funcionamiento interno particularizado, implican recurrencias en cuanto a quiénes se integran y a la intensidad referida a esta práctica concreta.

Por otro lado, respecto de la fuerte cercanía entre la CTD Aníbal Verón y la organización política Quebracho, encontramos muchos casos de jóvenes de la autodefensa que afirman una doble inscripción orgánica. Destacamos que a veces no quedan muy claros los límites entre una y otra pertenencia, y que sin dudas esta cercanía imprime una suerte de aura de mayor radicalidad a la que ya de por sí implica la tarea.

Por su parte, y además de las apariciones públicas de la autodefensa en marchas y cortes de calle o ruta, y de los ámbitos rutinarios de participación mencionados, hemos encontrado que, en algunos casos, la autodefensa también funciona como una suerte de brigada al servicio de cualquier área de la organización que la requiera. No sólo para cumplir tareas en el plano de la seguridad, sino también para ayudar en tareas con diverso grado de utilización de la fuerza física. Por ejemplo, algunos entrevistados nos relataron que en sus zonales se les solicitaba ayudar en el desmalezamiento de terrenos, en la construcción de comedores, etcétera.

Así, un elemento siempre presente en las tareas de autodefensa es lo corporal o físico, aunque en general todas las entrevistas lo relacionan permanentemente con la complementación de lo político pensado en términos de formación.

Autodefensa, defenderse de. La expresión de un sentido común de lo justo y lo injusto

Existe una recurrencia (que excede a los miembros de la autodefensa y diríamos que a esta organización en particular) que gira alrededor de un sentido común compartido, relacionado con la naturalización de repeticiones de conflictos con

automovilistas, de posibilidades certeras represivas, de la operatoria de "civiles" de fuerzas de seguridad o de procesamientos judiciales que terminan con militantes detenidos a raíz de las apariciones públicas de la organización. En ese marco, la tarea de *defenderse* pareciera no requerir más explicación que la obvia, ante seguros conflictos derivados de su irrupción en el ámbito de lo público.

Esto implica dos cosas que sugieren los relatos obtenidos del trabajo de campo. Por un lado, una reconceptualización de *lo justo* en una sintonía que nada tiene que ver con la justicia pensada como legalidad. Lo justo aparece asociado a la esencia del reclamo y al derecho de hacerse oír, y la injusticia queda del lado de su situación socioeconómica estructural, de la institucionalidad que los reprime o de los particulares que los cuestionan (especialmente los automovilistas).

algunos pasan y te dicen: ¡Aguante los piqueteros! Y otros te dicen: ¡Andá a laburar, negro de mierda! Y ¿qué? ¿Yo nunca laburé? ¿Qué te pensás, que estoy acá al pedo? Estoy buscando laburo. Y yo voy a buscar laburo a cualquier lado y no me dan.
(Entrevistado N° 2, 21 años)

Por otro lado, esta naturalización del conflicto derivado de la aparición pública refuerza una construcción de alteridad contra lo institucional y en particular contra los aparatos de control del Estado. En gran medida pareciera que esta alteridad no surge por la militancia, verificándose en varios casos conflictividad previa con la legalidad. Sin embargo, notaremos que desde la participación colectiva se refuerza esta rivalidad, sobre todo con la policía, desde un relato organizacional que rememora en forma épica diversos enfrentamientos y que recuerda heroicamente a militantes muertos en episodios represivos.

Policía es un cagón, con un fierro y una chapa. Defiende a los que tienen plata, mientras el pueblo va a prisión. Un mano a mano vamo' hacer, a los que vienen con bastones. Porque son

unos cagones y los vamos a correr. (canto que usualmente la autodefensa, y gran parte de la columna, le canta cara a cara al Cuerpo de Infantería de la Policía)

Las responsabilidades dentro de la autodefensa

Según nos fueron informando nuestras entrevistas, existen diversos grados de membresía dentro de la autodefensa de la CTD Aníbal Verón. En principio, podemos distinguir a los que son miembros plenos, que por tanto mantienen las rutinas mínimas requeridas de los diversos ámbitos que esta tarea contempla (los mencionados ámbitos de discusión, formación, etcétera). Pero, además, en cada ámbito zonal, así como destacado a nivel general para toda la autodefensa, existen responsables que tienen al resto de los militantes a cargo.

En lo que respecta a la asignación de estas responsabilidades, podemos decir que, según observamos, estas se organizan a través de distintos criterios. Por un lado, existe cierta correspondencia con las cualidades personales de aquellos que sobresalen por su capacidad carismática o de liderazgo y que por tanto acceden rápidamente a lugares destacados dentro de la autodefensa. Podemos inferir que este criterio se traslada también a las otras áreas en las que la organización divide sus tareas. Estos casos se corresponden sobre todo con los responsables zonales. Por otro lado, algunos relatos dan cuenta de la emergencia de ciertos responsables a partir de decisiones más centralizadas en los espacios de dirección de la organización de desocupados. Entre estos últimos casos, también se produce la elección del o los responsables generales. Así, nos encontraríamos ante un doble criterio de selección y asignación de responsabilidad, donde se pondrían a prueba instancias de decisión descentralizadas y asentadas en cada localidad, de conjunto con criterios aplicados centralizadamente desde una óptica que mira las necesidades e intereses de la organización

en su conjunto. En cualquier caso, ambos criterios requieren de la probidad demostrada a partir de la práctica misma. Y, en particular, esta tarea implica una concepción que nuevamente nos lleva a ese concepto de “poner el cuerpo” que tanto ha aparecido en las referencias de nuestros jóvenes y la respetabilidad que ese valor construye.

Parece necesario destacar que, en el marco de las actividades concretas, este criterio de estar en la *primera línea* pareciera extenderse también como requisito de liderazgo al grueso de los referentes de la organización en general y no sólo a aquellos que sobresalen en la estructura de la autodefensa.

Pero, volviendo a los criterios de selección de responsabilidades, no podemos afirmar que hayamos relevado en nuestras entrevistas que sus lógicas distintas entren en conflicto dentro de la autodefensa de la CTD Aníbal Verón. De todas maneras, sugerimos que estas dos formas de selección mencionadas requieren de una permanente atención, ya que esconden una tensión que atraviesa a los movimientos sociales en general respecto de las discusiones existentes entre criterios de autonomía y horizontalidad, por un lado, y formas de organización de tipo más jerarquizadas, por el otro.

Definiendo la tarea: “cuidar a nuestra gente”

El trabajo de campo arroja que quienes forman parte de la autodefensa definen su tarea en términos de resguardo del resto de los integrantes de la organización.

La autodefensa lo que tiene que hacer es estar adelante siempre. Ser el escudo, diríamos. Para que no salgan heridos los compañeros. (Entrevistada N° 5, 21 años)

Para lograr estos objetivos, dentro de la autodefensa se definen una serie de dispositivos acerca de cómo moverse,

cómo enfrentar a la policía, cómo establecer interlocutores, etcétera. Aquí, la formación política, teórica y también técnica (referida a la preparación material y concreta para la hipótesis conflictual) aparece recurrentemente en las entrevistas como un elemento fundamental.

[El entrevistado viene relatando un episodio represivo] Y no lo podíamos frenar, el cordón de infantería avanzaba, avanzaba, tiraba tiros, tiraba tiros y nos tocó... bueno, yo soy uno de los responsables de autodefensa [...]Y me tocó dar una orden de que frenara el cordón de infantería y lo hacemos tirándole algunas cosas y ellos frenan un toque. Te siguen tirando pero frenan. Y la gente, ahí tenés tiempo de que la gente se organice atrás de la autodefensa y de que la autodefensa misma se organice. Y entonces podés hacer que la gente salga [...] Y ahí vinieron y empezaron a gritar: formen, formen. Formamos. Retrocedimos, retrocedimos y en la esquina nos estaban esperando dos ratis con escopeta. Pero la orden era "ya está". Calmen la cosa porque los compañeros se fueron. La columna se iba corriendo, una bandera la perdimos, porque fue un quilombo eso, pero todos ya habían salido. Y los únicos heridos fueron ahí los compañeros de la autodefensa, que para eso estamos también, ¿no? Para que no agarren al resto. (Entrevistado N° 2, 21 años)

Podemos decir que la formación técnica de la que nuestros entrevistados permanentemente hablan tiene dos funciones básicas respecto de la definición de la tarea que cumplen y el aprendizaje de esto por parte de cada uno de sus integrantes. Por un lado, establece la forma de funcionamiento jerárquico que implica el respeto por las voces de mando seleccionadas previamente y otorga un espacio de discusión/participación por fuera de la aparición pública, donde, explícitamente se nos aclara, no se discute. Por el otro, busca generar una suerte de estandarización de mecanismos que permitan una mejor performance del despliegue de la organización en la calle (modos de cortar el tránsito, de evitar conflictos con transeúntes o automovilistas, de responder ante posibles embates represivos, etcétera).

“La capucha es como nuestra escarapela”

El pañuelo en el rostro, que aparecerá mencionado indistintamente como “capucha” o “chalina”, es uno de los elementos visualmente distintivos de estas formaciones de autodefensa. Tanto este como el palo que portan ostensiblemente tienen explicaciones pragmáticas. El rostro tapado es argumentado para evitar identificaciones y procesamientos judiciales, y el palo es señalado como la herramienta defensiva por excelencia.

Sin embargo, la cara tapada, la “capucha”, también aparece como un insumo simbólico que retrotrae al discurso mítico piquetero, rememorando los primeros piquetes de mitad de los años noventa. Pero, además, aparece como un elemento identitario que distingue a la CTD Aníbal Verón de otras organizaciones, y que fundamentalmente parece señalar su voluntad de enfrentamiento.

es algo, algo propio. Como el escudo, como una escarapela [...] La capucha, forma algo más patriótico nuestro. Una insignia buena. Con lo que nos identificamos mucho en la calle [...] O para que sepan que también podemos formarnos y estar bien vistos, y parados todos iguales... ehh, en la calle, a veces, como los soldaditos... que están todos ellos ahí con el mismo uniforme. Bueno, nosotros todos con una misma capucha. (Entrevistada N° 1, 32 años)

¿Quiénes son parte de la autodefensa?

Si bien de las entrevistas derivaría que cualquiera que esté interesado en incorporarse puede hacerlo y todos definen su interés en términos más generales de adhesión a los motivos de “la lucha”, también emerge de los relatos una suerte de autoidentificación de aquellos que se incorporan a la tarea de la autodefensa, como “los que les gusta el quilombo”. Dirá uno de nuestros informantes:

yo lo que quería era encapucharme y agarrar un palo y salir a la calle. Era lo que... me gustó ver eso. Y al primer piquete fui y dije "yo me voy a encapuchar" [...] después, hay algunos compañeros capaz que van por un plan o andá a saber. O porque les gusta el quilombo, como a todos. A mí, aparte de eso, me gustó la lucha. (Entrevistado N° 2, 21 años)

Sin dudas, el temple necesario para formar parte de un cordón que se sabe la primera y última línea ante una represión y que va a oficiar literalmente de "escudo" de resguardo requiere de estar preparado para cierta adrenalina.

esa fue mi primera vez que estuve en una represión y te ponés re loco, no sabés qué hacer. Igual, las órdenes ya estaban dadas, ya vas con una idea del terreno, de lo que vas a hacer, todo... y más o menos ya estaba pillo...

Hay mucho vértigo, ¿no? En ese momento...

Sí, mucha adrenalina, mucha. Y a mí me quedó toda rota la mochila de las balas. No me dieron ninguna, por suerte. Y en ese momento fue fatal, eso. Nos cagaron a tiros, gas lacrimógeno, todo. (Entrevistado N° 2, 21 años)

Sin embargo, esta especie de adscripción al "quilombo", a la violencia, si se quiere, no implica, como ya dejamos establecido, que cada cual reaccione según le parezca. Muy por el contrario, está enmarcada en una serie de reglamentaciones impuestas por la membresía de la autodefensa, volviendo a resaltar la formación política y el compromiso organizativo como recursos imprescindibles.

Los pibes, cuando van a la movilización, van y entran a la Capital [Ciudad Autónoma de Buenos Aires], por ejemplo, que siempre es una ciudad bastante hostil con la gente de barrio, se produce algo que, es como que los compañeros se sienten como que estamos, como que somos nosotros, como que tenemos una fuerza, un poder, viste. Y hay muchos compañeros que esa bronca que mastican todos los días, que tiene que ver con la forma de vivir, que nos obligan a vivir de esta manera, toda esa bronca cotidiana, a veces explota, viste. Y nosotros no podemos dejar que explote individualmente la bronca, sino

en todo caso, si tenemos como organización, tenemos que responder a algo, bueno, lo respondemos entre todos, viste. Entonces no dejamos que cada uno haga lo que quiera. (Entrevistado N° 3, 28 años)

Entre estas reglas destacan desde el respeto por la voz de mando y las jerarquías orgánicamente decididas hasta la obligación de no consumir drogas en las actividades. Los incumplimientos de las normas establecidas redundan en sanciones, suspensión de la participación o directamente separación de la tarea de autodefensa.

Destacamos que el fuerte peso normativo que nos relatan implica una decisión de morigerar conductas personales como condición de inserción en el grupo de autodefensa. Esto genera tensiones en más de una oportunidad, y en las observaciones hemos encontrado que estas tensiones no se dirimen siempre del mismo modo. Volveremos en cierta medida sobre esto en el capítulo VI a partir de una observación participante.

La edad, el estilo

Respecto al componente etario de la autodefensa, como ya hemos dicho, este es mayormente juvenil, con una franja que va de los quince hasta no mucho más de los treinta años. Los casos de participantes de más edad son excepcionales y son resaltados por los otros como “los viejos”. Pese a esto, en general y tal como también ya hemos señalado en capítulos anteriores, los entrevistados no se visualizan a sí mismos como jóvenes, cosa que fundamentalmente se relaciona con el hecho de que la juventud, en sectores de pobreza estructural, pierde muchas de las características propias de la moratoria social que la definen en otros contextos.

Por otro lado, destaca de las formaciones de autodefensa una cierta apariencia estética que refuerza su aspecto juvenil

y también popular. No sería novedoso plantear que, en épocas donde la imagen y apariencia dominan en gran medida los valores sociales, el aspecto físico, y especialmente para el caso de los jóvenes, ocupa una parte no menor en las diversas estrategias de diferenciación social. Así, desde el estilo de ropa hasta diversas marcas corporales como el color de tintura del cabello, los tatuajes, los aros y adornos, etcétera, se convierten en un lenguaje de distinción que facilita los procesos de reconocimiento e identificación o bien de distanciamiento de ciertas pautas estéticas dominantes. Traemos a colación el lugar que Retamozo (2006) le da al campo estético como uno más de los ámbitos de construcción de subjetividad,³⁷ señalando que este tipo de códigos

asignan sentido de acuerdo a un criterio de feo-bello y están vinculados a aspectos como la moda, el arte y otras formas culturales relevantes para la identidad y la movilización ya que aportan en la construcción de un “nosotros” y en la delimitación de la alteridad. (Retamozo, 2006: 62)

Sin pretender en absoluto hacer un esencialismo de estas cuestiones estéticas, sí mencionamos que estos cordones de autodefensa tienen un aspecto visual altamente plebeyo, del que, por cierto, parecen tener conciencia nuestros entrevistados manifestando su malestar en tanto sujetos estigmatizados. Así, por ejemplo, la mención a “estar todo escrachado” en alusión a los tatuajes como elementos que dificultan el acceso a un empleo, o que generan la suspicacia policial, apareció en más de una oportunidad.

³⁷ Para el autor existen distintos campos de códigos socialmente construidos y que pueden mobilizarse para significar situaciones. Entre ellos destaca el *campo cognitivo*, referido a aquello que el sujeto cree saber, lo que supone verdadero y fundamentado; el *campo valorativo o axiológico*, como aquellos espacios de significación de lo bueno/malo, justo/injusto; el *campo emotivo*, que otorga sentido a las relaciones amor/odio, amigo/enemigo; y el *campo estético*. Para más información, puede consultarse Retamozo (2006: 60-62).

La cuestión de género, un emergente de campo por demás llamativo

Pese a la impronta de la fuerza física y lo corporal como elementos distintivos de la tarea de la autodefensa, y las implicancias que esto suele tener con la masculinidad, desde un principio supimos que la adscripción a esta área de la CTD Aníbal Verón no discriminaba por sexo. De hecho, a simple vista, con sólo observar las apariciones públicas de la autodefensa y sus cordones de seguridad, era fácil detectar la presencia de mujeres entre las filas de encapuchados/as. Sin embargo, a medida que fuimos adentrándonos en la investigación, nos encontramos con que la presencia femenina, lejos de ser algo marginal, se constituía en un dato que sobresalía.

Según nos informan nuestros entrevistados, varios de los cuales son mujeres, alrededor de la mitad de los integrantes de la autodefensa corresponde a este género. No sólo eso, sino que, además, pudimos registrar casos de mujeres que eran responsables de las áreas de autodefensa de sus zonales, entre ellas dos de nuestras entrevistadas. Nos encontramos en el relevamiento de campo con diversas experiencias femeninas, hallando desde casos de chicas muy jovencitas, apenas adolescentes, hasta otras militantes de más edad, muchas de ellas madres, a veces con familias a cargo, otras veces compartiendo la militancia con sus parejas y, en algunos casos, incluso teniendo responsabilidad dentro de la organización y la autodefensa por sobre sus maridos. Esto nos llevó a que fuera una pregunta obligada la particularidad de ser mujer y estar haciendo esta tarea, las repercusiones familiares que acarreaban, la relación con sus parejas y otros integrantes de la organización, etcétera.

En general, las respuestas de nuestras entrevistadas respecto de su condición de género no encontraron mayor despliegue que contarnos que, para ellas, ser mujer no le re-

portaba grandes diferencias respecto de otros compañeros. La gran mayoría refirió haber experimentado represiones, incluso algunas tenían experiencia de detención y pésimos recuerdos de los tratos policiales. Esto, sin embargo, según ellas mismas enunciaron, no las amedrentaba. Muy por el contrario, alguna de ellas decidió sumarse a la tarea de autodefensa justamente después de sufrir experiencias represivas.

me ha tocado estar en represiones, me ha tocado estar detenida y acá sigo. No voy a bajar la bandera, no voy a bajar la guardia tampoco porque ellos quieren eso. Una vez que te reprimen o que te meten en cana piensan que con eso a los compañeros los asustan. Muchos se asustan y no vuelven. A mí, me mantuvo más dura todavía. Porque fue injusto. Nosotros salimos a reclamar por los compañeros paraguayos.³⁸ Me corrieron un montón de cuadras. Me agarraron igual. Te digo, me re cagaron a golpes y yo sigo. Después de ahí, creo que de ahí, yo empecé a ser la responsable de autodefensa. Ahí tomé la posta esa más que nada. Porque como que fue con mucha más bronca, mucha más impotencia mi detención, ¿entendés? Y veía la causa que me habían puesto y yo no había hecho nada. A mí me perseguían porque yo estuve filmando todo y querían la máquina y fue eso. Y me pegaron injustamente y me hicieron una causa injustamente y entonces dije: no. Entonces yo dije "para tanta bronca algo tengo que hacer", y bueno, hoy por hoy, soy la responsable. (Entrevistada N° 1, 32 años)

¿Y cómo es ser mujer en la autodefensa?

Sos igual que otro compañero. O sea, no te discriminan por ser mujer. Eh... sos igual que todos.

¿Y hay muchas mujeres en la autodefensa?

Sí, hay muchas. Muchas y de diferentes tamaños. Así, a veces la gente te ve y los escuchás y te da bronca. Porque pasás encapuchada y todo así, te ven chiquitita y qué se yo, y te dicen "a esta la agarra un milico y ¿qué puede hacer?, ¡la cagan a palos!". Y bueno. Pero tenemos nuestras defensas nosotras [risas]. No les va tan fácil cuando nos agarran. (Entrevistada N° 5, 21 años)

³⁸ Se refiere a una movilización realizada en 2009 para pedir por unos militantes campesinos paraguayos presos en Argentina y con pedido de extradición en ese momento.

Más allá de estos relatos, algún informante nos describió un escenario un poco más tensionado respecto de esta temática, donde cada tanto afloran conflictos sobre al lugar femenino, en particular en el plano de las responsabilidades.

Por ejemplo, hace un par de semanas atrás estuvimos discutiendo porque hay un par de compañeros que por ahí siguen teniendo un par de prejuicios con las mujeres, viste. Hay en algunos compañeros, pero es lo mínimo, porque ya a través de tantos años ya prácticamente no pasa eso. Pero siempre hay alguno que dice "eh, pero vos sos mujer", y yo qué sé. Eso es un trabajo que es constante, viste. Que está dentro, dentro de la línea de la organización está que somos todos iguales. Ahora después, eso lo tenemos que laburar con un montón de compañeros que vienen de una historia, en el pueblo argentino, bah, en todos lados, venimos de una historia de reproducción del machismo. (Entrevistado N° 3, 28 años)

De todas maneras, la forma del relato de nuestras entrevistadas da cuenta de una manera de vivenciar esta pertenencia a la autodefensa como superadora en última instancia de las tensiones que despierta. Ellas son efectivamente miembros de esta área, algunas son responsables y todas participan de todas las actividades, piense lo que piense cualquiera acerca de su condición femenina. Así que, definitivamente, este hallazgo respecto del peso relativo que las mujeres tienen dentro de la autodefensa nos resultó fuente de preguntas, muchas de las cuales no pudimos terminar de respondernos y bien podrían alumbrar futuras investigaciones. Observando a estas mujeres, entraban en crisis para nosotros ciertos relatos sobre la práctica femenina dentro de los movimientos sociales. En gran medida, desde la irrupción del movimiento piquetero, la presencia de las mujeres ha sido destacada, pero relacionada mayoritariamente con otras tareas, sobre todo como extensión colectiva de actividades de tipo más doméstico. Sin embargo, aquí nos encontramos con este rol de autodefensa, esta tarea que implica la posibilidad certera del enfrentamiento con las

fuerzas de seguridad, el riesgo de la detención, la seguridad de la violencia física.

No podemos dejar de preguntarnos cómo será la realidad de estas mujeres cuando vuelven a sus casas. Cuando dejan el palo y la capucha que tapa sus rostros, ¿las esperará el tradicional rol doméstico femenino? ¿Cuál será la relación con sus maridos/parejas, hijos, fuera del ámbito militante? En última instancia, ¿qué tanto podrá tener de estrategia de búsqueda de reconocimiento, respeto, igualdad, la participación de estas mujeres jóvenes en la autodefensa de la CTD Aníbal Verón?

Finalmente, el hallazgo de la presencia femenina en esta área de la organización piquetera no hace sino profundizar las claves de preguntas sobre un tipo de militancia que se presenta, a nuestros ojos, cada vez menos dogmática.

CAPÍTULO V

OTRAS HUELLAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE SUBJETIVIDADES

Si ubicamos la subjetividad, como proceso imbricado entre lo personal y lo colectivo, en el plano de la atribución de sentidos, en este capítulo vamos a indagar algunos tópicos sensibles a la hora de significar la propia experiencia y construir un relato biográfico. Especialmente, pensando siempre en las características particulares que implican a la juventud como una especial etapa de la vida.

Los ítems que iremos reseñando a continuación no podemos decir que se encuentren específicamente en el ámbito de la domesticidad de nuestros investigados, ni que sean obra exclusiva de su práctica política o de autodefensa en especial. Más bien, como insistimos desde el inicio de esta investigación, los ubicamos en una zona gris, justamente donde, a partir de las experiencias concretas de estos sujetos, las distintas dimensiones de la subjetividad se superponen.

Nos cuesta catalogar estos temas que mencionan en sus relatos. Tratando de etiquetarlos, diremos que parecen ser parte de enmarcados generales donde se activan universos de sentido que dan cuerpo a la particular manera de vivir la vida que estos jóvenes parecen tener.

Es necesario aclarar que este punteo aquí expuesto no partió de nuestras primeras preguntas de investigación, sino que son elementos que fueron emergiendo del propio trabajo de campo.

La muerte, la cárcel, dos horizontes cercanos

Un emergente de las entrevistas que nos parece que merece ser destacado es la mención de uno de nuestros investigados respecto de la certeza de su propia muerte.

Así, este joven de apenas veintiún años, que en una perspectiva generacional debería indicarnos una percepción de la muerte como una posibilidad lejana, expresa con una naturalidad estruendosa su propia conciencia de finitud. En varios trayectos de su relato indica tener la seguridad de la muerte posible. En particular, hablando de los riesgos que denota la tarea de autodefensa y las consecuencias represivas, va a darle a esta percepción un giro en cuanto a la carga significativa.

La autodefensa está ahí. La autodefensa pone el pecho y la autodefensa si tiene [uno] que caer muerto... pero vamos a morir luchando. (Entrevistado N° 2, 21 años)

yo sé que algún día voy a estar en cana o muerto. Mejor que sea por esto. (Ídem)

Para este chico, que es el que tiene la trayectoria de vida más marginalizada dentro de todos nuestros casos estudiados, pareciera que la militancia viene a otorgarle un sentido a una muerte que aparece naturalizada como posibilidad ineludible. Este indicador, la naturalidad con que la muerte aparece vivida (valga la paradoja), nos reenvía a los patrones de subjetividad en contextos de violencia horizontal cotidiana, y otra vez a la cita de Eduardo Galeano y el “valor de los nadies y la bala que los mata”. Ahora bien, en todo caso, a raíz de su participación militante, lejos de desaparecer esta percepción de lo inevitable de su propia muerte, su particular tarea parece revestirla de una novedosa clave de significación. Si va a venir la muerte, cosa que sigue latente, ahora esta tendrá un sentido, un para qué valedero otorgado desde la inserción colectiva.

No fue este el único caso en que registramos una mención a la muerte. Esta también apareció referida y potenciada a partir de una carga épica, en el marco de la narrativa de este y otros entrevistados que rememoran los hechos del Puente Pueyrredón del 26 de junio de 2002. Vale aclarar que, en particular, este joven antes mencionado no estuvo presente en aquella jornada, de modo que sus palabras implican la apropiación del relato de los otros con quienes comparte la militancia o de la voz oficial de la organización respecto del tema.

los compañeros cayeron muertos, un par de giles los mataron a tiros y esos compañeros fueron sabiendo lo que iba a pasar. Fueron sabiendo que iba a haber muertos, todo. Y los compañeros igual se formaron y eran autodefensa. (Entrevistado N° 2, 21 años)

y al Puente Pueyrredón de este zonal debemos haber ido como ochocientos compañeros. Y los ochocientos compañeros que fueron, fueron sabiendo que estaba todo mal. No es que fueron pensando que era un corte más. Fueron sabiendo, primero porque ya estaba la discusión instalada en la tele. Y segundo, porque nosotros lo dijimos. Yo en el lugar donde tuve que estar, que fue Altos de San Lorenzo, hasta hablé y dije que casi con seguridad, que probablemente iba a haber un fiambre [se refiere a un muerto], viste. Hubieron dos. La intención fue de que haya muchos más. (Entrevistado N° 3, 28 años)

La muerte parece haberse convertido en un elemento que adquiere naturalidad en la cotidianeidad de nuestros jóvenes. Si bien cuando preguntábamos acerca de las condiciones de violencia que ellos pudieran percibir en su ámbito de vida nos respondían mayormente con respuestas estereotipadas desde el discurso más políticamente estructurado (“violencia es el hambre” o “violencia es la pobreza”), cuando encontramos el modo de reformular nuestra pregunta hallamos que, en casi todos los casos, tenían registro muy frecuente de situaciones de violencia horizontal en sus barrios, y en más de una oportunidad relataban la muerte reciente de algún amigo o conocido o familiar a raíz de hechos violentos.

Si bien estos jóvenes excluidos no son los únicos que participan de actividades militantes donde, producto de las represiones y el accionar de las fuerzas de seguridad, devienen muertes, suponemos que esta previa naturalidad reseñada hace más sencillo este pasaje de la inevitabilidad de la muerte a la construcción de un sentido épico de esta.

Algo similar nos ocurrió con las referencias a las experiencias de detención o encarcelamiento. Lejos de ser circunstancias excepcionales y lejanas, la cárcel o los conflictos con la policía aparecen como moneda corriente en las charlas que registramos. Una anécdota que me relatan no deja lugar a dudas sobre esto:

No, un día, en una reunión de coordinadores, agarra uno de los que son de la dirección y él venía diciendo de que la cárcel era como un depósito de pobres, entonces nosotros nos le quedamos mirando y entonces él dice "qué, si acá todos sabemos cómo es una cárcel, ¿o no?". Y se le ocurre que levantemos la mano todos los que habíamos estado en cana, o teníamos un familiar, o un amigo, o un vecino preso. Y levantamos la mano creo que todos. O capaz que uno o dos que no, pero la mayoría sí.

¿Y te acordás cuántos eran en esa reunión?

Y, las reuniones de coordinadores es donde van los responsables de los barrios, bah, de los comedores. Qué se yo, ponele que seríamos unos treinta o treinta y cinco. (Testimonio recogido en una actividad de repudio al enjuiciamiento que se les llevaba adelante a miembros de la CTD Aníbal Verón y otras fuerzas, en el marco de una charla informal acerca de las visitas al penal mientras los militantes habían estado detenidos)

La cárcel no es un lugar ajeno o desconocido. Sin embargo, cuando llega de la mano de ser "preso político", viene acompañada del reconocimiento, respeto y solidaridad de los otros militantes, quedando muy lejos del lugar de "paria", tan denostado dentro del mundo carcelario y esquivando el estigma que en otras ocasiones genera el estar preso.

Cuando los compañeros tienen la mala suerte de quedar detenidos, creo que después salen más fortalecidos, por el tema de que tienen una organización atrás, la cual, este, se preocupa

por los compañeros detenidos. No sólo por los compañeros, la familia, las esposas, los hijos. O sea que en ese sentido es por ahí lo más noble que tiene esta organización y lo más, lo que ven los compañeros de autodefensa. No sólo los nuestros, sino que por ahí lo ven los otros de los otros movimientos también, ¿no? Que nosotros somos una estructura, en el sentido de que jamás hemos dejado a un compañero detenido, preso a la buena de Dios. Sino que sabemos que al compañero detenido hay que defenderlo como corresponde dándole el nombre de un preso político. (Informante Clave N° 2)

Así, la participación colectiva parece otorgar una clave de resignificación de algunos elementos preexistentes que no son ajenos a la cotidianidad de otros grupos sociales. En esta nueva lógica, para los jóvenes que aquí entrevistamos, la cárcel puede aparecer como un elemento que construye prestigio y garantiza la solidaridad y deferencia del resto de sus compañeros así como de otras organizaciones.³⁹ Junto a ella, resalta, de la mano de los relatos de detenciones o persecuciones, la lealtad, subrayada por todos nuestros entrevistados como un valor supremo. La muerte, por su parte, reconsiderada ahora desde un aura de heroicidad, aparece en cierta medida como un medio para trascender, para dar sentido a un fin trágico, que de todas maneras se percibía como cercano e ineludible.

El respeto

El respeto, que se relaciona con el reconocimiento, la deferencia, la distinción, es un elemento importante a la hora de

³⁹ Sin que aquí vayamos a desarrollarlo, sugerimos que en la bibliografía sobre sujetos en condiciones de conflicto con la Ley Penal también se registra dentro de sus propias redes sociales esta reconfiguración de los códigos carcelarios como generadores de prestigio social. Aquí, de todas maneras, este proceso parte de una matriz distinta, siendo requisito para obtener el reconocimiento y la solidaridad del resto del movimiento que la causa que motive la detención sea considerada de carácter político.

construcción del prestigio social y el propio proyecto biográfico. Los elementos contemplados como fuente de respetabilidad no son valores culturales únicos o absolutos, sino que, como parte de la disputa por las construcciones hegemónicas de sentidos, están en permanente tensión y, como ya hemos visto, en ciertos sectores sociales afectados por el retroceso de las instituciones típicas de integración social constituyen un campo que viene experimentando fuertes transformaciones.

Por tal motivo, no pudo sino resaltar en nuestro análisis el hecho de que *respeto* fuera un término que se reitera a lo largo de las entrevistas. Así, nos encontramos con menciones a exigirlo, en relación con la disciplina que requiere la tarea de la autodefensa. Respeto a la voz de mando, pero también a todos los compañeros con los que se comparte la tarea, “porque muchas veces una cosa mal que hagas ya mancha a todo el grupo”. Mostrarse de una manera respetable, a diferencia de los que son considerados “cachivaches”, para expresar cómo es deseable que sea vista la autodefensa. Respeto, como modo de proceder valorado en cualquier circunstancia, “hasta cuando tuve que salir a robar”.

También aparece la mención a sentirse respetado, con el énfasis que eso tiene justamente en la etapa juvenil y la búsqueda de reconocimiento que ella siempre implica. Entonces, el respeto “se gana”, y aparecerá de la mano de la tarea que hacen, porque esta implica “poner el cuerpo”, “bancarse cualquiera”. Porque es un área que de por sí es valorada dentro de la CTD Aníbal Verón, porque de ella muchas veces depende que los otros compañeros salgan ilesos de represiones o incidentes.

Pero, fundamentalmente, creemos, después de haber desandado nuestras entrevistas, que el respeto toma principal relevancia en la sensación de *sentirse respetado*. Así, este sentirse respetado y valorado parece provenir fundamentalmente de la pertenencia a la organización y de la transmisión a sus miembros de la identificación y respeto de la que esta goza. Dice nuevamente nuestro joven de veintiún años, contándonos acerca de una toma de terrenos que

se organizó en el barrio en el que él vive y en la que su grupo de autodefensa fue central para que se iniciara:

y hasta el día de hoy estamos ahí. Cada vez que paso por ahí me acuerdo del frío y la lluvia que hacía ahí y me cago de risa, porque me siento bien. Porque hay pibes que hasta el día de hoy... "hola, ¿cómo andás?, ¿todo bien?". Y eso es re loco, porque antes vos pasabas por la calle y capaz que las viejas te llamaban a la yuta, o te echaban de la esquina. Y ahora está todo bien con nosotros. Hasta nos mandan a sus hijos cuando armamos fulbito. Y antes chiquitos así eran, y ahora son más grandecitos... y tienen, van al comedor, a buscar la comida. (Entrevistado N° 2, 21 años)

O, en otro trayecto del mismo relato:

Agarramos buena relación con el barrio, con la gente, y hasta el día de hoy paso a cualquier hora, camino los barrios y todo bien. No que te llamen a la policía y que hay gente caminando, no. Te conocen, vos pedís un vaso de agua, lo que sea, y la gente todo bien.

Esta mención a que ahora es saludado, que cuando pasa caminando no llaman a la policía y que hasta se le confía el cuidado de los hijos de quienes antes lo combatían en el barrio, deja ver, según nuestro criterio, la satisfacción de no sentirse rechazado, la satisfacción de haber roto en algún punto ese estigma con el que tantos jóvenes pobres cargan.

En sentido inverso, aparecerá de modo manifiesto el disgusto cuando son señalados peyorativamente por ser piqueteros o por su aspecto de rostros tapados y palos.

y... porque esté encapuchada no significa que vayamos a bardear. Muchas veces nos toman de los quilomberos pero no somos eso. Somos personas detrás de la capucha y palo y creo que se nos tendría... se nos tiene que ver de esa manera. (Entrevistada N° 1, 32 años)

Esta última cita surge a partir de cómo esta joven se siente cuando es insultada en la vía pública. Destacamos que son

muy frecuentes las agresiones físicas o verbales que provienen especialmente de los automovilistas. De hecho, este es uno de los motivos esgrimidos para justificar la presencia de la autodefensa para proteger al resto de la manifestación. En cierta manera, este mismo reclamo aparecerá en las interpretaciones que los propios entrevistados hacen sobre la relación de la autodefensa con los medios de comunicación. Ahí percibimos una suerte de tensión entre sentirse gratificados por ser los más buscados para la foto (todos relatan con orgullo ser reconocidos por hijos o amigos en la televisión o los diarios) y sentirse permanentemente agraviados por la construcción estigmatizante de la que son presa.

Discutir, decidir, tener voz que sea escuchada

Según pudimos observar, no todos los sujetos que entrevistamos participan del mismo modo de la toma de decisiones dentro del marco de su práctica militante. Tal como destacamos, existen roles de diversa jerarquía en el interior de la tarea de la autodefensa así como en las otras áreas de la organización.

De todas maneras, varios de los relatos recogidos informaron de modo gratificante el hecho de sentirse parte de las discusiones y decisiones tomadas, pese a que en otros trayectos de los relatos, sobre todo en los referidos a las actividades concretas, resaltara, aunque sin entrar en contradicción con lo anterior, la mención a las órdenes, la disciplina y acatar las voces de mando. En esta percepción de ser parte, de decidir, vamos a detenernos por un momento

Nos da la impresión de que en esta sensación de participación activa en las discusiones y decisiones, y aun en las diversas gradaciones en que esta ocurre, se afianza notablemente el proceso de estos jóvenes de sentirse parte de un nosotros. Podríamos decir también que este lugar de la discusión acti-

va nos reenvía en cierta medida a algunos planteos que ya registramos acerca de la búsqueda del carácter reflexivo en las actividades, de la mano de la importancia que se le da, al menos desde los discursos aquí registrados, a la formación como manera de hacer de la participación en la autodefensa un proceso integral donde la discusión política tenga relevancia. Pero, además, y fundamentalmente, creemos que cuando los jóvenes nos destacan el hecho de su sentimiento participativo respecto de algunas instancias de decisión, nos están llamando la atención acerca de que, en este acto en el que se da espacio a su voz, en que su opinión es escuchada, aparecen tenidos en cuenta, favoreciendo la búsqueda de reconocimiento que en todos los tratamientos sobre jóvenes es tan importante. Vamos a incorporar aquí el fragmento de una cita, aunque esta percepción mencionada se reitera en diversos entrevistados y en relación con diferentes momentos. En particular, esta cita da cuenta de las primeras actividades de las que este joven participaría dentro de la organización.

Nosotros empezamos esa toma. Yo recién me metía en la CTD. Y ahí me quedé viviendo como tres semanas, cuatro. Con frío, con lo que venga, lluvia, todo. Igual, los compañeros siempre estaban. Todos los compañeros iban. Hacíamos charlas, balances, todo de lo que estábamos haciendo y en qué situación estaba la toma de terrenos, si iba a venir la policía, si nos iba a sacar... si iba a venir el dueño, si iba a venir otra gente que nos iba a querer volar. Entonces los que estábamos ahí instalados decíamos qué nos parecía y medio que entre todos decidíamos cómo seguíamos en el día a día. Estaba bueno, porque corte que yo recién llegaba y también estaba en esas reuniones, esos balances. (Entrevistado N° 2, 21 años)

Así, participar, discutir, evaluar, ser parte de la elaboración conjunta de un balance, todos estos verbos que fueron apareciendo en diversos trayectos de los relatos dan un lugar activo a nuestros sujetos. Aquí no sólo aparecerán “nutriéndose”, expresión que utilizan muchas veces, sobre todo para referirse a las distintas instancias

de lo que denominan la formación política, donde ellos mismos se perciben en el lugar de receptores de un saber que, en cierta medida, les aparece provisto por quienes reconocen como las voces autorizadas dentro de la organización: los otros con mayores experiencias, jerarquías o capacidades; sino que también, en algunas ocasiones, ellos se sentirán protagonistas de la palabra, aportando con su propia voz a la construcción conjunta de ese saber. Voz que, al ser tomada en cuenta, al ser escuchada, otorga un lugar de consideración que nuestros jóvenes percibirán de modo gratificante y que da cuenta de una característica inclusiva de estos espacios colectivos novedosos que son los movimientos sociales.

CAPÍTULO VI

EL DÍA QUE TOCÓ PIBES CHORROS

En este capítulo dejaremos un poco de lado a nuestros entrevistados en particular. Vamos a concentrarnos aquí en la observación de una jornada concreta. Un día, o trayecto de día, que condensó una serie de elementos que, a manera de calidoscopio, nos parece que hablan por sí mismos de esta idea que insistentemente apareció a lo largo de nuestra investigación, sobre los modos superpuestos de construcción de subjetividades.

Vamos a valernos de una observación participante y dejaremos paso a la descripción minuciosa, convencidos de que la jornada que tomamos como referencia permite que veamos, casi hasta de modo exagerado, la concurrencia de una multiplicidad de sentidos que son activados por los sujetos en el plano de una situación concreta.

Nos centraremos en la descripción pormenorizada de una actividad muy particular. Veremos aquí cómo condensan de modo explícito distintos sentires, saberes, valores, gustos, creencias, etcétera. Aparecerá en nuestro relato sobre lo vivido en esa jornada un circular de consideraciones que van del plano político al más doméstico, de las dimensiones normativas a las estéticas. Una serie de mixturas donde aparece como evidente que los campos de la subjetividad no pueden ser separados por completo ni siquiera de modo analítico.

La observación participante

La observación que aquí se relata ocurrió el día 20 de mayo de 2010. Desde hacía algo más de un mes se venía llevando adelante un juicio en los Tribunales Federales de Comodoro Py, en Retiro (Ciudad Autónoma de Buenos Aires), donde se juzgaba a integrantes de Quebracho, de la CTD Aníbal Verón y del MST (Movimiento Sin Trabajo) por un escrache ocurrido en el año 2007 contra un local del por entonces gobernador de la provincia de Neuquén, Jorge Sobisch. Este era señalado por las organizaciones participantes del repudio como el responsable del fallecimiento del docente neuquino Carlos Fuentealba, ocurrido en el marco de una represión en aquella provincia. Como ya era habitual en el contexto de las observaciones para la investigación en curso, aquella jornada también participaríamos de la concentración que usualmente se organizaba los días en que había audiencia y que transcurriría frente a dichos Tribunales.

Ya hacía unos cuantos meses que veníamos desarrollando observaciones y entrevistas a miembros de la autodefensa de la CTD Aníbal Verón, así que no nos resultaba particularmente llamativa esta nueva movilización a Comodoro Py. En varias oportunidades previas habíamos aprovechado esas ocasiones para tomar notas de modo sistemático del despliegue de los cordones de seguridad. Estos encabezaban la columna que solía llegar marchando desde la plaza ubicada frente a la estación de Retiro (Plaza Canadá) hasta detenerse delante de las vallas que cierran el paso a los Tribunales para dedicarles un largo rato de golpes con los palos.

Pero en esta ocasión en especial había un elemento novedoso que le sumaba interés a estas ya por entonces rutinarias observaciones. Hacía unos días que se rumoreaba que en la movilización convocada para ese jueves tocaría, en un recital en solidaridad con los militantes llevados a juicio, el grupo de cumbia villera Pibes Chorros.

Así, este evento conjugaría desde un principio una serie de elementos distinguibles entre sí. Por un lado, se trataba de una actividad de claro corte político. Una movilización/concentración organizada por colectivos sociales y políticos y orientada por una demanda concreta, el rechazo a un juicio considerado injusto (valga el juego de palabras “juicio injusto” para poner de relieve la percepción de justicia desencontrada de los parámetros de lo legal, sobre lo que ya se dijo algo en capítulos anteriores). En este contexto, el seguimiento a los jóvenes investigados intentaba pormenorizar acerca de las múltiples inscripciones de sociabilidad por las que transitaban, y, hasta aquí, la observación participante quedaba dentro del parámetro de seguir las actividades de autodefensa. Desde el inicio de nuestra investigación habíamos sostenido una mirada que descansaba especialmente en la visibilidad de la faceta de acción colectiva de estos jóvenes, sumándole la búsqueda por las representaciones que veíamos aflorar relacionadas con ciertos códigos naturalizados y preexistentes, especialmente las lógicas de *aguante*, de cotidianeidad de la violencia, de *poner el cuerpo*, etcétera. Ahora, la noticia de que tocaría Pibes Chorros abría las puertas de modo mucho más cabal que hasta el momento a la dimensión de gustos, estéticas, consumos culturales, que hasta allí habíamos abordado de manera más bien intuitiva. Pensando el fenómeno de la cumbia villera como “intersección entre un proceso de restricción impulsado por la mutación de la estructura socioeconómica, y la agencia expresiva de los sectores más crudamente afectados por esta” (Míguez y Semán, 2006: 34), este recital aportaba esa dimensión que nos quedaba relegada en nuestro tratamiento sobre los jóvenes piqueteros de la autodefensa y que en los trabajos académicos sobre sociabilidad en sectores populares tenía un lugar de cierta importancia.

Se sumaba también, para pensar que esta jornada tenía un valor analítico en sí misma, la fuerte carga simbólica que

condensaba. Esta se trataba de una actividad política, donde los jóvenes (y no sólo jóvenes, por supuesto) venían en calidad de miembros de las organizaciones convocantes, pero también motivados –y, por cierto, con mucha algarabía– por la presencia del grupo musical. Además, teniendo en cuenta que aquella concentración con recital incluido se realizaba en las puertas de un Tribunal Federal, aportaba una apariencia curiosa a todo el cuadro. Pibes Chorros, con las implicancias alegóricas del nombre, sus letras, los idearios representados en estas y fundamentalmente su reivindicación de códigos culturales altamente transgresores de lo normativo, tocando en las puertas de Comodoro Py y cuestionando la legitimidad de un procesamiento judicial contra integrantes de organizaciones políticas y sociales, la mayoría de los cuales se identificarían a sí mismos como provenientes de similares barrios, villas y asentamientos que se describen en las canciones de estas cumbias.

Hasta aquí, todos los elementos prometían acerca del potencial de esta observación participante.

Así, el 20 de mayo había iniciado muy temprano para aquellos que venían desde los barrios periféricos del Gran Buenos Aires y desde La Plata. La concentración era cerca de las 10 de la mañana en la plaza frente a la estación Retiro. Allí, desde las primeras charlas entabladas, se percibía la ansiedad por lo que hasta ese momento estaba confirmado pero no todos terminaban de creer. En la entrada de los Tribunales de Comodoro Py se decía que ya se estaba acomodando el camión que officiaría de escenario y estaba el sonido dispuesto, pero como en las jornadas de audiencias previas casi siempre había habido radios abiertas (donde, por cierto, la cumbia no era el género más escuchado), eso no era garantía absoluta de que el rumor se concretara. Finalmente, un grupo de jóvenes que traían unos volantes donde se anunciaba el recital para pasado el medio día terminaba de dar crédito a la presencia de Pibes Chorros en la concentración que estaba por empezar.

Alrededor de las 11 de la mañana comenzó a organizarse la gente, que hasta el momento estaba dispersa en grupitos sobre la plaza, en una única columna. Había banderas de organizaciones diversas que participarían de la actividad. Adelante y como cabecera, formaba como siempre una línea de autodefensa, con los rostros cubiertos mayoritariamente por pañoletas blancas y negras (chalinas) y con palos ostensiblemente portados en las manos. Detrás de ellos, un grupo de referentes de las distintas organizaciones convocantes que llevaban una especie de bandera horizontal y larga con una consigna de rechazo al juicio que se venía desarrollando. Atrás, todas las otras banderas y los grupos de personas que respondían a cada una de ellas. Después de un rato que llevaba la organización de la columna, esperando a los que avisaban que venían retrasados y ordenando los lugares en que se ubicarían los distintos movimientos, a eso de las once y media de la mañana emprendimos la caminata de las pocas cuadras que separan la plaza de los Tribunales.

Sin poder calcular exactamente cuántas personas seríamos en esa marcha, nuestros interlocutores hablaban de que éramos varios cientos. Los más expertos sugerían unas setecientas personas. Instantes antes de que la columna bajara al asfalto, se había activado el dispositivo de seguridad (donde coordinaban miembros de las distintas organizaciones en una tarea compartida), con grupitos de cinco a siete jóvenes cada uno que, de manera absolutamente coordinada, corrían de acceso en acceso y se encargaban de cortar el tránsito en cada una de las esquinas de las transitadas avenidas que desembocaban donde empezábamos a formarnos.

Arrancamos a caminar. Había sectores de la marcha que cantaban con más entusiasmo que otros y había quienes sólo caminaban. Las consignas eran especialmente alusivas al juicio y al pedido de libertad de los presos políticos. El encabezamiento de la autodefensa hacía gestos con los palos ante la presencia de fotógrafos y cámaras televisivas que especial-

mente se detenían en ellos. Un poco más atrás, dentro de la columna, reiteradamente aparecía el comentario acerca de la ansiedad por el recital que empezaría en breve. Los militantes referentes de algunos barrios se lamentaban de no haber podido confirmar con más antelación la presencia de Pibes Chorros para convocar con mayor énfasis a la “movida”.

Finalmente llegamos. Como de costumbre, la primera línea de autodefensa se dirigió a las rejas que cierran el paso a Tribunales, dedicándose un largo rato a golpearlas rítmicamente con los palos. La policía y los cordones de infantería ya estaban formados, de modo que otro grupo importante de encapuchados se dirigió a cada uno de los bordes de la concentración, parándose en actitud de custodia, de cara a las fuerzas policiales. Mientras tanto, se hacía escuchar una radio abierta que anunciaba, entre canción y canción de una suerte de género latino de tinte contestatario, que ya habían comenzado las audiencias del día de la fecha.

Todos agrupados en una única concentración, era ahora posible distinguir distintos tipos de manifestantes, identificables por sus banderas, por sus vestimentas y estilos, etcétera. No resultaba novedoso que el grueso de los presentes se agrupara en torno a las banderas de organizaciones piqueteras. El componente mayoritario de la gente frente a Tribunales se notaba proveniente de sectores muy humildes. Muchas mujeres, aunque sin desprestigiar la presencia de hombres, y unos cuantos chiquitos que andaban jugando de acá para allá. En particular, dentro de la CTD Aníbal Verón, que era la organización a la que dedicábamos nuestra atención, la presencia juvenil también era un rasgo distintivo. Aparte de eso, podíamos apreciar algunas banderas de organizaciones políticas que no se autodenominaban piqueteras, no mucha gente suelta y, resaltaba en esta ocasión, un grupito de docentes con sus guardapolvos blancos que habían venido a acompañar a una maestra que declaraba como testigo en las audiencias del juicio. Ella era miembro de

un sindicato docente (Suteba) y había participado en 2007 de la movilización que terminara en el escrache ahora enjuiciado.

Pasada la una de la tarde, se percibían movimientos en uno de los cordones que resguardaba la concentración. Este dejaba pasar una Traffic blanca y de ahí descendía un grupo de personas que se encaminarían rumbo al camión que hacía de escenario. Desde uno de los micrófonos se anunciaba que habían llegado los Pibes Chorros, mientras estos terminaban ya de montar los instrumentos.

Después de un gesto de quien estaba notablemente al frente del grupo de autodefensa que había quedado delante de las rejas, este cordón se desplazó frente al camión que oficiaba de escenario, custodiando ahora más amistosamente a los músicos y el equipo de sonido. Estaba por empezar el recital. En los otros cordones de seguridad que rodeaban la concentración por ambos laterales se veían movimientos e idas y vueltas de los encargados, y se escuchaba la insistencia de algunos de los jóvenes ahí parados que querían acercarse al escenario para ver tocar a los músicos. Finalmente, una de estas líneas de autodefensa, la que estaba del lado que no había infantería, se deshizo. Y para el otro cordón, el del lateral donde sí había fuerzas de seguridad apostadas, se organizaron una serie de relevos por grupos, para que todos los que quisieran pudieran alternar con sus compañeros e ir a participar del recital.

El recital estaba en marcha. Al centro de la concentración, frente al escenario, se había armado el *pogo*⁴⁰ y se veía saltar, con las manos en alto, a un número importante de jóvenes y no tan jóvenes. Los militantes que habían recibido a los músicos en el escenario les habían regalado unas pañoletas idénticas a las que simbolizan las caras tapadas de la autodefensa. Los músicos cantaban con estos pañuelos al cuello o moviéndolos

⁴⁰ Nombre que se le da a cierta forma de bailar en los recitales, que consiste fundamentalmente en saltar al ritmo de la música en condiciones de mucha cercanía y donde los empujones son muy frecuentes.

en la mano al ritmo de la cumbia. Abajo, los muchos jóvenes que hacían autodefensa, con sus pañuelos puestos, respondían con sus palos en alto al mismo ritmo.

Desde más lejos, del grupo de docentes se escuchaba cómo una mujer mostraba su abierto desagrado a las letras de algunas de las canciones que sonaban, de claro tinte ofensivo hacia la figura femenina. Esto no parecía importarles en lo más mínimo a las chicas que cerca del escenario sobresalían por arriba del resto, subidas en hombros de alguien.

El panorama se tornaba sumamente festivo y por momentos parecía difícil recordar que se trataba de una actividad cuya finalidad política era de repudio. Los cordones de seguridad frente al escenario saltaban y gesticulaban con los palos al ritmo de la cumbia. Otro tanto parecía ocurrir con el grupo de autodefensa que había quedado formado en uno de los laterales, ahora de cara a sus compañeros y al escenario, situación muy poco habitual porque tienen por consigna no darle la espalda a la policía, ni mucho menos perder su actitud de alerta. De este cordón, cada diez o quince minutos salían jóvenes rumbo al centro del *pogo*, dejando sus pañuelos y palos a otros que venían a reemplazarlos.

Llamaba la atención, por su parte, la cantidad de gente que se asomaba por las ventanas de Tribunales, edificio que tiene varios pisos de alto. Asimismo, aparecieron sumándose cautelosamente al público algunos jóvenes de traje y corbata, así como otros jóvenes, mujeres y varones, con uniforme de una empresa de limpieza. Aunque por separado, todos ellos parecían venir de adentro de Comodoro Py. También llegaban de a dos o tres grupitos de chicos que parecían no estar en la concentración desde temprano.

En todo momento, las arengas desde el escenario quedaron descentradas de la matriz más estrictamente política que usualmente incorporaban las intervenciones que habíamos presenciado en otros momentos. Ahora, en boca de los cantantes

de este grupo, las arengas derivaban en saludos a “los pibes”, “aguante los pibes”, “el que no salta es un buchón” e insultos a los jueces que tienen a “los pibes en cana”, además de los tradicionales pedidos de “todos los pibes las manos arriba”.

Definitivamente, *pibe*, palabra que se repetía incansablemente, aparecía como el signo que condensaba ciertas significaciones compartidas, oficiando de nexo identitario entre el escenario y el público enardecido. Los *pibes* eran ellos: los músicos, el público, los presos, los militantes enjuiciados...

Pasaba más de media hora o cuarenta minutos de recital cuando, del medio del grupo de chicos que saltaba festivamente, salieron tres o cuatro jóvenes gritando y pidiendo ayuda. El recital seguía, pero los encargados de autodefensa que estaban cerca y otros militantes se acercaron a ver qué ocurría y a socorrer a un joven que sangraba. A gritos pedían una ambulancia.

Hasta este momento, la descripción de la jornada hubiera alcanzado con creces las expectativas respecto de la diversidad de matrices subjetivantes en juego en estos jóvenes que participan de organizaciones colectivas sociales y políticas, pero que, además, inscriben sus identificaciones en una serie más extensa de nodos de sociabilidad alternativa y popular, generándose procesos de yuxtaposición de códigos y sentidos que se extrapolan de un ámbito a otro. Ahora, este incidente sumaba más elementos a los interrogantes.

La aparición de un joven lastimado nos reenviaba de nuevo hacia los ejes de violencia física que habían sido desplazados momentáneamente.

Tratando de averiguar qué era lo que había ocurrido, obtuvimos por respuesta la angustiada declaración de una joven que narraba una pelea en medio del *pogo*. Instantes después llegaba la ambulancia para atender al herido y de ahí en más sería muy difícil seguir de cerca los pormenores de ese acontecimiento.

Mientras tanto, el recital estaba culminando. La consigna que más fuerte se escuchaba era “los pibes no se van...”, y, salvo los implicados y los militantes que se habían acercado a ayudar y a poner paños fríos, nadie parecía prestar demasiada atención a lo sucedido.

La intensión de ahondar en estos últimos hechos no encontraba muchos interlocutores dispuestos. La jornada estaba terminando. Los Pibes Chorros se despedían. La actividad retornaba a sus formatos más habituales, desde el escenario se pasaba un informe de las audiencias que habían culminado el día de la fecha y se leían adhesiones políticas, dando finalmente por concluida la concentración. Volvían los cantos en repudio del gobierno, de la policía, de la justicia y pidiendo la libertad de los presos políticos, y los grupos comenzaban a prepararse para la vuelta a casa.

Terminaba acá nuestra observación participante, pero nuevas preguntas nos acompañarían. Tendríamos que dejar pasar unos días para poder reconstruir a través de entrevistas aquella pelea que nos había abierto las puertas a ver, en un hecho concreto, las tensiones que en más de una oportunidad afloran entre estas diversas lógicas de subjetivación en nuestros jóvenes.

A partir de estas entrevistas pudimos saber que todo empezó cuando uno de los jóvenes de la autodefensa, que había sido relevado para poder ir a bailar frente al escenario, se encontró con otro joven, también miembro de la CTD Aníbal Verón (aunque no de la autodefensa) pero de otra localidad que, según nuestro informante, estaba “sacado porque estaba Pibes Chorros” y molestaba a unas chicas. El joven de autodefensa lo instó a retirarse del lugar “porque no daba el estado en el que estaba y porque un compañero de autodefensa no iba a permitir que un loco siguiera molestando a las pibas”, lo que derivó en que se agarraran a golpes. El muchacho en cuestión salió entonces del centro del baile, buscó una botella rota y volvió sin ser visto. Mientras todos

saltaban y sin que nadie lo percibiera, se acercó por detrás clavándole la botella al otro joven y haciéndole un corte importante en el cuello por el que debió recibir varios puntos de sutura. Sin lugar a dudas, este cuadro mostraba en su total magnitud el lugar de la violencia física como medio válido para dirimir un conflicto. Pero no quedaría ahí el incidente.

Dada la índole de la pelea, el hecho de que terminara un militante herido de consideración y que esto se diera en el marco de una actividad de la organización, se suscitaron una serie de consecuencias. Así, en días siguientes, el joven agresor fue expulsado de la CTD Aníbal Verón, ocasionando la queja de su familia. Por otro lado, los referentes dicen haber tenido que interceder para que el agredido y los compañeros de su localidad no fueran a cobrar revancha por mano propia.

En esta reconstrucción aparecen diversos elementos mezclados, pero esencialmente vamos a rescatar dos. Por un lado, la ubicuidad de la naturalización del uso de la fuerza física como elemento de resolución de los conflictos. La violencia será un elemento de primer orden si observamos al joven “sacado” y particularmente agresor en este incidente. Pero también estará presente en el joven de autodefensa, que pretendió sacar por la fuerza a este muchacho del centro del recital; así como también aparece en el caso de los compañeros más cercanos del agredido, que sostenían la iniciativa de cobrar revancha. Todos estos conflictos pretendieron ser resueltos por la aplicación de diversos grados de violencia física.

Por otro lado, subrayamos el lugar normativo que aporta la organización colectiva, tanto en lo que hace a la concepción mencionada del estado de embriaguez o “descontrol”, no permitido dentro de una actividad por más tintes festivos que tuviera, como por la moderación aplicada al evitar que se tomara revancha con el agresor.

Destacaremos además que gran parte de esta secuencia ocurrió frente a un Tribunal y a infinidad de integrantes de fuerzas

policiales, a quienes, por su puesto, ni agresor ni agredido ni militantes recurrieron para requerirlos como intermediadores. Tampoco estas fuerzas de seguridad intervinieron *ad hoc*. Esto es especialmente resaltable, porque la pelea reseñada adquirió ribetes de gravedad fundamentalmente por la profundidad de la herida que puso en riesgo la vida del joven lastimado, pese a lo cual apareció, como único elemento externo a ese escenario, la ambulancia que llegó a socorrerlo.

Finalmente, y a modo de conclusiones de esta observación narrada, debemos decir que reconstruir estas últimas secuencias de hechos nos resultó una tarea sumamente dificultosa. Especialmente, porque algunos de nuestros interlocutores establecían que lo que había pasado “no era nada”, restándole todo tipo de trascendencia y esquivando nuestras preguntas. Para los menos cercanos a los jóvenes en cuestión, se trataba de una pelea normal y sin importancia y no sorprendía a nadie el nivel de violencia implicado que había terminado con una herida de consideración.

Porque, bueno, normalmente a veces pasan estas cosas porque, bueno, nuestros compañeros están acostumbrados a ir a ver esta clase de recitales y normalmente, bueno, son violentos en los lugares donde van. Y quizá el compañero relacionó eso y pasó lo que pasó. (Entrevista realizada posteriormente a un militante de la localidad de Quilmes, habitante de la villa Barrio la Resistencia)

Sin embargo, indagando en las redes sociales más cercanas a los involucrados, aparecía como evidente que al hecho sí se le otorgaba trascendencia, sobre todo al expresar las consecuencias de disputa y enemistad que había desatado entre las dos localidades vecinas. De todas maneras, había un cierto sentido común expresado en estos interlocutores que indicaba que este tipo de incidentes escapaba al relato oficial y correcto de la organización de desocupados, generando reticencia a hablar del tema. Aquí quedaba claro que los relatos

ofrecidos para dar cuenta de lo que había ocurrido aquel día se concentraban en un esfuerzo en que la violencia horizontal y cotidiana no apareciera como una lógica extendida al interior de la organización piquetera, catalogando entonces a aquel episodio, como algo totalmente excepcional.

Aclaración final

Las líneas aquí expuestas relatan en detalle una sola jornada. Valen en su intensidad, por constituirse en un punto en el que confluyen diversos elementos que son parte de algunas de las formas recientes de sociabilidad que se vienen destacando en sectores populares y que en esta investigación hemos resaltado. Haciendo una suerte de operación sincrética, quizás tomando como propia la alusión a la "semblanza de familia" (Míguez y Semán, 2006), se hizo un esfuerzo por relatar la recurrencia y concurrencia de estos nodos de sociabilidad, poniendo el afán en averiguar los distintos procesos de significación de los jóvenes investigados en relación con ámbitos distintos aunque yuxtapuestos, relevantes en el marco de construcción de sus proyectos biográficos.

En otros tramos de este libro nos hemos detenido más puntualmente en los soportes especialmente asociados a la acción colectiva comunitaria y politizante, así como a las lógicas relacionadas al *aguante*, la violencia, *poner el cuerpo*, etcétera, tan en sintonía con la tarea de autodefensa que estos jóvenes realizan. Cuando planeábamos esta observación, pretendíamos incorporar de alguna manera más explícita la dimensión estético-cultural donde los gustos aportan a la definición de un *nosotros*, y que anteriormente ya hemos mencionado de un modo menos detallado. De todas maneras, la dinámica propia de los acontecimientos nos reenvió rápidamente al eje de la ubicuidad de la violencia física como instrumento validado

para la resolución de conflictos interpersonales, dejándonos nuevamente en esa intersección en la que entran en tensión las lógicas políticamente aceptadas por la organización en la que estos jóvenes participan y los códigos más emanados de la cotidianeidad en que están inmersos.

CONCLUSIONES

RECAPITULANDO. ACERCA DE CÓMO LLEGAMOS A NUESTRO OBJETO DE INVESTIGACIÓN

Llegamos a esta investigación que ahora estamos cerrando proponiendo una lectura distinta de un objeto de estudio ampliamente abordado. Veníamos a observar a jóvenes piqueteros, sujetos insertos en una experiencia colectiva que desde hace más de diez años registra una cuantiosa producción académica que la refiere. Sin embargo, nuestra atención se centraría en una tarea muy específica en el interior de algunas organizaciones de desocupados: los grupos de autodefensa o seguridad, esos cordones de jóvenes encapuchados que custodian las actividades públicas callejeras y que son depositarios de las miradas estigmatizantes producidas por distintos órganos de construcción de consensos públicos y de control social. Sobre ellos, esos jóvenes que llenan por demás imágenes de diarios, revistas y medios televisivos, no encontrábamos prácticamente nada dicho en la bibliografía específica.

Las primeras interrogantes que nos guiaron muchas de las cuales fueron retomadas en este libro, fueron parte de un trabajo anterior (Corsiglia Mura, 2009b) que se centraba más en la dimensión político-colectiva de estas experiencias de autodefensa.

Tratábamos allí de dar cuenta de estas construcciones propias de ciertos movimientos sociales. De su existencia en términos de herramienta operativa que garantizaría la concreción de actividades siempre amenazadas por una trayectoria represiva, como

respuesta estatal que acompañó al movimiento de desocupados desde su propia emergencia. Pero también pensábamos estos cordones de seguridad como un elemento simbólico que, en última instancia, no dejaba de aportar a la disputa de ciertos sentidos hegemónicos del orden, sobre todo poniendo en cuestión el monopolio de la fuerza en manos del Estado.

Los cordones de seguridad, las autodefensas o cualquier estrategia de protección desarrollada en el interior de las organizaciones de desocupados aparecían ya en este primer recorrido que hacíamos como una herramienta cara al movimiento piquetero. En gran medida, resultaban hijas de los tristes aprendizajes respecto del trato represivo recibido por parte del Estado, que, en más de una década de existencia, dejaba un saldo de decenas de manifestantes muertos y varios miles de procesados y enjuiciados en lo que entre el mundo académico y el militante comenzó a llamarse la criminalización/judicialización de la protesta.

Por otro lado, desde el principio nos daba la impresión de que estas construcciones de autodefensa tenían una cierta función político-identitaria respecto de las organizaciones de desocupados que las implementaban y que excedía el plano operativo mencionado. Parecía que la presencia de estos cordones con pecheras, brazaletes, gorritas o caras tapadas permitía recrear elementos propios del discurso mítico y fundacional piquetero con el sostenimiento de algunas de sus metodologías y la persistencia de ciertos insumos típicos tales como las gomas humeantes, los palos y las capuchas. En ese sentido, daban continuidad de alguna manera a la radicalidad que la emergencia del movimiento piquetero había implicado en una escena política que les resultaba clausurada. Este actor, que con las políticas neoliberales terminaba de quedar excluido en términos sociales, indiscutiblemente se había hecho un espacio en la arena política imponiendo su demanda “de prepo” a través de un formato novedoso y radical de protesta. De ese

modo, sostener elementos propios de aquel formato de aparición pública reactualizaba algunos rasgos de esa radicalidad política, aunque hubieran pasado profundas transformaciones entre aquellos primeros piquetes y las expresiones actuales de las organizaciones de desocupados.

Hasta aquí, las apreciaciones señaladas nos resultaban suficientes como para destacar cierta relevancia analítica a estas estructuras de autodefensa en el marco de la dimensión política de las organizaciones piqueteras. Garantizaban la operatividad de actividades que, en última instancia, implicaban planteos políticos en torno a la legitimidad de actores y métodos; contribuían en cierta medida a reforzar procesos identitarios; y, además, se recostaban en un posicionamiento de centralidad en el plano de la teoría política, como es el cuestionamiento del monopolio de la fuerza en manos del Estado. Por tal motivo, nos resultaba sumamente llamativa la mínima existencia de un tratamiento de estas temáticas dentro de la bibliografía académica específica. Cosa que, además, contrastaba con la sobredimensión del trato que estas recibían por parte de otras instancias de construcción de consensos, especialmente los medios de comunicación. Estos últimos se destacaban por favorecer un discurso condenatorio y estigmatizante ante cada aparición pública de una manifestación piquetera con cordones de seguridad, líneas de autodefensa, jóvenes con palos o caras tapadas, aportando a la construcción de la imagen del "piquetero violento" y asimilando más de una vez la protesta al orden de la "inseguridad". Huelga decir que este elemento reforzaba la relevancia que, según nuestro criterio, tenían estas estructuras de autodefensa en el plano de la disputa (política) por la construcción de consensos hegemónicos.

Ahora bien, más allá de lo mencionado, había algo más que nos llamaba la atención ya en este primer abordaje que realizamos. Si hasta aquí nos habíamos detenido en la dimensión colectiva para pensar los elementos políticos que quedaban

implicados en estas construcciones de autodefensa y en su relación/confrontación con los espacios de construcción de sentido hegemónico, ahora se nos abría ante nosotros la pregunta por los modos de vivenciar esta participación por parte de los jóvenes que conformaban estas estructuras. Estos jóvenes, provenientes de sectores de pobreza estructural, excluidos de la posibilidad de construir lazos sociales a través de los mecanismos tradicionales de integración y tan estigmatizados por su condición de jóvenes pobres como por la de piqueteros. Nuestros jóvenes “nadies”, que nos mostraban en su práctica un universo de sentidos que no terminábamos de descifrar y que, por cierto, suponíamos que también traía consigo una fuerte carga política implicada.

Así, empezó a cobrar cuerpo la pregunta de investigación que recorrimos a lo largo de este libro. Empezamos a interrogarnos acerca de las distintas dimensiones en que estos jóvenes construían los sentidos de su acción colectiva. Percibíamos que en sus modos de apropiarse de la discursividad política, en los modos de llevar adelante esa práctica colectiva que los tenía como actores, en los códigos en que esta participación era reinterpretada por ellos, había algo más que las claves expresadas a través de las voces oficiales de la organización, algo más de lo que nosotros podíamos percibir como espectadores externos, algo más que las pistas que nos acercaban los estudios recientes sobre movimientos sociales.

De ahí surgió esta investigación, preguntándonos por ese “algo más” al que nos costaba dar nombre. Nos pareció que la mejor manera de acercarnos era a través de sus propias voces, para desandar los caminos a partir de los cuales estos jóvenes otorgaban sentido a su propia práctica colectiva. A ellos llegamos justamente por su inserción colectiva. Como premisa, los encontrábamos inmersos en escenarios que podrían favorecer procesos de politización. Pero, además, empezamos a verlos atravesados por un universo de sentidos propio de

sus ámbitos cotidianos de pobreza y exclusión, buscando los puentes que cruzaban estas dimensiones en sus procesos de subjetivación.

Decíamos al inicio de este libro que queríamos averiguar los procesos de subjetivación desde los que estos jóvenes excluidos interpretaban su tarea de autodefensa, parte de un dispositivo colectivo y político, estigmatizada desde la opinión pública y en tensión permanente con la violencia y la penalización. Nos preguntábamos desde qué imaginario decodificarían estos jóvenes el palo y la capucha.

Partíamos de la necesidad de recurrir a enfoques teóricos distantes, valiéndonos de muchas de las herramientas aportadas por las teorías de la acción colectiva y los movimientos sociales. Pero, también, utilizando muchos de los elementos aportados por aquellos enfoques que, desde la antropología y la sociología cultural, observarían nuevas formas de sociabilidad en sectores populares y, especialmente, en jóvenes pobres.

No sabemos si hemos dado respuesta cabal a nuestros interrogantes. Pero sí estamos seguros de haber mostrado la necesidad de utilizar un prisma multidimensional para acercarnos a los procesos de atribución de sentidos de estos jóvenes, partícipes de experiencias politizantes y provenientes de universos simbólicos asentados en condiciones de exclusión.

Pasando en limpio nuestras conclusiones

Partimos de una definición de subjetividad que oficia de mediadora entre sujeto y estructura, donde al sujeto (y a la subjetivación) justamente lo ubicamos en el proceso de otorgar sentido a la acción. Desde allí fuimos recorriendo una hoja de ruta en la que destacábamos los distintos condicionantes estructurales que encontrábamos relevantes a la hora de preguntarnos cómo significaban estos jóvenes su propia acción colectiva.

Así, a partir de indagar sobre sus condiciones de pobreza, sus particularidades como jóvenes en estas condiciones de privación y sus tramas de inserción y participación colectiva, quedó evidenciado que deberíamos recurrir a diversas corrientes académicas para construir un marco teórico que pudiera alumbrar dimensiones que se presentaban analíticamente separadas y que en nuestros sujetos aparecían superpuestas.

En primer lugar, nos encontramos con que nuestros jóvenes estaban incluidos en la categoría sociodemográfica de pobreza estructural. Tal como indicaba la bibliografía, encontramos que para ellos esta pobreza era de carácter no transicional, intergeneracional y que no había encontrado recientemente signos de reversión significativa, pese a la recuperación macroeconómica vigente desde por lo menos el año 2003. Esta pobreza sedimentaba fuertes huellas en los imaginarios de nuestros entrevistados, esbozando alguno de ellos la clausura de las expectativas de movilidad a partir de su propia consideración como “pobres desde siempre”, o sirviendo como explicación a otros en el momento de referirnos su sensación de sentirse estigmatizados. Para poder dar cuenta de la dimensión cualitativa de esta pobreza que aparecía como omnipresente, utilizamos el concepto de exclusión. Este nos acercaba a la explicación de los procesos de vulnerabilidad, donde la acumulación de desventajas marcaba situaciones de precariedad de integración social. Nuestros jóvenes eran jóvenes excluidos. Excluidos en el plano económico, pero también en el social, simbólico y cultural.

Por su parte, la categoría de joven en estos contextos de pobreza estructural planteaba ciertas particularidades. Por un lado, porque los sectores juveniles aparecen señalados como los más damnificados por las transformaciones socioeconómicas que décadas anteriores habían asolado al país. Esto apareció sin dudas reflejado en la experiencia propia de nuestros investigadores. Por el otro, porque algunos de los elementos funda-

mentales para considerar las especificidades de la juventud quedaban desplazados en las condiciones de pobreza que aquí observamos. Nuestros jóvenes no gozan de esa “moratoria social” que atañe a otros jóvenes de sectores medios y altos. De hecho, muchos de nuestros entrevistados no se reconocieron a sí mismos como jóvenes, inmersos en una realidad que apremia por la toma de responsabilidades que los introducen antes de tiempo en el mundo adulto. Aun así, destacamos que todos ellos atraviesan por un período fundamental para su conformación subjetiva, donde se hacen centrales los elementos que aportan a la construcción biográfica de un proyecto de futuro. En ese plano, resultan aún más relevantes sus inscripciones dentro de ámbitos de interrelación social que los contengan.

Entonces, queda establecido en nuestro abordaje de campo que los sujetos que aquí investigamos resultaron altamente afectados por las transformaciones del mundo del trabajo y aparecen refiriendo a tramas de sociabilidad novedosas. Esto nos llevaría a buscar herramientas teóricas en esos trabajos académicos que desde la antropología o la sociología cultural vienen dando cuenta de formas novedosas de interrelación social en sectores populares. En nuestro encuentro con los jóvenes de la autodefensa de la CTD Aníbal Verón, emergían referencias significativas a patrones culturales no convencionales mientras que resultó de una evidencia estruendosa el déficit de integración por vías tradicionales. En particular, la educación, fundamental como instancia de integración y como generadora de expectativas futuras para las etapas juveniles, resultaba a nuestros investigados un circuito de deserción y exclusión prematura. Ninguno de ellos había culminado el ciclo educativo y algunos incluso habían abandonado en la escuela primaria. Por su parte, el trabajo, lejos de mostrarse como un nicho de reconocimiento social, figuraba usualmente como experiencias decepcionantes, siempre atadas a empleos de mala calidad, con la clara conciencia de ser relegados a los peores puestos

y salarios y sufrir las arbitrariedades de sus empleadores. Sólo encontramos cambios en la percepción hacia el trabajo cuando este se concebía como un derecho, por lo tanto, se lo resignificaba en términos de demanda y pasaba a ser visto como un objetivo por el que se lucha colectivamente.

El territorio fue otro condicionante estructural que tuvo su lugar en algunos de los relatos. Estos jóvenes viven en barrios segregados. En general, la mayoría de ellos narraba haber habitado los mayores tramos de sus vidas en villas, asentamientos o barrios periféricos. Esto sumaba más elementos para consolidar su propia percepción de sujetos estigmatizados, depositarios en gran medida de un discurso dominante que los ubica en los márgenes (simbólicos y culturales, además de los márgenes espaciales en los que ya de por sí los deposita su pobreza) y que los identifica con un "otro" amenazante. Ellos mostraron tener conciencia de este lugar de estigmatización, mencionando muchas veces sus estéticas, consumos culturales, hasta el tipo de léxico que utilizan, como señales distintivas que los producen y reproducen por afuera de una suerte de "normalidad" hegemónica.

Respecto de la consolidación de valores que estos estudios de raigambre cultural vienen mostrando como novedosos, tomamos registro de reiteradas referencias al "aguante" y al "poner el cuerpo" como códigos de respetabilidad que tienen una aceptación casi absoluta. Como campo más abarcativo que contiene estos valores, emergieron a lo largo de relatos y prácticas diversas formas de naturalización de lógicas trasgresoras de lo normativo. En nuestros jóvenes, lo justo tiene una sintonía que nada tiene que ver con la justicia entendida como legalidad. En ese marco, la trasgresión normativa aparece como algo evidente y muchas veces nos sentimos ridículos en la formulación de preguntas al respecto. En no pocos casos, esta trasgresión venía de la mano de una estridente aceptación de la violencia como instrumento válido de interrelación social.

También nos encontramos con una enemistad declarada con las fuerzas policiales, sumándose en muchas oportunidades una cotidianeidad absoluta con la prisión como posibilidad propia o cercana. Algunos de nuestros jóvenes son los que paran en las *esquinas*, muchos de ellos hacían referencia a razias y experiencias negativas con las fuerzas de seguridad, en algunos casos existían historias de trayectorias delictivas, de habitar en la calle o de haber transitado por instituciones coloquialmente conocidas como Hogares de Menores. De todos estos registros, el que más nos llamó la atención fue un caso que expresaba la certeza de su propia muerte como una posibilidad próxima y casi inevitable, naturalizada en una trayectoria de vida signada por situaciones de desprotección.

Así, desde sus condicionantes estructurales, desde sus registros de sociabilidad, desde las representaciones sociales que dejan entrever, estos jóvenes dan cuenta de estas formas novedosas de construcción de reconocimiento social que aparecen en los abordajes de la antropología y la sociología cultural.

* * *

Por su parte, es sumamente extensa la bibliografía académica que abarca las experiencias recientes de organizaciones colectivas subalternas, y específicamente de las piqueteras. Si bien en este trabajo no hemos hecho una reconstrucción exhaustiva de esta, destacamos especialmente los tratamientos que daban cuenta de la importancia de estos espacios colectivos, beligerantes y comunitarios, como instancias facilitadoras de nuevos horizontes de sociabilidad. Sin desatender la existencia de otros móviles de participación, en particular los asentados en la necesidad de garantizar la supervivencia material, nuestros casos de estudio registraban motivos múltiples de acercamiento y participación en la organización piquetera.

Aparecían elementos afectivos, ideológicos, materiales, simbólicos, que se activaban en esta inserción. Muchos de nuestros entrevistados se habían sumado a la CTD Aníbal Verón a partir de conocidos o familiares que ya participaban. Otros se habían acercado porque esta tenía presencia en sus barrios. En cualquier caso, estos relatos daban crédito a las hipótesis que marcan la existencia de procesos de politización de redes de sociabilidad primaria (Vázquez y Vommaro, 2009). Por su parte, en nuestros casos, podemos decir que la inserción colectiva no sólo aportaba a la obtención de algún recurso material (planes o subsidios sociales, comida, puestos de trabajo), elementos que aparecían mencionados con frecuencia, sino que, además, se convertía en un ámbito de interrelación social más amplio que los que anteriormente registraban, lo que la hacía un elemento especialmente importante para nuestros jóvenes, en plena etapa de construcción del propio proyecto de vida.

Ahora bien, esta mención que aparece en la bibliografía sobre movimientos sociales y que refiere a la ampliación de ámbitos sociabilizadores a partir de la acción colectiva mencionaba, sobre todo en el caso de los jóvenes, un universo de sentidos distinto al que nosotros habíamos registrado. Es decir, si bien es cierto que el tratamiento sobre movimientos sociales y piqueteros ha dado cuenta de la participación de una importante cantidad de jóvenes en su interior, nos encontramos con que, en este tratamiento, esa participación era leída en clave de representaciones que poco contenían a nuestros jóvenes excluidos.

El “nuevo ethos militante” (Svampa y Pereyra, 2004: 33), asociado en gran medida a esta presencia juvenil y presentado como una suerte de recambio generacional, se reafirmaba en una serie de representaciones que poco aparecían en nuestros registros de campo. Lo asambleario, el afán por la democratización de las relaciones en el interior de la organización, la revalorización del trabajo, lo cooperativo y lo productivo.

Interpelando a nuestros jóvenes no encontrábamos estas dimensiones como valores en sí mismos que indicaran una cierta novedad en sus prácticas.

Nos parecía, más bien, que esta caracterización de la presencia juvenil resaltaba algunas dimensiones propias de bagajes culturales con fuertes marcas provenientes de los sectores medios, opacando de algún modo esas otras dimensiones presentes en sectores de exclusión social y que, como ya dijimos páginas más arriba, emergían notablemente en nuestra investigación.

Sobre estas otras representaciones, muchas de ellas ya mencionadas y relacionadas a sentidos comunes preexistentes que daban consistencia a su cotidianeidad de exclusión, veíamos que se recostaba la propia práctica colectiva de nuestros jóvenes. Ahora, aparecerían leídas a la luz de su participación piquetera, reformuladas en una clave que contuviera los procesos de politización de los cuales estos jóvenes formaban parte.

Así, los sujetos investigados parecen dar cuenta de una particular interpretación de su situación socioestructural intermediada por su activación colectiva.

Mientras que en los estudios sobre transformaciones en las formas de sociabilidad en sectores populares se destaca la emergencia de un cierto *clima* (Auyero, 1992) que atravesaría a estos jóvenes y que estaría marcado por el desencanto generalizado y la resignación, donde lo social aparecería como estático y naturalizado y se rutinizaría la marginación, lejos están nuestros investigados de resignarse a su condición de exclusión. Como dejamos ampliamente graficado, en el marco de su participación colectiva, ellos parecen haber transitado procesos colectivos de identificación de situaciones antes naturalizadas que pasaron a ser leídas como agraviantes y generaron la búsqueda de caminos posibles para modificarlas. Y entre esos caminos aparece como legítima la tarea específica de la que ellos participan, la autodefensa.

* * *

Aquí, ya sí, estamos de vuelta en el corazón del interés de este libro. Nuestros sujetos, a los que llegamos por su inscripción colectiva. Que, además, nos hacían preguntarnos por ciertas lógicas de significación que escapaban a las matrices señaladas en los trabajos sobre movimientos sociales y nos reenviaban a formas novedosas de construcción de sociabilidad vistas en sectores de marginación o exclusión social. Pero que no por ello perdían sus condiciones de politicidad.

Hemos visto cómo fueron emergiendo en la investigación algunas de las representaciones que ellos mismos refieren al hablar de su propia práctica. Resaltaron elementos como el respeto, la sensación de ser tenidos en cuenta, la decisión de morigerar conductas personales, la resignificación de elementos tan cotidianos en estos sectores sociales como la cárcel o aun a veces la misma muerte. Estas versiones épicas que daban cuenta de otorgar un sentido trascendente a un futuro signado por la tragedia inevitable hacía que varias veces nos llamara la atención este nuevo lugar que la acción colectiva otorgaba a las lógicas *del aguante*, de la naturalización de la violencia, de la trasgresión normativa.

Nuestros jóvenes piqueteros retraducían estos sentidos preexistentes en su nueva inserción. No desaparecerían esos códigos propios de formatos sociabilizadores subalternos. Muy por el contrario, serían reinscriptos.

La participación dentro de la autodefensa de la CTD Aníbal Verón vehiculizaba un espacio de pertenencia. Las particularidades de esta organización permitían que se establecieran continuidades entre sus formatos políticos y el acervo de códigos culturales que estos jóvenes traían consigo. La capucha, los cordones de seguridad, elementos casi identitarios que se destacan especialmente en la CTD Aníbal Verón, eran señalados como un atractivo que generaba simpatía y promovía el

acercamiento. Se asentaban en unos códigos compartidos que hablaban por sí mismos de los sujetos que los encarnaban.

Pero, también, esta participación implicaba una serie de reglamentaciones que aportaban a la normativización de las conductas personales en un criterio afín al colectivo. Ahora, la trasgresión sería parte de una discusión colectiva y política. La aceptación de la violencia como código compartido estaría mediada por la definición orgánica de una alteridad. El respeto seguiría ganándose a través de las lógicas de “banca” y “poner el cuerpo”, pero estas estarían precedidas de las definiciones de en qué momentos y bajo qué consignas correspondía llevarlas adelante.

En las distintas observaciones pudimos notar cómo, a veces, ese proceso de moderar la conducta personal a los criterios colectivos llevaba a situaciones de tensión. Algunas de las reglas establecidas implicaban un fuerte cambio de hábitos, apareciendo en ese orden el relato del “rescate” como explicación maestra de su incorporación a la autodefensa. En ocasiones, como en la observación participante relatada, estas conductas se desbordaban generando procesos de discusión y sanción que no dejaban de causar cimbronazos en la organización.

Nos sorprendió, por su parte, la cuestión de género. Nos encontramos con una práctica que implicaba muchos valores asociados a la corporalidad, la fuerza física, por tanto, suponíamos que a la masculinidad; y sin embargo contenía una importante presencia femenina. Tal como lo sugerimos en el marco del apartado donde desarrollamos este punto, suponemos que en esta emergente quedan muchas preguntas que bien podrían alumbrar futuras investigaciones. Destacamos aquí, sobre todo, el interrogante sobre la posible búsqueda de reconocimiento, igualdad, respeto, que bien podría subyacer a la práctica de estas mujeres en la autodefensa, en el marco de una sociedad, y en sectores sociales en que esto se potencia, que mantiene fuertes lazos machistas.

Por otro lado, resaltamos aquí la clara autopercepción que nuestros entrevistados tienen de su condición de jóvenes pobres, excluidos y, por tanto, estigmatizados. Esto genera una sensación de disgusto que no se desvanece con su participación colectiva, sino que se profundiza. Ahora, ellos eran señalados por jóvenes, pobres y también por piqueteros. Más aun, su tarea de autodefensa profundizaba esta marca, agravándola por sus capuchas y palos. Este estigma no dejaba de generar malestar en estos jóvenes, sin embargo, ahora era asimilado en el contexto de una alteridad pensada colectivamente en clave social y política. La explicación de la autodefensa incluye la construcción colectiva de un "otro" del que resulta, a ojos de los integrantes de la CTD Aníbal Verón, legítimo defenderse. La evaluación de las actividades de irrupción pública que, a su vez, utilizan cordones de encapuchados implica la previa aceptación de la acción colectiva y disruptiva como medio válido para la obtención de demandas. Esta asimilación, a su vez, da cuerpo al descrédito de la política y sus canales institucionales como instancias de participación de donde se siguen sintiendo excluidos.

Entonces, el lugar del estigma también se resignifica. Ahora se reconvierte en espacio de orgullo, contenido por un "nosotros" del que nuestros sujetos sí se sienten parte. Así, podemos entender cómo la capucha pasa a ser definida como "una escarapela", significando mucho más que la función operativa de no dejar ver el rostro.

Esa capucha, que desde nuestro primer acercamiento nos parecía que envolvía una simbología muy particular. Que pensábamos que era un atractivo en sí misma para estos jóvenes que viven cotidianamente en carne propia las consecuencias de la des-pacificación de la vida social (Wacquant, 2001) y que naturalizan códigos de trasgresión y de construcción de prestigio asentados en la legitimidad de la fuerza física. Esa capucha, que nos hizo correr el riesgo de pensar la autodefensa como un algo en sí mismo, pero que nuestros entrevistados

nos refrescaron rápidamente, era un elemento inteligible sólo dentro de la organización que la contenía. Todos nuestros casos investigados podían ver la capucha como una suerte de escarapela. Escarapela distintiva de una filiación que excedía la tarea de autodefensa y que se recostaba en la adhesión a la CTD Aníbal Verón, o, en mayor medida, a “la lucha misma”.

Hemos visto a lo largo de nuestros capítulos que los jóvenes que investigamos tienen una visión desnaturalizada de sus condicionantes estructurales desventajosas. Esto hace fundamentalmente a la consideración del proceso de politización que transitan, pensando en la transformación de sus enmarcados de acción y favoreciendo el proceso de acción colectiva. Más allá de eso, también aparecerán otros indicadores más claramente de lo político que muestran huellas más explícitas del modo en que asimilan la narrativa oficial de la organización.

Prácticamente todos nuestros entrevistados mantienen, en diversos grados, discursos estructurados militantemente, haciendo referencia crítica al gobierno (en sus diversos estamentos), a la justicia, al modelo económico, e incluso hacen una cierta lectura del panorama internacional repudiando “al imperialismo” que identificarán especialmente a lo que refiera a Estados Unidos. Salvo el grupito de chicos más jóvenes, aquellos que, provenientes todos de un mismo barrio, demostraban las relaciones más lábiles con la organización y con la tarea de la autodefensa, todos los otros dan cuenta del relato mítico de la CTD Aníbal Verón, y algunos de ellos, con largos años de inserción dentro de esta fuerza, han sido partícipes de los sucesos que aparecen narrados de forma épica. Este relato histórico, en muchos casos se inscribe en uno mayor que incluye al movimiento piquetero en su conjunto, señalado dentro de la continuidad que registran dentro de las luchas del campo popular. Casi todos ellos, además, manifiestan respecto de sus propios posicionamientos críticos que hay un antes y un después de su incorporación a la organización de desocupados,

siendo que sólo uno de los entrevistados registra una experiencia previa de participación militante. La frase más frecuente será que "antes no entendía nada", y hasta habrá algunos que dirán que pasaron de mirar con recelo y desacuerdo a los que hacían marchas y cortes a entender por qué era necesaria la acción disruptiva para ser escuchados.

De todas maneras, la asimilación de esta discursividad política suele venir acompañada de reinscripciones de otras representaciones cotidianas. Desde la identificación de los cargos estatales de modo personificado (las disputas, los piquetes, los enfrentamientos son contra tal o cual funcionario o representante), pasando por la identificación de los adversarios políticos como "unos giles" sobre los que pesa un fuerte desprecio, hasta la valoración de la propia organización como los que "se la bancan", tenemos algunos indicios de este proceso de apropiación de lo político a partir de los propios códigos.

Y esto nos devuelve en cierta medida a las preguntas que buscábamos respondernos, a los objetivos de nuestra investigación.

* * *

Queríamos saber de los imaginarios que se ponían en juego detrás de las capuchas de nuestros jóvenes investigados. Proponíamos averiguar los procesos desde los que estos jóvenes excluidos interpretaban su tarea de autodefensa, parte de un dispositivo colectivo y político, estigmatizada desde la opinión pública y en tensión permanente con la violencia y la penalización. Nos aproximábamos desde su lugar de acción colectiva, que ahora podemos decir que marca importantes huellas en sus procesos de subjetivación. Hemos podido destacar cómo su incorporación en la CTD Aníbal Verón, y más precisamente en la tarea de la autodefensa, reconfigura los modos de percibir su lugar en la sociedad, la conformación de las alteridades, la

valoración de los caminos posibles para modificar estas situaciones leídas como agraviantes. Asimismo, en esta práctica de la autodefensa aparecen formas de reconocimiento que incluyen elementos afectivos, identificación a partir de lo estético, cierta construcción normativa y una resignificación de elementos propios de sus sentidos comunes preexistentes. Hemos recorrido anécdotas, relatos y observaciones que describieron diversas instancias en las que nuestros jóvenes de la autodefensa activan estos procesos de otorgar sentidos movilizand o códigos cognitivos, éticos y normativos, estéticos y afectivos.

Nos preguntábamos cómo verían la vida estos jóvenes por detrás de sus capuchas, y sólo podemos concluir que su mirada implica esa mixtura de sus distintas inscripciones sociabilizantes, y que a partir del proceso de subjetivación colectiva que transitan se genera un formato de práctica militante muy poco dogmático donde se incorporan y reformatean políticamente códigos culturales compartidos en sectores de exclusión.

Sobre lo político, las subjetividades políticas y algunas preguntas pendientes

Sin pretender meternos en una discusión que aquí nos excede, vamos a finalizar este libro refiriéndonos a este proceso de subjetivación política que creemos que efectivamente tiene lugar en los jóvenes investigados.

Es difícil delimitar, aunque fuera en términos analíticos, una explicación de lo que se entiende por subjetividad política. Vamos a incorporar de Fernando González Rey (2005) la idea de que la subjetividad política sería alguno de los infinitos desdoblamientos de una subjetividad más amplia que la contiene y que se expresa no necesariamente con elementos particulares de lo político, emergiendo a veces en aspectos morales, religiosos, etcétera. Aunque el autor no lo menciona explícitamente,

creemos que aquí se esconde una discusión en torno a lo que se considera y no como político, subyaciendo una visión de lo político como lugar más amplio que la institucionalidad. Lo político sería el lugar de la disputa hegemónica y, en tal sentido, atañe definitivamente a las cuestiones desarrolladas en esta investigación.

Llegamos al problema de investigación aquí expuesto, a partir de preguntas pendientes de un abordaje previo, donde queríamos averiguar las implicancias colectivas y políticas de la existencia de una formación de autodefensa piquetera. Decíamos entonces que estos cordones de encapuchados ponían en evidencia una serie de discusiones de raíz política que hacían en alguna medida a la disputa hegemónica. La existencia de la autodefensa implicaba poner en cuestión el monopolio de las fuerzas en manos del Estado, la legitimación de defenderse de la represión, la construcción de una identidad que reactualizaba interna y externamente su imagen de radicalidad y la declaración práctica de la voluntad de hacerse de un lugar en una arena política que no contemplaba al movimiento piquetero como actor válido. La reacción permanente, agravante, condenatoria y estigmatizante de los órganos de construcción de sentido público y de control social nos alentaban a considerar esta importancia política en la disputa por los sentidos.

Ahora, después de haber recorrido la dimensión subjetiva de los jóvenes que integran estas estructuras, creemos haber encontrado el corazón de esta pregunta por lo político en relación a la autodefensa. Si asumimos que lo político se encuentra en el plano de la disputa por el orden social, y que la disputa hegemónica implica en algún punto la conversión de relaciones de subordinación en lugares de antagonismo y lucha (Retamozo, 2006), justamente, lo que pareciera que genera mayor irritación al sentido hegemónico del orden es esta superposición de lo popular con lo político. Esta marca plebeya en la acción colectiva.

Estos jóvenes, pobres y encapuchados, que desde sus condicionantes estructurales quedaban ubicados en el lugar de la exclusión, pero que no se resignan a ser excluidos. Que lejos de marcar un clima de apatía y desinterés, exacerbaban públicamente unas formas de sociabilidad que resultan extrañas a los códigos culturales dominantes. Pero, peor aún, que desde estos mismos códigos culturales subalternos se incluyen en espacios colectivos donde la condición de exclusión aparece reformulada en un sustrato de disputa política con formas muy poco dogmáticas.

BIBLIOGRAFÍA

Alabarces, P. y G. Rodríguez (2008). *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*. Buenos Aires: Paidós.

Auyero, J. (1992). "Juventud popular urbana y nuevo clima cultural. Una aproximación". En: *Nueva Sociedad*, N° 117, enero-febrero.

_____ (2002). *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Buenos Aires: Libros del Rojas-UBA.

Basualdo, Eduardo (2008). "La distribución del ingreso en la Argentina y sus condicionantes estructurales". En: *Memoria Anual 2008*. Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), Argentina.

Beccaria, L., S. Feldman, I. González Bombal, G. Kessler, M. Murmis, M. Svampa (2002). *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Biblos.

Bonaldi, P. y C. del Cueto (2009). "Fragmentación y violencia en dos barrios de Moreno". En: Grimson, A., C. Ferraudi Curto, R. Segura (comp). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.

Castel, Robert (1999). *Las metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2004). *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial.

CELS (2003) *El Estado frente a la protesta social (1996-2002)*. Buenos Aires: Siglo XXI.

CEPAL (2008). "Situación y desafíos de la juventud en Iberoamérica". Publicación de las Naciones Unidas. El Salvador. Disponible en: <http://www.scribd.com/doc/8004334/Situacion-y-Desafios-de-la-Juventud-en-Iberoamerica-CEPAL-2008>. Consultado el 05/10/10.

Corsiglia Mura, Lucía. (2009a). "Cuando los piqueteros vuelven al trabajo. Trayectorias identitarias entre la lucha y el empleo". En: revista *Question*, 24, invierno. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

_____ (2009b). *El palo y la capucha piquetera. ¿Un simbolismo de disputa política?* Ponencia presentada en "Primeras Jornadas Debates Actuales de la Teoría Política Contemporánea y Un ejercicio original de pensar colectivamente propuestas para nuestra realidad actual", realizadas el 11 y 12 de marzo de 2010 en la Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Buenos Aires.

D'amico, V. y J. Pinedo (2009). "Rescatarse y trabajar desde lo social: dos sentidos de la participación en una organización de desocupados. Una mirada desde las narrativas". En: revista *Question*, Vol 1, N° 23. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

Delamata, G. (2002). "De los estallidos provinciales a la generalización de las protestas en Argentina". En: *Nueva Sociedad*, 182.

De la Garza, E. (1992). *Crisis y Sujetos Sociales en México*. México: Porrúa.

Ferraudi Curto, M. (2006). "Lucha y papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires". En: Míguez, D. y P. Semán. *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.

Garriga Zucal, J. y M. Moreira M. (2006) "'El aguante': Hinchadas de fútbol, entre la pasión y la violencia". En Míguez, D y P. Semán. *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.

Giarracca, N. (2001). *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza.

Gentile, F. (2008). "El 'Caso Edgard': La construcción mediática del joven pobre delincuente". Ponencia presentada en 1er Encuentro sobre Juventud. Medios e industrias culturales, realizado 9 y 10 de septiembre de 2008 en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

González Rey, F. (2005). "Subjetividad: una perspectiva histórico cultural". Entrevista realizada por Álvaro Díaz Gómez en el marco del Primer Congreso de ULAPSI. En: *Universitas Psicológica*, Vol. 4, N° 3, octubre-diciembre. Pontificia Universidad Javeriana. Colombia. Disponible en: <http://redalyc.uamex.mex/src/inicio/ArtPdfRed.Jsp?!Cve=64740311>. Consultado el 22/02/2011.

Kessler, G. (2002). "De proveedores, amigos, vecinos y 'bárderos': Acerca de trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires". En: Beccaria, L., S. Feldman, I. González Bombal, G. Kessler, M. Murmis, M. Svampa (2002). *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires: Biblos.

_____ (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.

Kuasñosky, S. y D. Szulik (2000). "Desde los márgenes de la juventud". En: Margulis, M. (ed.) (2008). *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.

Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Longo, M. E. (2004). "Los confines de la integración social. Trabajo e identidad en jóvenes pobres". En: Battistini, O. *El trabajo frente al espejo*. Buenos Aires: Prometeo.

Margulis, M. y M. Urresti (2000). "La construcción social de la condición de Juventud". En: Cubides, C. H., M. C. Laverde Toscano y C. E. Valderrama. *"Viviendo a toda" Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Colombia: Universidad Central. DIUC. Siglo del Hombre Editores.

Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.

- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Míguez, D. (2002). "Rostros del desorden. Fragmentación social y la nueva cultura delictiva en sectores juveniles". En: Kessler, G. y S. Gayol (comp). *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial, UNGS.
- _____ (2008) *Delito y Cultura*. Buenos Aires: Biblos.
- Míguez, D. y P. Semán (2006). *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.
- Minujin, A. y G. Kessler (1995). *La nueva pobreza en Argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Miranda, A., A. Otero y A. Corica (2008). "La situación social de los jóvenes: Postergación y autonomía". En: Salvia, A. (comp). *Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social en jóvenes pobres en la Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Muñoz, M. A. (2005). "La difícil construcción de una identidad colectiva: 'los piqueteros'". En: *Revista de Antropología Iberoamericana*, N° 43, septiembre-octubre.
- Noel, G. (2006). "La mano invisible. Clientelismo y prácticas políticas en sectores populares en la era de las ONG". En: Míguez, D. y P. Semán. *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.
- Otero, A. (2006). "Representaciones sociales sobre el trabajo: un estudio de caso con jóvenes del Conurbano Bonaerense participantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús". Tesis de Maestría en Diseño y Gestión de Políticas y Programas Sociales. FLACSO. Buenos Aires.
- Pinedo, J. (2009). "Hacer lo que otros, por el momento, no pueden hacer. Proyecto militante, prácticas de anclaje territorial, relaciones de interdependencia y noción de compromiso en un Movimiento de Trabajadores Desocupados". Tesis de Maestría. Programa de Maestría y Doctorado en Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP.

Puex, N. (2006). "Política y práctica política en las villas del conurbano bonaerense". En: Míguez, D. y P. Semán. *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.

Retamozo, M. (2006). "El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social". Tesis de Doctorado. FLACSO, México. Mimeo.

Reguillo, R. (2008). "Las múltiples fronteras de la violencia: jóvenes latinoamericanos entre la precarización y el desencanto". En: *Revista Pensamiento Iberoamericano*, N° 3. México.

Robin, S. y P. Duran (2005). "Juventud, pobreza y exclusión en el Gran Rosario post devaluación". Ponencia presentada en 7° Congreso Nacional de Estudios del Trabajo. ASET (Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo). Facultad de Ciencias Sociales. UBA.

Rinesi, E., G. Nardacchione y G. Vommaro (eds.) (2007). *Las lentes de Victor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Prometeo.

Rodríguez, E. (2003). "Un puño sin brazo. ¿Seguridad ciudadana o criminalización de la Multitud?". En: *La criminalización de la protesta social*. La Plata: Ediciones Grupo La Grieta – H.I.J.O.S.

_____ (2009). "(in) seguridad y estigma. Los procesos de la estigmatización a los jóvenes en barrios marginales. Algunas herramientas teóricas para explorar en el campo". Ponencia presentada en 1° Encuentro sobre Juventud Medios de comunicación e industrias culturales. Disponible en: <http://www.perio.unlp.edu.ar/observatoriodejovenes/archivos/ponencias/vinas/rodriguez.pdf>. Consultado el 21/02/2011.

Salvia, A. (comp.). *Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social en jóvenes pobres en la Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Saraví, G. (2006). "Nuevas realidades y nuevos enfoques. Exclusión social en América Latina". En: Saraví, G. (ed.). *De la*

pobreza a la exclusión: continuidades y rupturas de la cuestión social en Argentina. Buenos Aires: Prometeo.

Schuster, F. y S. Pereyra (2001). "La protesta social en la Argentina democrática: balance y perspectivas de una forma de acción política". En: Giarracca, N. y colaboradores. *La Protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Madrid: Alianza.

Schuster, F., F. Naishtat, G. Nardacchione y S. Pereyra (comps.) (2005). *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo.

Scribano, A. (2002). *Pobreza, ciencias sociales y filosofía: Hacia un análisis de los supuestos ontológico de los estudios de pobreza*. Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales N° 15. Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.

Svampa, M. y S. Pereyra (2004). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.

Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.

Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los nuevos movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

Tonkonoff, S. (2001). "Meter caño. Jóvenes pobres urbanos. Entre la exclusión y el delito". En: *Nueva Sociedad*, N° 15/16, Buenos Aires.

_____ (2007) "Tres movimiento para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas". En: *La sociología ahora*. Buenos Aires: SXXI.

Torres, F. (2006). *Todavía piqueteros. La CTD Aníbal Verón*. La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.

Tuñón, I. (2008). "Jóvenes en contexto de pobreza. El tránsito por la escuela y su efecto en la capacidad de pensar proyectos personales". En: Salvia, A. (comp.). *Jóvenes promesas*.

Trabajo, educación y exclusión social en jóvenes pobres en la Argentina. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Urresti, M. (2006). "Jóvenes excluidos totales. El cuerpo 'propio' como última frontera". Exposición en las Segundas Jornadas sobre problemáticas juveniles: Violencia lenguaje y políticas públicas, Instituto del Paraná, Rosario.

Vázquez, M. (2007). "Apuntes sobre la socialización política de jóvenes piqueteros". En: Villanueva, E y A. Masseti (comps.). *Movimientos sociales y acción colectiva hoy*. Buenos Aires: Prometeo.

Vázquez, M. y P. Vommaro (2009). *Sentidos y prácticas de la política entre la juventud organizada de los barrios populares en la Argentina reciente*. Cuadernos del CENDES, Vol. 26, N° 70, enero-abril. Venezuela. Universidad Central de Venezuela.

Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos: Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.

_____(2007). *Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Zibechi, R. (2003). *Genealogía de la revuelta. Argentina: sociedad en movimiento*. Montevideo: Nordan.

Zubizarreta, M. (2007). "Jóvenes de Barrio Mitre: sociabilidad y trayectorias institucionales significativas en contextos de vulnerabilidad social". Tesis de Maestría en Ciencia Política y Sociología. FLACSO.

Esta edición de 500 ejemplares se
terminó de imprimir en Impresiones Centro,
Bolívar, Buenos Aires, Argentina,
en el mes de Octubre de 2013.





Este libro se pregunta por los sentidos que los jóvenes piqueteros de la autodefensa de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón ponen en juego en su práctica colectiva. Esos muchachos y muchachas que conforman los cordones de encapuchados y que con un porte fuertemente trasgresor, custodian marchas, piquetes y otras actividades públicas de la organización de desocupados.

¿Cómo mirarán estos jóvenes la vida por detrás de su capucha?
¿Desde qué lógicas decodificarán esa tarea, que es a la vez parte de un dispositivo colectivo y político, que aparece como estigmatizada desde la opinión pública y que está en tensión permanente con la violencia y la penalización?

A lo largo del libro, iremos buscando algunas respuestas parciales a estas preguntas. A partir de un abordaje etnográfico emergerán las huellas de unos procesos de subjetivación en los que se superponen, se complementan y a veces entran en tensión, códigos de sociabilidad atravesados por una fuerte marca plebeya; con otros que en clave política, resignifican esta cotideaneidad en clave de la experiencia colectiva de la que participan.

ISBN 978-950-34-0847-6